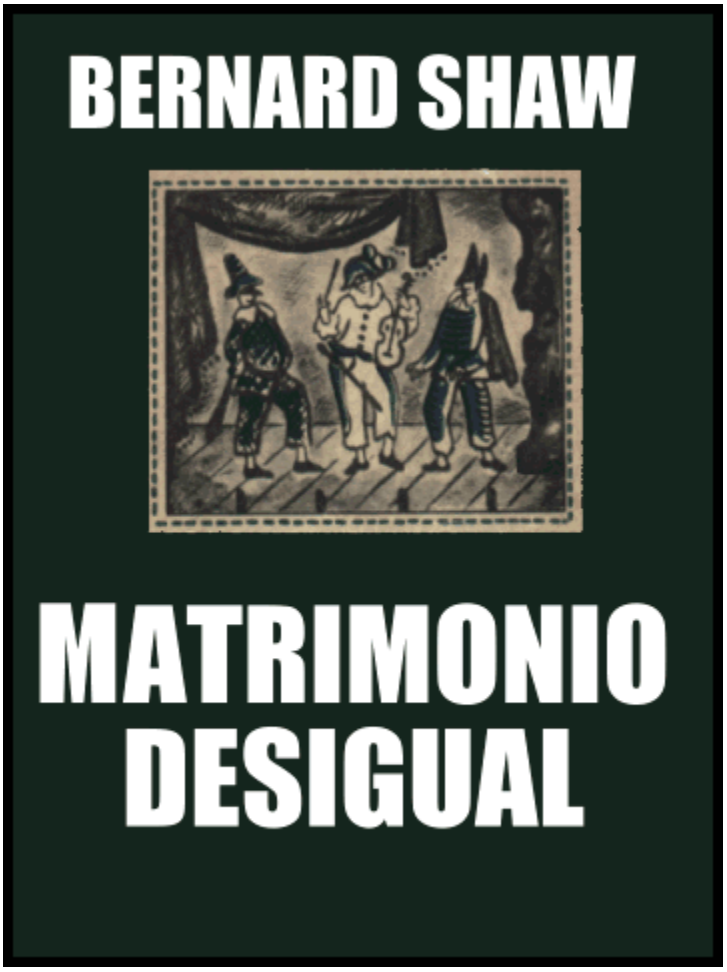
LIBRO dot.com

MATRIMONIO DESIGUAL

Bernard Shaw



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Johnny Tarleton, un joven hombre de negocios como tantos otros, de treinta años o menos, está pasando como de costumbre un fin de semana que se extiende hasta el martes en casa de su padre John Tarleton, quien ha ganado muchísimo dinero con la Ropa Interior Tarleton. La casa está en Surrey, sobre la ladera de Hindhead: y Johnny, recostado novela en mano sobre una mecedora provista de un pequeño dosel, está entronizado en un espacioso medio hemisferio de vidrio que forma un pabellón que da sobre el jardín; más allá, se ve un paisaje estéril pero bello, con abetos, terrenos cubiertos de helechos y aulaga y maravillosos dibujos trazados por las nubes.

El pabellón de vidrio nace de un arco semejante a un puente existente en la pared de la casa, por el cual se llega a un gran vestíbulo de piso revestido de losas,, el cual sugiere que la concepción del lujo doméstico del propietario se funda en las salas de reciba de los hoteles de fin de semana. El arco no está exactamente en el centro de la pared. Hay más pared a la derecha de Johnny que a su izquierda; y ese espacio es ocupado por una percha para sombreros y paraguas en que abundan raquetas de tenis, sombrillas blancas, sombreros, panamás y otros objetos estivales. Exactamente a través del arco, en ese rincón, se ve un flamante baño turco portátil, recién desempacado, con su canasto a su lado; y sobre el canasto se ven los clavos extraídos y el martillo usado para desempacarlo. Cerca del canasto hay cajones abiertos con juegos de jardín: bolos y croquet. Poco más o menos en el medio de la pared de vidrio del pabellón, hay una puerta que lleva al jardín, con un par de peldaños que dan sobre las cañerías de agua caliente que orillan el vidrio. Con intervalos, alrededor del pabellón, hay pilares de mármol con muestras de cerámica vienesa, de colores y diseño muy llamativos. Entre ellos, hay sillas de jardín plegadizas reclinadas a la buena de Dios contra las cañerías. En las paredes laterales hay dos puertas: una cerca de la percha, que lleva al interior de la casa, la otra en el lado opuesto y en el otro extremo, que lleva a la sala.

El mobiliario se reduce a un aparador colocado contra la pared entre la puerta de la sala y el pabellón, un pequeño secreter con un secador, una mesita para formularios de telegramas y papel de cartas, un cesto de papeles, que se halla en el vestíbulo cerca del aparador, y un costurero, con dos sillas, en el otro 'lado de la sala. El secreter tiene también dos sillas. Sobre el aparador hay un bargueño, botellas con licores, un sifón, un vaso con limonada, vasos grandes para agua y todas las comodidades necesarias para

beber a gusto. También se ve una fuente con bizcochos y una ponchera muy ornamentada, del mismo tipo de la exhibición de cerámica del pabellón. En todas partes, hay sillas de mimbre, mesitas de bambú con ceniceros y cajas de fósforos. En el pabellón, inundado de sol, está la refinada mecedora con el dosel en que se halla recostado Johnny con su novela. A su derecha e izquierda hay sendas sillas.

Bentley Summerhays, uno de esos jóvenes pequeños y de piel traslúcida que desde los 17 hasta los 70 conservan inmutable el aspecto mental propio de esta última edad y el aspecto físico de la primera, aparece en el jardín y franquea la puerta vidriera que lleva al pabellón. Está, inconfundiblemente, en un peldaño más alto que Johnny en el terreno social; y aunque parece bastante sensible, su aplomo y aguda voz resultan un poco exasperantes.

JOHNNY. - ¡Hola! ¿Dónde está tu equipaje?

BENTLEY. -Lo dejé en la estación. Vengo a pie desde Haslemere. *(Va hacia la percha y cuelga allí su sombrero.)*

JOHNNY *(lacónico).* - ¡Ah! ¿Y quién lo traerá?

BENTLEY. - No lo sé. No me importa. La Providencia, probablemente. En caso contrario, lo hará traer tu madre.

JOHNNY. - No le corresponde precisamente a ella hacerlo. .. , ¿eh?

BENTLEY *(volviendo al pabellón).* - Claro que no. Por eso, inspira afecto cuando lo hace. Mira: tira tu estúpida novela de fin de semana y habla con alguien. Después de una semana en esa sucia oficina, mi cerebro está simplemente enmohecido. Discutamos sobre algo intelectual. *(Se deja caer sobre la silla de mimbre que está a la derecha de Johnny.)*

JOHNNY *(irguiéndose sobre la mecedora, con un grito de protesta).* - No. Hablemos en serio, Bunny. He venido aquí a pasar un fin de semana agradable y no estoy dispuesto a soportar tus malditas discusiones. Si quieres discutir, sal de aquí y véte a ver al sacerdote congregacionalista. Es un campeón en esas cosas. Le gustan.

BENTLEY. - No se puede discutir con una persona cuando su pan cotidiano depende de que no se deje convertir por uno. ¿Y tendrías la bondad de no llamarme Bunny? Me llamó Bentley Summerhays, si me haces el favor.

JOHNNY. - ¿Qué tiene de malo el que te llame Bunny?

BENTLEY. - Eso me coloca en una posición falsa. ¿Has pensado alguna vez en el hecho de que fui una idea tardía?

JOHNNY. - ¿Una idea tardía? ¿Qué quieres decir con eso?

BENTLEY. - Yo...

JOHNNY. -No, calla: no quiero saberlo. Eso sólo es un subterfugio para iniciar una discusión.

BENTLEY. -No temas: no recargará demasiado tu cerebro. Mi padre tenía cuarenta y cuatro años cuando nací. Mi madre, cuarenta y uno. El hermanó que me seguía en edad me llevaba doce años. Fui un hijo inesperado. Probablemente, me engendraron sin proponérselo. , Mis hermanos y hermanas no se me parecen en lo más mínimo. Son los seres que se obtienen siempre en la primera tanda de los padres jóvenes: gente muy agradable, común, que hace todo lo corriente: toda cuerpo t; y nada de cerebro, como tú.

JOHNNY. - Gracias.

BENTLEY. -No hay de qué, camarada. En cuanto a mí se refiere, soy distinto. Cuando nací, ese viejo matrimonio sabía algo. Por eso, fui todo cerebro y no más cuerpo que el absolutamente necesario. En realidad, soy algo mayor que tú, aunque naciste diez años antes.

Todos lo adivinan cuando nos oyen hablar; por lo tanto, aunque es muy natural oírme llamarte Johnny, resulta ridículo e indecoroso que tú me llames Bunny. *(Se levanta.)*

JOHNNY. - ¿De veras? ¡Caramba! Pues evita que yo lo haga, si puedes: eso es todo.

BENTLEY. - Si lo sigues haciendo después de haberte pedido yo que no lo hagas, te sentirás como un cerdo. *(Va despaciosamente y con aire negligente hacia el aparador con los ojos fijos en los bizcochos.)* Por lo menos, yo debiera pedírtelo; pero supongo que no eres tan escrupuloso.

JOHNNY *(levantándose con aire vengativo y siguiendo a Bentley, quien se ve obligado a volverse y escuchar).* -Te diré lo que hay, hijo mío: te hace falta un buen sermón y te lo endilgaré. Si crees que porque tu padre es caballero de la Orden del Bañó y quieres casarte con mi hermana puedes mostrarte todo lo fastidioso que se te antoje y decir lo que quieras, te equivocas. Permíteme que te diga que, salvó Hypatia, ninguna persona de esta casa es partidaria de que mi hermana se case contigo; y no creó que eso la alegre mucho

tampoco a ella. El matrimonio no está concertado aún: no lo olvides. Estás a prueba en la oficina porque papá no le da dinero a su hija para que un hombre ocioso viva de ella. Estás a prueba aquí porque mi madre considera que una muchacha debe saber cómo es un hombre en la casa antes de casarse con él. Eso, se está desarrollando ya desde hace dos meses... ¿y cuál es el resultado? Has inspirado gran antipatía en la oficina y lo mismo te ha sucedido aquí, todo debido a tus detestables modales y a tu engreimiento y a ese descaro que crees inteligencia.

BENTLEY *(profundamente herido y haciendo grandes esfuerzos por recuperar el dominio de sí mismo).* - Con eso basta, gracias. Supongo que no creerás que yo hubiera venido si hubiese sabido que son esos los sentimientos de todos ustedes por mí. *(Se dirige hacia la puerta del vestíbulo.)*

JOHNNY *(aferrándolo del cuello).* - No; no te escapes. Voy a discutir este asunto contigo definitivamente. Siéntate..., ¿me oyes? *(Bentley trata de marcharse con dignidad. Johnny lo obliga a sentarse en una silla que está junto al secreter, donde Bentley se instala con aire de amarga humillación, pero temiendo hablar para no estallar en lágrimas.)* Esta es la ventaja de tener más cuerpo que cerebro. .. , ¿comprendes? Eso me permite enseñarte buenos modales; y lo haré, por cierto. Eres un cachorro mimado y necesitas una buena paliza. Y si no te cuidas, la recibirás: me encargaré de ello la vez próxima que me llames cerdo.

BENTLEY. - No te llamé cerdo. Pero *(y estalla en un frenesí de sollozos)* eres un cerdo; eres una bestia; eres un patán; eres un embustero; eres un matasiete; me gustaría retorcerte el cuello.

JOHNNY *(con risa burlona).* - Inténtalo, hijo mío. *(Bentley profiere un grito inarticulado de ira.)* Las peleas no figuran en tu especialidad. Eres harto pequeño e infantil. Siempre sospeché que tu astucia no te serviría de mucho cuando chocara con algo sólido: con el puño de un hombre decente, por ejemplo.

BENTLEY. - Confío en que esgrimas tu puño bestial contra un toro furioso o la nariz de un boxeador o algo más macizo que yo. Tu puño no me importa; pero si todos sienten aquí antipatía por mí ... *(Contiene a duras penas un sollozo.) Bueno, tanto me da. (Trata de dominarse.)* Lamento haberme entrometido: no lo sabía. *(Volviendo a desfallecer.)* ¡Oh, bestia, cerdo! ¡Cerdo, cerdo, cerdo, cerdo! ¡Ya lo sabes!

JOHNNY. - Está bien, hijo mío. Está bien. Tira tu barro con toda la fuerza posible: no se me pegará. Lo que quiero saber es esto. ¿Cómo se explica que tu padre, quien, supongo, debe de ser el hombre más fuerte que haya producido Inglaterra en nuestros tiempos ... ?

BENTLEY. - Eso, lo has leído en tu periódico de medio penique. ¡Debes de saber muchísimo sobre él!

JOHNNY. - No pretendo ser capaz de hacer cualquier cosa, pero lo admiro y aprecio y me enorgullezco de él como inglés. De no mediar el respeto que me inspira, yo no habría soportado tu insolencia durante dos días y menos aun durante dos meses. Pero lo que no acierto a comprender es por qué no te lo sacó tu padre del cuerpo propinándote una paliza cuando eras un chiquillo. Durante veinticinco años mantuvo en orden un territorio cuya extensión doblaba la de Inglaterra: un territorio lleno de paganos sediciosos color café y de hediondos agitadores blancos que cumplían su obra entre muchas tribus salvajes. Y, con todo, no pudo mantenerte en orden a ti. No pretendo ser ni la mitad del hombre que es, sin duda, tu padre; pero, ¡qué diablos!, es una suerte para ti que no seas mi hijo. No comparto la idea de mi padre de que el castigo corporal es un error. Es necesario tratándose de ciertas personas; y lo ensayé contigo hasta que aprendiste a aullar y luego a portarte bien.

BENTLEY *(desdeñosamente).* - Sí. Una conducta decorosa sería poco natural en un hijo tuyo...

JOHNNY *(picado, con repentina violencia).* - Vamos, habla con cortesía. No estoy dispuesto a soportar tus ínfulas. Me enorgullezco tanto de la Ropa Interior Tarleton como tú del título de tu padre y su orden de Caballero del Baño y todo lo demás. Mi padre comenzó en un tenducho de Leeds no más grande que esa alacena del pasillo. El...

BENTLEY. - ¡Oh, sí, lo sé! Lo he leído. "El Romanticismo de los Negocios o La Historia de la Ropa Interior Tarleton. ¡Por favor, llévese una prenda!" Me llevé una al día siguiente de haber conocido a Hypatia. Entré y compré media docena de camisetas que no encogen, sólo por ella.

JOHNNY. - Y bien ... ¿Encogieron?

BENTLEY. - Vamos, no seas tonto.

JOHNNY. -No te preocupes de si soy tonto o no.

¿Encogieron? Eso es lo que importa. ¿Valían lo que costaron?

BENTLEY. - No pude usarlas. ¿Crees que mi piel es tan gruesa como el pellejo de tus clientes? Habría preferido ponerme un rallador de nuez moscada.

JOHNNY. - ¡Es una lástima que tu padre no te haya despellejado con unos buenos bastonazos!

BENTLEY. - ¡Es una lástima que tengas una sola idea! Si quieres saberlo, ensayaron los bastonazos conmigo más de una vez cuando yo era pequeño. Lo hizo una estúpida institutriz. Grité como para derrumbar la casa y tuve convulsiones y meningitis y todas esas cosas durante tres semanas. Por lo tanto, a la muchacha la echaron. ¡Y bien merecido lo tenía! Después de eso, me dejaron hacer lo que se me antojaba. Mi padre no quería que yo me convirtiera con el tiempo en un perro de aguas de ánimo quebrantado, lo cual, supongo, es tu concepción del hombre.

JOHNNY. - Fue una suerte que mi padre te trajera a la oficina y mostrara lo que valías. Y resultó que no valías mucho, permíteme que te lo diga. Cuando papá me consultó sobre el trabajo que debíamos darte, le dije: "Hazlo mandadero." Replicó que eras demasiado novato. Y lo eras.

BENTLEY. - Por cierto que sí. También lo serías tú si te llevaran a la empresa de mi padre. Capté todo tu estúpido negocio en quince días. Tú estás ahí desde hace diez años y no lo has entendido todavía.

JOHNNY. - No digas tonterías, muchacho. Bien sabes que sólo conseguiste que yo te compadeciera.

BENTLEY. - ¡El "romanticismo del negocio"! ¡Vaya! El verdadero romanticismo del negocio de Tarleton consiste en que tú no entiendes nada de eso. Nunca pudiste explicar nada de importante sobre él cuando yo te preguntaba. "Mira lo que se hizo la última vez" ese era el comienzo y el fin de tu sabiduría. Sólo eres un pinche de cocina.

JOHNNY. - ¿Un qué?

BENTLEY. - Un pinche de cocina. Si tu padre no te hubiera puesto el mango de un asador en la mano para que lo vigilaras, estarías ganando veinticuatro chelines semanales detrás de un mostrador.

JOHNNY. - Si no retiras eso y no te excusas por tus malos modales, te daré la paliza más grande que...

BENTLEY. - ¡Socorro! ¡Johnny me pega! ¡Oh! ¡Al asesino! *(Se deja caer en el suelo,*

profiriendo penetrantes gritos.)

JOHNNY. - No seas estúpido. Déjate de alborotar..., ¿quieres? No te voy a tocar. Cállate...

(Hypatia irrumpe por la puerta interior, seguida por la señora Tarleton y se arrodilla junto a Bentley. La señora Tarleton, cuyas rodillas son más rígidas, se inclina sobre él y trata de levantarlo. Es una anciana dama sagaz y maternal, que ha sido bella en sus tiempos y es aún muy agradable, simpática y espontánea. Hypatia es una típica muchacha inglesa de una clase que nunca se considera típica: es decir, que tiene una piel de un blanco mate, el cabello negro, grandes ojos oscuros y cejas y pestañas negras, labios curvos, miradas rápidas y movimientos que surgen como destellos de una expectante inmovilidad, energía ilimitada y audacia contenida.)

HYPATIA *(aferrando a Bentley con mano no muy amable).* - Bentley... ¿Qué te pasa? No grites así. ¿Por qué gritas? ¿Qué ha sucedido?

SRA. TARLETON. - ¿Estás enfermo, muchacho? *(Lo levantan.)* ¡Vamos, vamos, querido! Cálmate, no llores. *(Lo sientan en una silla.)* ¡Vamos, vamos, vamos! Johnny irá por el médico y el médico te dará algo para que eso se te pase.

HYPATIA. ¿Qué ha sucedido, Johnny?

SRA. TARLETON. - ¿Fue una avispa?

BENTLEY *(con impaciencia).* - ¡Qué avispa ni qué niño muerto!

SRA. TARLETON. - ¡Oh, Bunny! ¡Qué lenguaje el tuyo!

BENTLEY. - Sí, lo sé, perdón. *(Se levanta y se libera de ellos.)* No sucede nada. Johnny me asustó. Ustedes saben lo fácil que es lastimarme: y soy demasiado pequeño para defenderme de él.

SRA. TARLETON. - Johnny ... ¿Cuántas veces te he dicho que no asustes a los pequeños? Creí que habías superado eso.

HYPATIA *(con enojo).* - Te digo, mamá, que la brutalidad de Johnny hace imposible vivir en la misma casa con él.

JOHNNY *(profundamente herido).* - Hace catorce años, mamá, reñiste conmigo porque le di una paliza a Robert y le empavoné un ojo a Hypatia, que me había mordido. Entonces, te prometí que nunca volvería a levantarle la mano a ninguno de ellos y jamás dejé de cumplir mi palabra. Y ahora, porque ese cachorro empieza a gritar antes de que lo

lastimen, me tratas como si yo fuera brutal y salvaje.

SRA. TARLETON. -No, querido. Salvaje, no; pero bien sabes que no debes colgarle a nuestro visitante epítetos desagradables.

BENTLEY. - ¡Oh, déjelo usted en paz...!

JOHNNY (*furioso*). - No te entrometas entre mi madre y yo..., ¿oyes?

HYPATIA. - Johnny ha perdido los estribos, mamá. Más vale que nos vayamos. Ven, Bentley.

SRA. TARLETON. -Sí: eso será lo mejor. *(A Bentley.)* Johnny no tiene la menor mala intención, querido: dentro de un momento se habrá serenado y será el de siempre. Ven.

(Las dos mujeres salen por la puerta interior con Bentley, quien se vuelve en la puerta para hacerle un gesto de burla a Johnny al salir. A Johnny, al quedarse solo, se le crispan los puños y aprieta los dientes, pero no logra desahogar así su ira. Después de haberse atragantado de cólera y pataleado durante unos instantes, se dirige hacia la puerta del vestíbulo. Esta se abre antes de que llegue a ella y entra Lord Summerhays. Johnny lo mira furioso. Lord Summerhays adivina la situación y toma rápidamente la ponchera del aparato y se la ofrece.)

LORD SUMMERHAYS. - Rómpela. No vaciles: es un objeto feo. Rómpelo: pega fuerte. (Johnny, con un grito ahogado, hace añicos la ponchera y luego se sienta y se seca la frente.) ¿Te sientes mejor, ahora*? (Johnny asiente.)* Sólo conozco a un ser viviente capaz de llevarme al extremo de destrozar porcelana o cometer un asesinato; y esa persona es mi hijo Bentley. ¿Fue él? *(Johnny asiente de nuevo, sin poder hablar aún.)* Al detenerse el automóvil, oí un alarido harto familiar para mí. Por lo general, significa que alguna persona enfurecida trata de darle una paliza a Bentley. Nadie lo ha conseguido aún, aunque casi todo el mundo lo ha intentado. *(Se sienta cómodamente, cerca del secreter y se consagra a reunir los fragmentos de la ponchera en el cesto de los papeles, mientras Johnny, con dificultad cada vez menor, se serena.)* Bentley es un problema que, lo confieso, nunca he podido solucionar. Nació para ser un triunfador a los cincuenta años. La mayoría de los ingleses de su clase parecen nacer para ser un gran éxito a los veinticuatro, a lo sumo. El problema doméstico, para mí, es soportar a Bentley hasta que llegue a los cincuenta. El problema, para la nación, es cómo hacerse gobernar por hombres que dejan de crecer cuando son poco más que unos colegiales. En realidad,

Bentley no se propone ofender. Uno siempre puede hacerlo llorar diciéndole que no lo quiere. Pero llora tan ruidosamente que el experimento debería hacerse al aire libre: en plena llanura de Salisbury, si fuese posible. Su inteligencia es sagaz y penetrante y tiene el sorprendente don de mirar los hechos de frente; pero, por desgracia, como es muy joven, no imagina hasta qué punto podemos soportar muy poco eso la mayoría de nosotros. En cambio, es muy sensible y aun afectuoso: razón por la cual es probable que reciba tanto como da en punto a sentimientos heridos. Perdóname si desvarío así sobre mi hijo.

JOHNNY (quien se ha dominado). -Lo ha hecho usted con intención. Yo no estaba del todo en mis cabales: necesitaba un momento para reaccionar. Gracias.

LORD SUMMERHAYS. - No hay de qué. ¿Está en casa tu padre?

JOHNNY. - No: está inaugurando una de sus bibliotecas gratuitas. Más dinero tirado a la calle. Lo enloquece la lectura. Prometió inaugurar otra biblioteca en la semana pasada. Es algo ruinoso. Lo afectará tanto a usted como a mí cuando Bunny se case con Hypatia. Cuando todo el dinero de Hypatia haya sido derrochado en bibliotecas... ¿No podría usted detenerlo?

LORD SUMMERHAYS. -Temo que no. Es un torbellino. Infatigable cuando se trata del bien público. Me parece un hombre maravilloso.

JoHNNY. - ¡Oh, el bien público! Se ocupa demasiado de eso. En realidad, abandonar los asuntos serios de uno para divertirse con los ajenos es una suerte de pereza. No digo que eso no tenga otra faceta, fíjese bien. Tiene su valor como publicidad. Permite trabar relaciones útiles y lleva a conexiones de negocios valiosas. Pero aparta los pensamientos de mi padre de la posibilidad principal y exagera.

LORD SUMMERHAYS. - El peligro de los asuntos públicos es que nunca terminan. Un hombre puede matarse dedicándose a ellos.

JOHNNY. - O gastar en ellos más de lo que le producen: así es como miro yo el asunto. Lo que digo, es que los asuntos de todos son los asuntos de nadie. Confío en no ser un hombre obstinado ni unilateral ni reacio a pagar los impuestos razonables y a suscribirme razonablemente a las obras de caridad que se lo merecen y aun a intervenir en un jurado cuando me llega la hora; y nadie podrá decir que alguna vez me negué a sacar de apuros a un amigo cuando merecía ayuda. Pero si usted me pide que vaya más allá, le diré

francamente que no veo el porqué. Nunca lo vi, hasta cuando era apenas un niño y debía fingir que asimilaba las ideas con que me nutría mi padre. No veía el porqué; ni lo veo ahora.

LORD SUMMERHAYS. - Por cierto que no hay ninguna razón comercial para que soportes en la tarea del mundo más de lo que te corresponde.

JOHNNY. - Es lo que yo digo. Me estimula mucho, realmente, ver que usted está de acuerdo conmigo. Porque, desde luego, si nadie está de acuerdo con uno... ¿cómo puede saber uno si no es un estúpido?

LORD SUMMERHAYS. - Así es.

JOHNNY. - Me gustaría -que le hablara usted de eso. Es inútil que yo diga nada: para él, soy un niño aún: no tengo influencia. Además, usted sabe manejar a los hombres. ¡Ya ve cómo me manejó a mí cuando yo hacía el ridículo por culpa de Bunny!

LORD SUMMERHAYS. -No hubo tal cosa.

JOHNNY. - ¡Oh!, sí que lo hice: lo sé. Bueno. Si hubiese entrado el bendito de mi padre, me habría dicho que me dominara. ¡Como si yo perdiera la serenidad a propósito!

(Vuelve Bentley, quien acaba de lavarse. Se pone radiante al ver a su padre y se le acerca afectuosamente por detrás y lo palmea en 'los hombros.)

BENTLEY. - ¡Hola, comandante! ¿Ya has llegado? He estado haciendo el asno aquí. Lo lamento muchísimo, Johnny. Perdona, viejo. ¿Por qué no me das un puntapié cuando me pongo así?

LORD SUMMERHAYS. -Cuando cruzábamos Godalming creí oír gritos ...

BENTLEY. - Claro que los oíste. Johnny se mostraba bastante brutal conmigo. Decía que aquí nadie me quería; y fui lo bastante estúpido para creerle.

LORD SUMMERHAYS. - ¡Y supongo que todas las mujeres te habrán estado besando y compadeciendo aquí desde que dejaste de gritar! ¡Chiquilín!

BENTLEY. - En efecto, grité. Pero siempre me siento bien después de haber gritado: eso desahoga mis desdichados nervios. Ahora, me siento muy alegre.

LORD SUMMERHAYS. - ¿Y no te avergüenzas en absoluto de ti mismo, digamos?

BENTLEY. - Si empezara a avergonzarme de mí mismo, no tendría tiempo para otra cosa en todo el resto de mi vida. Te digo que me siento muy alegre y en excelentes condiciones. Vamos todos a recibir al Gran Cham. *(Va hacia la percha y toma su*

sombrero.)

LORD SUMMERHAYS. - ¿Crees que al señor Tarleton le gusta que lo llamen el Gran Cham, Bentley?

BENTLEY. - Bueno, lo cierto es que se considera demasiado modesto para ello. Se llama a sí mismo John el Simple. Pero no lo llames así en su oficina: además, eso no le cuadra: no es suficientemente extravagante.

JOHNNY. - ¿Extra qué?

BENTLEY. - Extravagante. Vamos a recibirlo. Ha telefoneado desde Guilford para anunciar que está viajando. Ese hombre encantador siempre está telefoneando o telegrafiando: cree que se muestra muy activo cuando lo único que hace es mandar mensajes superfluos.

LORD SUMMERHAYS. -Gracias: yo preferiría una tarde tranquila.

BENTLEY. - ¡Perfectamente! No apuraré a Johnny: ya me ha aguantado bastante para un fin de semana. *(Sale por el pabellón y va al parque.)*

JOHNNY. - No es mala idea.

LORD SUMMERHAYS. - ¿Cuál?

JOHNNY. - La de ir a recibir a papá. Usted no querrá creerlo, pero papá simpatiza con Bunny. Y Bunny cultiva ese sentimiento. No me sorprendería que confiara en desbancarme uno de estos días.

LORD SUMMERHAYS. - ¡No digas eso! ¡Bribón! Quiero consultarte sobre él, si no tienes inconveniente. ¿Vamos caminando hasta el Gibbet? Bentley es demasiado rápido para mí; pero tengo ganas de dar un paseo breve.

JOHNNY *(levantándose de buena gana y muy lisonjeado).* - Muy bien. Con mucho gusto. *(Toma un panamá y un bastón de la percha.)*

(La señora Tarleton e Hypatia vuelven en el preciso momento en que los dos hombres salen. Hypatia saluda desde lejos a Summerhays enarcando enigmáticamente los párpados y bajando la cabeza con aire recatado antes de sentarse junto al secreter y empezar a tejer. La señora Tarleton, agitada y hospitalaria, se acerca al Lord.)

SRA. TARLETON. - ¡Oh, Lord Summerhays! Yo no sabía que usted estaba aquí. ¿Quiere un poco de té?

LORD SUMMERHAYS.-No, gracias: no me permiten tomar té. Y me avergüenza decir

que he roto su hermosa ponchera. Permítame que le compre otra.

SRA. TARLETON. - ¡Oh, no tiene importancia! Me negra mucho haberme desembarazado de ella. El vendedor me dijo que era de muy buen gusto: pero cuando mi vieja niñera Martha tuvo cataratas, Bunny afirmó que era una misericordiosa medida de la naturaleza para impedirle ver nuestras porcelanas.

LORD SUMMERHAYS *(con aire grave).* - Bentley ha ;ido muy grosero, señora Tarleton. Confío en que usted

SRA. TARLETON. - ¡Oh, por Dios! No me importa lo que pueda decir Bunny, con tal de que me lo diga a mí y no lo haga en presencia de visitantes.

JOHNNY. - Iremos a dar un paseo, mamá.

SRA. TARLETON. - Perfectamente: no los retendremos. No le dé importancia a ese cacharro: le diré a la muchacha que recoja los pedazos. *(Dominándose.)* ¡Ya está! ¡Ya volví a hacerlo!

JOHNNY. - ¿El qué?

SRA. TARLETON. - La llamé la muchacha. ¿Sabe una cosa, Lord Summerhays? Es curioso, pero ahora que envejezco, estoy volviendo a los hábitos que teníamos John y yo cuando contábamos apenas con cien libras anuales. ¡Es una lástima que no me haya visto usted a los cuarenta años! Yo hablaba como una duquesa; y si a Johnny o Hypatia se les escapaba una sola palabra que recordara los tiempos de antaño, yo se lo reprochaba inmediatamente. Y ahora, estoy empezando a hacer lo mismo a cada paso.

LORD SUMMERHAYS. - Llega una época en que todo eso parece tener tan poca importancia... Hasta las reinas se quitan la máscara cuando llegan a nuestra etapa de la vida.

SRA. TARLETON. - ¡Nadie como usted para darles a las cosas un cariz lisonjero! Es usted muy engañador, Lord Summerhays. John no lo sabe y Johnny tampoco, pero nosotros sí. .. , ¿eh? Bueno, a esto ni siquiera usted mismo le podría replicar..., ¿eh? Conque váyanse a pasear y no se hable más.

(Lord Summerhays sonríe y sale por la puerta del vestíbulo seguido por Johnny. La señora Tarleton se sienta junto al costurero y saca su labor y una media de su marido. Hypatia está del otro lado de la mesa, a la derecha de su madre. Ambas charlan mientras trabajan.)

HYPATIA. - ¡Me pregunto si se reirán de nosotros cuando están solos!

SRA. TARLETON. -¿Quiénes?

HYPATIA. - Bentley y su padre y todos los pisaverdes de su círculo.

SRA. TARLETON. - ¡Oh, están habituados a hacerlo! Los aristócratas son unos burlones fastidiosos y se ríen de mí y de John. Siempre están de jarana y fingen no preocuparse mucho de nada. Pero uno se acostumbra a eso: son así entre sí y con todos. Además ... ¿qué importa lo que piensan? Es mucho peor que sean corteses, porque eso siempre significa que quieren pedirle a uno dinero; y no se lo prestes nunca, Hypatia, porque jamás lo devuelven. ¿Cómo podrían hacerlo? No hacen nada..., ¿comprendes? Desde luego, si puedes acostumbrarte a considerarlo un regalo, el asunto cambia; pero por lo general vuelven a pedírtelo y más vale que se lo niegues desde el primer momento. No tienes por qué temerle a la aristocracia, querida; después de todo, sólo se trata de seres humanos como nosotros; y te será bastante fácil hacerte respetar por ellos.

HYPATIA. - ¡Oh! Te aseguro que no les temo en lo más mínimo.

SRA. TARLETON. - Bueno, no quiero decir precisamente que les tengas miedo; pero debes aprender sus costumbres. Te diré, querida. Nunca he estado de acuerdo con la idea de tu padre de mantenernos a distancia de esa gente y de mandarte a una escuela tan costosa que ellos no podrían permitirse el lujo de mandar allí a sus hijas; de modo que todas las muchachas pertenecían a familias de ricos hombres de negocios como la nuestra. Se necesita toda clase de gente para formar un mundo: y he querido que vieras un poco de todo. Cuando te cases con Bunny y aparezcas entre las mujeres del círculo de su padre, te chocarán al principio.

HYPATIA *(incrédula).* - ¿En qué sentido?

SRA. TARLETON. -Bueno, me refiero a las cosas de que hablan.

HYPATIA. - ¡Ah! ¿Lo dices por su manera de chismear sobre escándalos?

SRA. TARLETON. - ¡Oh!, no: todos lo hacemos: eso es, simplemente, propio de la naturaleza humana. Pero no tienen noción del decoro. . ., ¿sabes? Nunca olvidaré el primer día que pasé con una marquesa, dos duquesas y no sé cuantas Señoras Tal y Cual. Claro que sólo se trataba de un comité: querían que yo obtuviera de John que se suscribiese por una suma considerable. Nunca oí hablar así. ¡Las cosas que mencionaban! Y quien empezó, fue la marquesa.

HYPATIA. - ¿Qué cosas?

SRA. TARLETON. - ¡¡Los desagües!! Ella había ensayado tres sistemas en su castillo; y se disponía a liquidarlos y a ensayar otro. No supe dónde esconderme cuando empezó a hablar de eso: creí que todas las demás señoras se levantarían y se irían. Pero ni por pienso. .. , ¿sabes? Eran tan malas como ella. Todas tenían sus sistemas de desagüe; y cada cual juraba que el suyo era el mejor. Y me quedé sentada allí con las mejillas ardiendo hasta que una de la duquesas, creyendo seguramente que yo sabía algo de esas cosas, me preguntó qué sistema tenía. Dije que ignoraba por completo todo eso y sugerí que me parecía preferible cambiar de tema.

Créeme que, desde entonces, la suerte estaba echada. Había una condesa impresionante con un sistema de desagüe anaeróbico y que me dijo, con la mayor brutalidad, que más valía que yo aprendiera algo sobre los desagües antes de que mis hijos muriesen de difteria. Eso, sucedió a los dos meses justos de haber enterrado yo a nuestro pobrecito Bobby; ¡y el angelito había muerto precisamente de eso! Me eché a llorar, sin poder remediarlo. Aquello equivalía a decirme que yo había matado a mi propio hijo. Tuve que retirarme; pero antes de que hubiese franqueado el umbral una de las duquesas -una mujer muy joven- comenzó a hablar del efecto que les causaba la cuajada a sus vísceras y dijo que esperaba vivir más de cien años si la tomaba con regularidad. ¡Y yo la escuchaba, yo que nunca me había atrevido a pensar que una duquesa pudiera tener algo tan vulgar como una víscera dentro del cuerpo! ¡Eso no me habría importado si hubiesen sido vísceras de niños! ¡Pero de adultos! Entonces, me alegró huir de allí.

HYPATIA. - En la escuela, han iniciado un curso de fisiología e higiene; pero, desde luego, a ninguna de nuestras muchachas le han dejado asistir a ella.

SRA. TARLETON. - Si se hubiese tratado de una escuela aristocrática, muchas habrían ido allí. Así son: sus espíritus son sucios. Cuando se trata de mujeres realmente buenas, una cosa es decente o indecente: y si es indecente, simplemente no la mencionamos o fingimos no saber nada sobre ella y se acabó. Pero lo único que le preocupa a la aristocracia es saber si puede sacarle algún partido a esa cosa. Esas personas son los que Johnny llama amantes de lo cínico. Y, naturalmente, nadie puede decirles una sola palabra por eso. Son tan encumbrados que pueden hacer y decir lo que se les antoje.

HYPATIA. -Bueno. Pues creo que podrían dejarles los desagües a sus maridos. Yo no

apreciaría mucho a un hombre que dejara a mi cargo esas cosas.

SRA. TARLETON. - ¡Oh, no lo creas, querida! Nunca te lo dije; pero soy yo quien se ocupa aquí de los desagües. Después de lo que me dijo la condesa, yo no estaba dispuesta a perder a otro hijo o a confiar en John. Y temo tanto por mis nietos como por mis hijos.

HYPATIA. - ¿Crees que Bentley será algún día un hombre tan grande como su padre? No hablo de la inteligencia: me refiero a la corpulencia y la fuerza.

SRA. TARLETON. - Bentley, no por cierto. Es un producto del exceso de refinamiento, como uno de esos perritos de lujo. A mí misma me gusta lo que es un poco mestizo, sea un hombre o un perro: son lo mejor para la vida cotidiana. Pero todos tenemos nuestros gustos: lo que es carne para una mujer es veneno para otra. Bunny es un buen chico: pero nunca se me habría ocurrido pensar en él como marido a tu edad.

HYPATIA. - Sí: pero es bastante inteligente. No se parece a los demás. No se puede tener todo.

SRA. TARLETON. - ¡Oh, tienes mucha razón, querida! Mucha razón. La inteligencia es una gran cosa. ¡Mira lo que le ha proporcionado a tu padre! Por eso no dije una sola palabra cuando le diste calabazas al pobre Jerry Mackintosh.

HYPATIA *(disculpándose).* -Yo, realmente, no podía seguir con Jerry, mamá. Sé que te gustaba y nadie podría negar que es un animal espléndido ...

SRA. TARLETON *(escandalizada).* - ¡Hypatia! ¿Cómo puedes hablar así? ¡Qué cosas dicen hoy las muchachas!

HYPATIA. - Pues ... ¿de qué otra manera podrías llamarlo? Si yo hubiese sido sorda o él mudo, me habría casado con él. Pero viviendo con papá, me he habituado a la inteligencia. Jerry me habría enloquecido: bien sabes que es un estúpido: hasta Johnny lo cree así.

SRA. TARLETON *(rebelándose inmediatamente en defensa de su hijo).* - Vamos, no empieces a criticar a mi Johnny. Sabes que eso me fastidia. Johnny es tan inteligente como cualquier otro, a su manera. No digo que lo sea tanto como tú, en ciertos aspectos; pero es un hombre, por lo menos, y no una cosita insignificante como Bunny.

HYPATIA. - ¡Oh, no digo nada contra tu querido Johnny! Ya sabemos que es la perfección misma.

SRA. TARLETON. - Basta de malhumor, querida. Deja en paz a Johnny y yo dejaré en

paz a Bunny. Soy tan mala como tú. ¡Ya lo sabes!

HYPATIA..- ¡Oh, no me importa que digas eso de Bentley! Es verdad. Bunny es una cosita insignificante. Ojalá no lo fuera. Pero... ¿qué otros hay? ¡Piensa en todas las demás oportunidades que se me han presentado! Ninguno de ellos tiene en todo el cuerpo tanta inteligencia como Bentley en su dedo meñique. Además, carecen de distinción. Me cuesta distinguir al uno del otro. Ni siquiera tendrían dinero si no fueran los hijos de sus papás, como Johnny. ¿Qué quieres que haga una muchacha? Hasta ahora, no encontré a ningún joven que se pareciera a Bentley. Bunny será pequeño, pero es el mejor de todos ellos: no puedes negarlo.

SRA. TARLETON *(con un suspiro).* - Bueno, querida. Si te gusta, no hay más que hablar.

(Hay una pausa después de esta observación: las dos mujeres cosen en silencio.)

HYPATIA. - Mamá... ¿Crees que el matrimonio depende ahora tanto de la simpatía mutua como en tus tiempos y los de papá?

SRA. TARLETON. - ¡Oh! ... Por mi parte, no hubo mucha simpatía, querida: tu padre, simplemente, no quiso aceptar un no por respuesta y me alegró ser su esposa en vez de ser su empleada de la tienda. Con todo, el asunto es curioso; pero tuve más oportunidad de elegir que tú, en cierto modo, porque era pobre. .. , ¿comprendes?, y los hombres pobres abundan mucho más que los ricos, de manera que se me presentaba la posibilidad de elegir a otro si John no me hubiese convenido.

HYPATIA. -Me imagino a toda clase de hombres de los cuales podría enamorarme; pero, al parecer, nunca me encuentro con ellos. Los reales son demasiado pequeños, como Bunny, o harto tontos, como Jerry. Naturalmente, una puede perder la cabeza por cualquier hombre; enamorarse de él, si prefieres llamarlo así. Pero... ¿quién se arriesgaría a casarse con un hombre por amor? Yo, no. Recuerdo a tres condiscípulas mías que concordaban en que el único hombre con quien una no debía casarse era aquel de quien estaba enamorada, ya que eso la convertiría en una esclava. Creo que se opone a eso un instinto perfecto, tan poderoso como cualquier otro. Una de ellas, que yo sepa, rechazó a un hombre de quien estaba enamorada y se casó con otro enamorado de ella y las cosas resultaron muy bien.

SRA. TARLETON. - ¿Significa todo eso que no amas a Bunny?

HYPATIA. - ¡Oh! ¿Cómo podría amar alguien a Bunny? Me gusta que me bese como me gustaría que me besara un nene. Le tengo afecto y nunca me aburre y advierto que es muy inteligente; pero no estoy chiflada por él. .. , ¿comprendes?

SRA. TARLETON. - Entonces... ¿por qué tienes que casarte con Bunny?

HYPATIA. - ¿Acaso puedo hacer alzo mejor? Supongo que tengo que casarme con alguien. Lo he comprendido desde que cumplí los veintitrés años. Siempre di por sentado que debía casarme antes de los veinte.

Voz DE BENTLEY *(en el jardín).* - Hay que mantenerse fresco: mirar esas cosas con el espíritu abierto.

VOZ DE JOHN TARLETON. - Es verdad, es verdad: siempre lo dije.

SRA. TARLETON. - Ahí está tu padre; y Bunny con él.

BENTLEY. - Consérvese joven. Míreme a mí. Eso le puede servir de guía.

(Bentley y el señor Tarleton, un enorme y cordial veterano de los negocios, entran al pabellón.)

JOHN TARLETON. - Conque te crees joven..., ¿eh? ¿Me crees viejo? *(Se quita con energía su chaqueta de automovilista y la cuelga con la gorra.)*

BENTLEY *(ayudándole a quitarse la chaqueta).* - Claro que lo es. Mírese la cara y mire la mía. Lo que usted llama su juventud sólo es su ligereza. ¿Por qué nos entendemos tan bien? Porque yo soy un cachorro y usted un viejo simplote. *(Arroja un almohadón a los pies de Hypatia y se sienta sobre él, con la espalda contra las rodillas de la muchacha.)*

TARLETON. -¡Viejo! Eso es todo lo que sabes sobre el asunto, hijo mío. ¿Cómo estás, Patsy? *(Hypatia lo besa.)* ¿Cómo le va a mi Pollita? *(Le besa la mano a la señora Tarleton y adopta una actitud aparatosa en medio de la escena.)* ¡Mírenme! ¡Miren estas arrugas, estas canas, esta repulsiva máscara que ustedes llaman vejez! ¿Qué les parece? *(Con vehemencia.)* ¿Qué les parece, pregunto yo?

BENTLEY. - Es algo muy bonito y venerable, viejo. No se desanime.

TARLETON. -¿Bonito? Ni por asomo. ¿Venerable? ¡Bah! Lee tu Darwin, hijo mío. Lee tu Weismann. *(Va hacia el aparador en procura de una limonada.)*

SRA. TARLETON. - ¡Avergüénzate, John! Díle que lea su Biblia.

TARLETON *(manipulando el sifón).* - ¿De qué sirve decirles a los muchachos que lean la Biblia si uno sabe que no lo harán? Me alejé de ella durante cuarenta años porque me

dijeron que la leyera cuando era joven. Luego, la tomé una noche en un hotel de Sunderland cuando había olvidado todos mis periódicos en el tren y descubrí que no estaba tan mal. *(Bebe y deja el vaso haciendo chasquear los labios con fruición.)* Por lo menos, es mejor que la mayoría de esos periódicos de medio penique si uno consigue hacerle creer en ella a la gente. *(Se sienta junto al secreter, cerca de su esposa.)* Pero si quieres comprender la vejez científicamente, lee a Darwin y a Weismann. Desde luego, si quieres comprenderla románticamente, lee la vida de Salomón.

SRA. TARLETON. - ¿Has tomado el té, John?

TARLETON. - Sí. No me interrumpas cuando mejoro el espíritu de ese muchacho. ¿Dónde estaba yo? Esta repulsiva máscara ... Eso es. *(En un arranque.)* ¿Qué es la muerte?

SRA. TARLETON. - ¡John!

HYPATIA. - La muerte es un tema bastante desagradable, papá.

TARLETON. - Nada de eso. Por lo menos, científicamente. Científicamente, es un tema delicioso. Tú, la crees algo natural. Pues bien: no lo es. Lee a Weismann. Al principio, la muerte no existía. Vé a mirar en cualquier zanja y verás nadar allí, frescas como una pintura, algunas de las pequeñas células vivientes que Adán bautizó en el jardín del Edén. Pero si los seres grandes como nosotros no muriéramos, nos desalojaríamos mutuamente de la faz de la tierra. Nada sobrevivió, salvo la gente que tuvo la sensatez y la cortesía de morirse y dejarles lugar a los recién llegados. Y así, la selección natural trajo la muerte. Sácate de la cabeza, hijo mío, que yo me vaya a morir porque me esté agotando o declinando. Para un hombre con vitalidad, la decadencia no existe. Desapareceré: pero no declinaré.

BENTLEY. -¿Y qué me dice usted de las arrugas y del almendro y de la pequeñez que se convierte en una carga y del deseo que se esfuma?

TARLETON. - ¿De veras? ¡Por Dios! No, señor: no se esfuma, se espiritualiza. En cuanto a tu pequeñez, yo puedo cargar con un elefante.

SRA. TARLETON. - ¡Las cosas que dices, Bunny! ¿Qué has querido decir con lo del almendro?

TARLETON. - Se refiere a mis canas: a la repulsiva máscara. Esa, hijo mío, es otra invención de la selección natural para indisponerme con las muchachas y darles una

oportunidad a los jóvenes.

SRA. TARLETON. - John: no quiero que hables de eso. Era un tema prohibido.

TARLETON. - Hablan de la maldad y de la vanidad de las mujeres que se pintan la cara y usan pelucas rojizas a los cincuenta. Pero... ¿por qué no habrían de hacerlo? ¿Por qué ha de permitirle una mujer a la naturaleza que le ponga una falsa máscara de vejez cuando sabe que sigue siendo tan joven como antes? ¿Por qué ha de mirar en el espejo y ver una arrugada mentira cuando bastaría una hábil pincelada para exhibirla como una gloriosa verdad? Las arrugas son un recurso para rechazar a los jóvenes. ¡Supongamos que esa mujer no quiera rechazar a los jóvenes! ¡Supongamos que le gusten!

SRA. TARLETON. - Bunny: lleva a Hypatia al parque a dar un paseo: pórtate bien. John tiene hoy uno de sus accesos de mal humor.

HYPATIA. - ¡Oh!, lo que es por mí no te preocupes. Estoy habituada a él.

BENTLEY. -Yo, no. Nunca oí semejante conversación: no puedo darles crédito a mis oídos. Y, fíjense ustedes ... Este es el hombre que se opuso a que me casara con su hija basándose en que un casamiento entre un miembro de la grande y buena clase media con un representante de la aristocracia viciosa y corrompida sería un matrimonio desigual. ¡Un matrimonio desigual! ¿Qué les parece? ¡Ese es el hombre a quien adopté como padre!

TARLETON. - ¡Eh! ¿Qué dices? ¿Dices que me has adoptado como padre?

BENTLEY. - Sí. Es una idea mía. Conocí a un joven llamado Joey Percival en Oxford *(como ustedes saben estuve dos meses en Balliol antes de que me echaran por haberle dicho a la vieja que era la rectora de ese estúpido colegio superior lo que pensaba de él. Por lo demás, quiso que yo volviese al cabo de seis meses, pero me negué a ir, ¡le dejé desearlo y bien merecido lo tiene!).* Bueno. El caso es que Joey era un mozo muy inteligente y tan amable... Le pregunté por qué había tanta diferencia entre él y todos los demás jóvenes... Me dijo que era muy sencillo: ellos sólo tenían un padre cada uno; y él, tenía tres.

SRA. TARLETON. - No digas tonterías, hijo. ¿Cómo puede ser así?

BENTLEY. - ¡Oh, es muy sencillo! Su padre...

TARLETON. - ¿Qué padre?

BENTLEY. -El primero: el dado por las leyes naturales. Tenía en la casa a un plácido

filósofo; una especie de Coleridge o Herbert Spencer. Ese era el segundo progenitor. Además, su madre era una princesa italiana; y ésta tenía siempre rondando a su alrededor a un sacerdote italiano. Se suponía que ese sacerdote cuidaba la conciencia de la princesa; pero, a juzgar por lo que pude observar, era ella la que cuidaba la de él. El equipo de los tres padres se encargaba de la conciencia de Joey, quien los oía discutir como unos dementes sobre todo. El filósofo era librepensador..., ¿comprenden? ... , y siempre creía en la última novedad. El sacerdote no creía en nada, porque estaba seguro de que eso lo pondría en dificultades con alguien. Y el padre natural tenía un espíritu abierto y creía en lo que más le convenía. Entre todos ellos, Joey se volvió muy culto. Decía que si hubiese podido tener también tres madres, habría sido capaz de enfrentarse con Napoleón.

TARLETON. - Es una idea. Una idea muy interesante: muy importante.

SRA. TARLETON. -Siempre tuviste ideas muy acertadas.

TARLETON. -Tienes razón, Pollita. ¿Qué le digo a Johnny cuando se jacta de la Ropa Interior Tarleton? No se trata en realidad de la ropa interior. ¡Al diablo con ella! Cualquiera puede hacerla. Cualquiera puede venderla. Las ideas de Tarleton: he ahí las razones del triunfo. A menudo, he pensado en decirlo en un letrero colgado sobre mi tienda.

BENTLEY. - Asócieme a usted, viejo. No serviré de mucho para hacer ropa interior, pero tengo ideas como el que más.

TARLETON. - Eres un buen muchacho y quizás lo haga.

SRA. TARLETON *(adivinando una conspiración contra su amado Johnny).* - Vamos, John... Prometiste...

TARLETON. - Sí, sí. Está bien, Pollita; no te pongas nerviosa. Nadie molestará a tu precioso Johnny. *(Levantándose de un salto, ya que es demasiado enérgico para quedarse quieto.)* Pero me estoy cansando de este viejo negocio. Hace treinta y cinco años que me dedico a él: cada día, hay que subir y bajar las mismas escaleras: es el juego de siempre: lamento haberlo empezado. Lo liquidaré y ensayaré otra cosa: algo que me permita desarrollar todas mis facultades.

HYPATIA. -La ropa interior da dinero: pero no lo dan las ideas propias de un gato montés.

TARLETON. - El dinero lo doy yo, señora, cualquiera que sea el negocio en que me

aventure.

SRA. TARLETON. -No fanfarronees, John . No tientes a la Providencia.

TARLETON. - ¡Bah! Tú no entiendes a la Providencia. A ésta le gusta verse tentada. Tal es el secreto del hombre de éxito. Lean a Browning. Teología natural en una isla..., ¿eh? Calibán temía tentar a la Providencia: por eso, nunca pudo ajustar cuentas con Próspero. ¿Qué hizo Próspero? Ni siquiera tentó a la Providencia: él mismo era la Providencia. Esa es una de las ideas de Tarleton: y no la olviden.

BENTLEY. - Hoy, usted está con muchos bríos, viejo.

TARLETON. - ¡Qué bríos ni qué demonios! Es alegría de vivir. Lee a Ibsen, muchacho. *(Entra al pabellón para desahogar su desasosiego y mira desde allí con las manos metidas en los bolsillos.)*

HYPATIA *(pensativa).* - Bentley... ¿No podrías invitar aquí a tu amigo el señor Percival?

BENTLEY. - No. Tú me echarías apenas lo vieras.

SRA. TARLETON. - ¡Oh, Bunny! ¡Avergüénzate!

BENTLEY. - Bueno ... ¿Quién se casaría conmigo, creen ustedes, si pudieran conseguir un cerebro como el mío con un cuerpo de tamaño completo? No, gracias. Cuidaré mucho de que Joey esté al margen de este asunto hasta que Hypatia ya no se interese por él.

(Johnny y Lord Summerhays vuelven a través del pabellón de su paseo.)

TARLETON. - ¡Bienvenido, bienvenido! ¿Por qué ha tardado usted tanto en venir?

LORD SUMMERHAYS *(estrechándole la mano).* - Sí: debí venir antes. Pero todavía me siento un poco perdido en Inglaterra. *(Johnny se quita el sombrero y lo cuelga junto al suyo.)* Gracias. *(Johnny vuelve a su hamaca y su novela. Lord Summerhays se acerca al secreter.)* El caso es que, como no tengo nada que hacer, nunca encuentro tiempo para ir a ninguna parte. *(Se sienta junto a la señora Tarleton.)*

TARLETON *(siguiéndolo y sentándose a su izquierda).* -Paradoja, paradoja. Bueno. Las paradojas son las únicas verdades. Lea a Chesterton. Pero usted tiene mucho que hacer aquí. Tiene genio para el gobierno. Ha aprendido su oficio en Jinghiskahn. Bueno. Pues aquí, en Inglaterra, queremos que nos gobiernen. Gobiérnenos.

LORD SUMMERHAYS. - ¡Ah, sí!, amigo mío; pero en Jinghiskahn hay que gobernar como es debido. Si uno no lo hace, lo exoneran y vuelve a su país. Aquí, todo hay que hacerlo al revés, a gusto de gobernadores que sólo saben cazar perdices *(nuestros*

príncipes nativos ingleses, en realidad) y de electores que no saben qué están votando. No comprendo esos juegos democráticos; y temo ser demasiado viejo para aprenderlos. ¿Qué puedo hacer salvo quedarme sentado junto a la ventana de mi club, formado más que nada por empleados públicos de la India jubilados? Miramos el caos y la locura y el diletantismo y nos preguntamos adónde nos habrían llevado quince días solamente de semejante vida.

TARLETON. -Es muy cierto. Con todo eso, la democracia es algo que suena muy bien... , ¿sabe? Lea a Mill. Lea a Jefferson.

LORD SUMMERHAYS. - Sí, la democracia es algo que suena bien, pero no funciona bien, como las comedias de ciertos autores. No, no, amigo Tarleton: para hacer funcionar a la democracia se necesita una democracia aristocrática. Para hacer funcionar a la aristocracia se requiere una aristocracia democrática. Ustedes no tienen ni lo uno ni lo otro y punto final.

TARLETON. - Con todo, el superhombre podría llegar. .. , ¿comprende? El superhombre es una idea. Yo creo en las ideas. Lea a No Sé Cómo se llama.

LORD SUMMERHAYS. - La lectura es una diversión peligrosa, Tarleton. Ojalá yo pudiera persuadir de eso a su gente de las bibliotecas gratuitas...

TARLETON. - ¡Hombre! Pues es el principio de la educación.

LORD SUMMERHAYS. -Por el contrario, es su fin. ¿Cómo se atrevería usted a enseñarle a leer a un hombre antes de haberle enseñado todo lo demás?

JOHNNY *(le intercepta la réplica a su padre bajando de la hamaca y tomando la palabra).* -No hablemos más del asunto. Eso revela sentido común. ¿Alguien quiere jugar al tenis?

BENTLEY. - ¡Oh! Hablemos un poco más para ilustrarnos. ¿No te gustaría, Johnny?

JOHNNY. - Si tú me lo pides, no.

TARLETON. - Johnny, tú no cultivas tu espíritu. No lees.

JOHNNY *(interponiéndose entre su madre y Lord Summerhays, libro en mano*). - Sí que leo. Te apuesto lo que quieras que, página por página, leo más que tú, aunque no hablo tanto de eso. Sólo que no leo los mismos libros. Me gusta un libro con argumento. A ti, te gusta uno que sólo contenga una idea que obsesiona sin cesar a su autor, como a un gato que persigue a su propia cola. Yo puedo soportar un poco eso, así como puedo soportar el

espectáculo de ese gato durante dos minutos, digamos, cuando no tengo nada que hacer. Pero un hombre se harta pronto de esas cosas. El caso es que, para ti, el escritor es una especie de dios. Yo, lo considero un hombre a quien pago por hacer algo para mí. Le pago para que me divierta y me aleje de mí mismo y me haga olvidar.

TARLETON. - No. Eso es un principio equivocado. Lee a Kipling: "Para que No Olvidemos."

JOHNNY. - Si Kipling quiere recordar, que recuerde. Si hubiese tenido que administrar la Ropa Interior Tarleton, le habría alegrado olvidar. Como su tarea es mucho más fácil y quiere que el público lo tenga siempre presente, grita "No olviden estas cosas que yo escribo con tanta inteligencia". Bueno, no lo culpo: es su negocio; en su lugar, yo haría otro tanto. Pero lo que quiere Kipling y lo que quiero yo son dos cosas distintas. Yo quiero olvidar; y le pago a otro hombre para que me haga olvidar. Si compro un libro o voy al teatro, quiero olvidar la tienda y olvidarme de mí mismo desde el momento en que entro hasta el momento en que salgo. Para eso pago. Y si descubro que lo único que hace el autor es exasperarme sin cesar, pienso que me ha sacado el dinero con falsedades. No soy un excéntrico morboso: soy un hombre natural y, como tal, no me gusta que me exasperen. Si un hombre de mi empresa lo hiciera, lo echaría. Si lo hiciese un socio de mi club, daría por terminadas mis relaciones con él, y si llegara demasiado lejos, le plantearía su conducta a la junta directiva. Hasta podría propinarle un puñetazo, en caso necesario. ¿Qué escritor podría tener el privilegio de tomarse libertades que no les están permitidas a otros hombres?

SRA. TARLETON. -¡Ya lo ves, John! ¿Qué te dije siempre? Johnny sabe hablar tan bien como cualquier otro cuando quiere.

JOHNNY. -No soy un tonto, mamá, piense lo que piense cierta gente. No pretendo tener tantas ideas como papá; pero las que tengo son instantáneas. Sé pensar tan bien como hablar.

BENTLEY *(a Tarleton, con una risita).* -Ya lo ve, viejo. Usted parece haberle inspirado a la gente antipatía a su tienda con esas ideas..., ¿verdad?

JOHNNY *(amablemente).* -No digo nada contra ti, papá. Pero afirmo que ha llegado la hora de que los hombres sensatos, sanos y sin pretensiones como yo se planten frente a la conspiración de los que escriben y hablan y de todos esos artistas para relegarnos a la

última fila. No es que seamos inferiores a ellos: se trata de algo urdido y son ésos los culpables. Nosotros gobernamos el país para ellos; y sólo nos lo agradecen diciendo que somos unos filisteos y unos vulgares comerciantes y unos mercenarios hombres de ciudad, etcétera y que ellos son unos ángeles de luz que nos guían. Ha llegado la hora de reafirmarnos y de ponerles dique a sus presuntuosas insensateces. Quizás, si no tuviéramos nada mejor que hacer que hablar o escribir, podríamos hacerlo mejor que ellos. Sea como fuere, esos son los fracasados y la escoria del negocio (apenas hay alguno de ellos que no se haya iniciado en una oficina) y nosotros somos los triunfadores. Gracias a Dios, yo no he fracasado aún en nada; y creo que no fracasaría en la literatura si me conviniera probar suerte en ella.

BENTLEY. - ¡Escúchenlo, escúchenlo!

SRA. TARLETON. - ¡Imagínate escribiendo un libro, Johnny! ¿Cree usted que podría hacerlo, Lord Summerhays?

LORD SUMMERHAYS. - ¿Por qué no? En realidad, todos los escritores realmente prósperos que he conocido desde que volví a Inglaterra se parecían mucho a él.

TARLETON *(impresionado, nuevamente).* -Es una idea. Una idea nueva. Creo que debí hacer de Johnny un escritor. Nunca lo dije antes por temor a herir sus sentimientos, porque, después de todo, él no puede remediarlo; pero nunca creí que valiera dos peniques como hombre de negocios.

JOHNNY *(sarcásticamente).* - ¡Oh! ¿Crees haber conservado siempre eso en secreto, papá? Conozco tu opinión sobre mí tan bien como la conoces tú. Hace falta un hombre de negocios para apreciar a otro: y tú no eres y nunca fuiste un verdadero hombre de negocios. Sé adónde habría ido a parar en tres o cuatro ocasiones la casa Tarleton de no haber sido por mí. *(Con un bufido y un gesto de asentimiento para subrayar la advertencia implícita, se retira al baño turco y se apoya contra él con jovial indiferencia.)*

TARLETON. - ¿Y quién lo niega? Te sobra razón. No tengo inconvenientes en confesarles a todos ustedes que las circunstancias que me condenaron a regentear una gran tienda constituyen la tragedia más grande de los tiempos modernos. Debí ser escritor. Soy, esencialmente, un hombre de ideas. Cuando era joven solía ansiar el fracaso, para poder abandonar con un motivo la tienda y hacer algo: algo de primer orden. Pero fue inútil: no conseguí fracasar. Me dije que si lograba mostrarle a esta

Pollita mía que está presente un certificado de contador público como prueba de que yo había ganado veinte libras menos que el año pasado, podía pedirle que me dejara arriesgar el futuro de Johnny e Hypatia dedicándome a la literatura. Pero era inútil. La primera vez, gané doscientas cincuenta libras más que el año anterior. La segunda, setecientas. Luego, dos mil. Finalmente, comprendí que mis esperanzas eran vanas: Prometeo estaba encadenado a su roca; lean a Shelley; lean a la señora Browning. Bueno, eso no estaba escrito. *(Se levanta, con aire solemne.)* Lord Summerhays: le ruego que me excuse por unos instantes. Hay ocasiones en que un hombre necesita meditar sobre su destino en la soledad. Se toca una cuerda y ve el drama de su vida como cuando un espectador ve una comedia. Ría usted, si quiere: ningún hombre ve su lado cómico más que yo. En el teatro de la vida, todos pueden divertirse, salvo el actor. *(Su rostro se ilumina.)* Se me ocurre una idea: una idea para un cuadro. ¡Qué lástima que Bentley no sea pintor! Tarleton meditando sobre su destino. No con una toga. No con una vestimenta del autor trágico o el filósofo. Simplemente, de saco y pantalones: un hombre como cualquier otro. Y, debajo de ese saco y esos pantalones, un alma humana. ¡La Ropa Interior Tarleton! *(Sale, con aire grave al vestíbulo.)*

SRA. TARLETON *(afectuosamente).* - Supongo que esta será una opinión parcial propia de una esposa, Lord Summerhays; pero creo que John es realmente un gran hombre. Estoy segura de que estaba llamado a ser rey. Mi padre lo desdeñaba porque era recaudador de impuestos y John tenía una tienda. Hería su orgullo tener que pedirle dinero prestado a John tan a menudo; y acostumbraba consolarse diciendo: "Después de todo, sólo es un tendero." Pero, por fin, cierto día me dijo: " John es un rey."

BENTLEY. -¿Cuánto le pidió prestado en esa ocasión?

LORD SUMMERHAYS *(con aspereza).* - ¡Bentley!

SRA. TARLETON. - ¡Oh, no lo regañe! Tenía -que decir una cosa así aunque fueran sus últimas palabras sobre la tierra. Además, le sobra razón: mi pobre padre había pedido sus cinco libras de costumbre y John le había dado cien con su generosidad habitual. Como un rey.

LORD SUMMERHAYS. - Nada de eso. He tenido que habérmelas con cinco reyes en Jinghiskahn; y creo que usted es un poco injusta con su marido, señora Tarleton. Esos reyes fingían simpatizar conmigo porque yo evitaba que sus hermanos los mataran; pero

no me gustaban. Y Tarleton me gusta.

SRA. TARLETON. - Les gusta a todos. Realmente, tengo que ir a encargarle al cocinero que le prepare una tostada con queso derretido. John siempre espera que le hagan una en las grandes ocasiones. *(Va hacia la puerta interior.)* Johnny: cuando vuelva papá, pregúntale dónde hemos de poner el nuevo baño turco. Ahora, le ha dado por los baños turcos. *(Sale.)*

JOHNNY *(adelantándose nuevamente*). - Ahora que papá se ha delatado y mamá se ha ido, le diré algo, Lord Summerhays. Si usted estudia a los hombres que han amasado enormes fortunas sin ser muy despiertos en punto a dinero, descubrirá que todos están chiflados. Papá es un hombre maravilloso, pero no está en sus cabales..., ¿comprende? Si se fija usted bien en él, verá que se diferencia de mí: y sean cuales fueren mis defectos, soy un hombre cuerdo. Mi padre es un excéntrico: eso es lo que es. Y el peligro es que algún día se ponga en evidencia.

LORD SUMMERHAYS. - Ponerse en evidencia es un método como cualquier otro. Guardarse la verdad sólo es otro método. Yo que tú, preferiría no ocultarlo.

JOHNNY. -¿Se le ha ocurrido a usted alguna vez que un hombre de espíritu abierto debe de ser algo bribón? Le diré que me gusta el hombre que se decide de una vez por todas sobre lo que está bien y lo que está mal y luego se aferra a eso. Por lo menos, uno sabe dónde ubicarlo.

LORD SUMMERHAYS. -Quizás no sea ese su objetivo.

BENTLEY. -Acaso quiera ubicarte a ti, viejo.

JOHNNY. - Bueno, déjenlo. Si un socio de mi club quiere robarme el paraguas, sabe dónde encontrarlo. Si proponen como socio del club a un hombre muy liberal en materia de propiedad de paraguas, votaré contra él. Un espíritu liberal está muy bien en una conversación inteligente: pero en la conducta y el manejo de los negocios, que me den una base sólida.

LORD SUMMERHAYS. - Sí: las arenas movedizas hacen difícil la vida. Pero existen. Es inútil fingir que son rocas.

JOHNNY. -No lo sé. Uno puede trazar una línea y hacer que los demás se aferren a ella. Eso es lo que llamo moral.

LORD SUMMERHAYS. - Muy cierto. Pero uno no progresa cuando se aferra a una

línea.

HYPATIA *(de pronto, como si no quisiera oír hablar más del asunto).* - Bentley: véte a jugar al tenis con Johnny. Debes hacer ejercicio.

LORD SUMMERHAYS. - Hazlo, hijo mío, hazlo. *(A Johnny.)* Llévatelo y haz que salte por ahí.

BENTLEY *(levantándose de mala gana).* - Te prometí que mi tórax aumentaría dos pulgadas en este verano. Intenté hacer gimnasia con un extensor de goma; pero no era lo bastante fuerte; en vez de ensancharme el tórax, me lo contrajo. Ven, Johnny.

JoHNNY. - Te hará muchísimo bien, muchacho. *(Sale con Bentley, a través del pabellón.)*

(Hypatia aparta su labor con un enorme suspiro de alivio.)

LORD SUMMERHAYS. - ¡Por fin!

HYPATIA. -Por fin. ¡Oh, si yo lograra pasar unas vacaciones en un asilo para sordomudos! ¡Cómo les envidio a los animales! No saben hablar. Si Johnny pudiera poner enhiestas las orejas o menear la cola en vez de dictar la ley... ¡¡hasta qué punto marcharían mejor las cosas! Sabríamos cuándo está enojado y cuándo está contento: y eso es todo lo que sabemos ahora, a pesar de toda su conversación. Nunca deja de hablar: habla, habla, habla. Esa es mi vida. Durante todo el día, oigo hablar a mamá; en la cena, a papá; y cuando papá se detiene para tomar aliento, a Johnny.

LORD SUMMERHAYS. - Haces que me sienta muy culpable. Temo que también yo soy charlatán.

HYPATIA. -¡Si los padres comprendieran hasta qué punto aburren a sus hijos! Durante la última media hora, he estado tres o cuatro veces a punto de gritar.

LORD SUMMERHAYS. - ¿Estuvimos muy aburridos?

HYPATIA. - Nada de eso: se mostraron muy inteligentes. Eso es lo que cuesta tanto soportar, ya que por ello resulta difícil no escuchar. Yo soy joven..., ¿comprende? Y siento tantos deseos de que suceda algo ... Mi madre me dice que, cuando yo tenga su edad, estaré harto contenta de que no haya sucedido nada; pero no la tengo y, por lo tanto…, ¿de qué me sirve eso?

Ahí está mi padre en el jardín, meditando sobre su destino. Todo eso está muy bien para él: ha tenido un destino sobre el cual meditar. Pero yo no he tenido aún ninguno. A él, le

ha sucedido todo: a mí, nada. Por o, esta conversación interminable tiene para mí un interés enloquecedor.

LORD SUMMERHAYS. - Sería peor si estuviéramos sentados en silencio.

HYPATIA. -No, no lo sería. Si todos ustedes estu;eran sentados en silencio, como si esperaran que sucediera algo, habría esperanzas aunque nada ocurriese. Pero eta eterna charla, charla, charla sobre cosas en general; o es apta para gente vieja, vieja, VIEJA. Supongo que significa algo para ellos: ya han corrido su albur. Sólo escucho esperando señales de que concluya en algo; ro en el preciso momento en que parece llegar a aIgo concreto, Johnny o papá toman por otro lado y todo vuelve a empezar; y comprendo que nunca llevará a cada y no cesará jamás. Entonces, quiero gritar, gritar. Me pregunto cómo pueden soportarlo ustedes.

LORD SUMMERHAYS. - Bueno, yo mismo soy viejo y locuaz, como ve. Además, no estoy aquí precisamente por mi propia voluntad. He venido porque usted me lo ordenó.

HYPATIA. - ¿No quería usted venir?

LORD SUMMERHAYS. -Querida: después de haber pasado treinta años manejando los negocios de los demás, los hombres pierden el hábito de decidir qué es lo que quieren y qué es lo que no quieren.

HYPATIA. - ¡Oh!, no empiece usted a hablar de lo que hacen los demás y de los treinta años de experiencia. Si no puede abandonar ese tema, más vale que llame a Johnny y a papá y recomience todo eso.

LORD SUMMERHAYS - Lo siento. Perdón.

HYPATIA. - Le he preguntado si no quería venir.

LORD SUMMERHAYS. -No me detuve a pensar si lo quería o no, porque cuando leí su carta comprendí que debía venir.

HYPATIA. - ¿Por qué?

LORD SUMMERHAYS. - ¡Oh, vamos, señorita Tarleton! ¡Vamos! No me obligue a llamarla chantajista cara a cara. Usted me tiene en sus manos; y hago lo que me dice muy dócilmente. No me pida que simule que lo hago por mi propia voluntad.

HYPATIA. - No sé qué es una chantajista. Ni siquiera tengo esa experiencia.

LORD SUMMERHAYS. - Una chantajista, mi querida joven, es una persona que conoce un secreto deshonroso de la vida de otra y le extorsiona dinero amenazándola con

divulgar su secreto si no se lo da.

HYPATIA. - Yo no le he pedido a usted dinero.

LORD SUMMERHAYS. - No; pero me ha pedido que venga a hablar con usted; y ha dicho, como quien no quiere la cosa, que, si yo no venía, usted sólo podría hablar de mí con Bentley. Eso fue una amenaza..., ¿verdad?

HYPATIA. - Bueno. Es que yo quería que usted viniese.

LORD SUMMERHAYS. -¿A pesar de mi edad y de mi desdichada locuacidad?

HYPATIA. - Me gusta hablar con usted. Con usted, puedo desahogarme. Y decir cosas que no podría decirles a otras personas.

LORD SUMMERHAYS. - ¿Por qué?

HYPATIA. - Porque usted es el único hombre realmente inteligente, adulto, de clase superior y experto, de los que conozco, que se me ha rendido pasando totalmente por tonto conmigo. Usted no puede envolverse en su toga después de esto. No puede darse tono conmigo.

LORD SUMMERHAYS. -Usted querrá decir que podría hablarle a Bentley de mí si yo lo hiciera.

HYPATIA. - Aunque no existiera un Bentley, aunque a usted no le importara (y, en realidad, no veo por qué habría de importarle tanto), nunca podríamos volver a estar en términos convencionales. Además, tengo cierta debilidad por usted: casi me inspira una especie de espantoso amor.

LORD SUMMERHAYS *(acobardado).* - Le ruego... No, por favor.

HYPATIA. - ¡Oh, eso no tiene nada de lisonjero! Y, desde luego, no tiene nada de malo, como supongo que lo llamaría usted.

LORD SUMMERHAYS. - Por favor, créame que lo sé. Cuando un hombre de mi edad...

HYPATIA *(con impaciencia).* - ¡Oh!, hable de sí mismo cuando se refiere a sí mismo y no de los hombres de su edad.

LORD SUMMERHAYS. -Lo diré en la forma más categórica posible. Cuando, como usted dice, pasé por tonto, créame, fui un tonto poético. Me sedujeron no unos apetitos que, a Dios gracias, ya no me atraen desde hace tiempo, ni siquiera el deseo de una segunda infancia para un camarada de la niñez, sino el inocente impulso de colocar afectuosamente la delicadeza y sabiduría y espiritualidad de mi edad al servicio de su

juventud por unos pocos años, al fin de los cuales usted sería una madura, vigorosa y formada... viuda. Por desgracia, querida mía, la delicadeza de la edad no tenía en cuenta, como de costumbre, el espíritu burlón y la crueldad de la juventud. Usted me dijo que no quería ser la niñera de un viejo y tener hijos de talla tan poco normal como Bentley. Bien merecido me lo tuve: -no se lo reprocho a usted: fui un viejo tonto. Pero... ¿cómo podría usted imaginar, después de eso, que puedo sospechar en usted el más leve sentimiento por mí, salvo el inevitable sentimiento de la temprana juventud por la tardía vejez, o suponer que siento por usted algo que no sea una tímida humillación? No logro comprenderlo.

HYPATIA. - No lo culpo por haberse enamorado de mí. Se lo agradeceré durante toda mi vida, porque fue la primera vez que me sucedió algo realmente interesante.

LORD SUMMERHAYS. - ¿Insinúa usted que nada de esto le había sucedido antes? ¿Que ningún hombre, nunca, había ... ?

HYPATIA. - ¡Oh, muchos! Eso forma parte aquí de la rutina de la vida: su parte más penosa. El joven que viene a galantear es un episodio tan familiar en mi vida como el café en el desayuno. Desde luego, es demasiado caballero para portarse mal: y yo soy una dama a tal punto que no se lo permitiría; y él es tímido y cohibido; y yo, correcta y con dominio de mí misma; y, finalmente, cuando no puedo soportarlo más, o lo ahuyento o le doy una oportunidad de declararse, nada más que para ver cómo lo hace, y lo rechazo porque lo hace en forma tan tonta como todo lo demás. Usted no llamaría a eso un acontecimiento en la vida de una. .. , ¿verdad? En su caso, era distinto. Me habría parecido tan improbable que se enamorara de mí el polo norte como usted. Usted sabe que sólo soy la hija de un tendero. Yo le temía a usted. ¡Usted, un gran hombre, un lord! Y mayor que mi padre. Y, además..., ¡vaya una situación la que se presentaba! ¡Piénselo no más! Yo cataba comprometida con su hijo; y usted no sabía nada. Bentley tenía miedo de decírselo: lo trajo aquí porque pensó que si lograba reunirnos yo le ajustaría a usted las cuentas porque era una muchacha admirable. Lo concertamos todo él y yo. Quitamos de en medio a papá y a mamá y a Johnny espléndidamente; y luego, Bentley se apartó del camino a su vez y nos dejó a ambos -¡a usted y a mí!- dar un paseo por el brezal y admirar del paisaje de Hindhead. Usted no adivinó que todo eso era un plan: que lo que me hacía tan seductora era el fecho de que me portaba a la altura de mi destino, como la encantadora muchacha que debía hacer feliz a su hijo. ¡Y luego! ¡Y luego! (*Se levanta*

Librodot

para bailotear y palmotear, gozosa.)

LORD SUMMERHAYS *(estremeciéndose).* - Deténgase, deténgase. ¿No puede comprender una mujer la delicadeza de un hombre?

HYPATIA *(alegrándose al recordar).* - Y luego... ¡Ja, ja! Luego, usted se declaró. ¡Usted! ¡Un padre! ¡A la chica de su hijo!

LORD SUMMERHAYS. - ¡Basta, le digo! No profane lo que no comprende.

HYPATIA. -Eso fue algo que sucedió finalmente con creces. Fue espléndido. Fue la primera vez que atisbé entre bastidores. Si hubiese tenido diecisiete años, me habría enamorado de usted. Aun así, los sentimientos que me inspira son muy distintos de los que me inspiran otros hombres de edad. Por lo tanto *(le ofrece la mano*) puede besarme la mano si eso lo divierte.

LORD SUMMERHAYS *(levantándose y retrocediendo hacia la mesa, sublevado).* -No, no, no. ¿Cómo se atreve usted? *(Hypatia ríe, maliciosamente.)* ¡Qué insensible es la juventud! ¡Qué banal! ¡Qué cínica! ¡Qué despiadadamente cruel!

HYPATIA. - ¡Tonterías! Lo que sucede, es que usted está cansado de muchas cosas grandes que yo nunca he intentado.

LORD SUMMERHAYS. -No es sólo eso. No he olvidado la brutalidad de mi propia adolescencia. Pero trate de aprender, magnífica bestezuela, que la vejez es melindrosa, sentimental, remilgada. Si usted no puede comprender mis más sagrados sentimientos, por lo menos conoce los achaques físicos de los viejos. Sabe que no me atrevo a engullir todas las cosas sabrosas que devora usted en cada comida; que me resultan insoportables el alboroto y el estrépito, que no influyen sobre usted más de lo que influirían sobre una piedra. Bueno: pues mi alma es así, también. Apiádese de ella: sea gentil con ella. *(Tiende involuntariamente las manos para reforzar su alegato y ella las toma, riendo.)* Si usted pudiera concebirme como un ser que es mitad ángel mitad inválido, nos entenderíamos mucho mejor.

HYPATIA. - Creo que nos entendemos muy bien. Ningún otro me llamó jamás hasta ahora magnífica bestezuela. Eso me gusta. Magnífica bestezuela es una frase que expresa exactamente lo que me gusta ser.

LORD SUMMERHAYS *(liberando sus manos y sentándose).* - ¿De dónde diablos ha sacado esos gustos morbosos? Usted parece haber sido criada en una familia normal, sana

y respetable de la clase media. Sin embargo, se porta como los productos menos saludables de la más rancia bohemia.

HYPATIA. - Eso es lo que sucede, precisamente. Estoy harta de...

LORD SUMMERHAYS. - ¡Una expresión horrible! No diga eso.

HYPATIA. - ¡Oh, admito que es vulgar! Pero no hay otra palabra para decirlo. Estoy harta de las cosas bonitas. ¡De la respetabilidad, del decoro! Cuando una mujer no tiene nada que hacer, el dinero y la respetabilidad significan que nunca se permite que le suceda algo. No quiero ser buena ni mala: simplemente, no quiero que me molesten con respecto a lo bueno y lo malo: quiero ser un verbo activo.

LORD SUMMERHAYS. - ¿Un verbo activo? ¡Ah, comprendo! Un verbo activo significa ser, hacer o sufrir.

HYPATIA. -Precisamente. ¡Qué inteligente es usted! Quiero ser, quiero hacer, y estoy dispuesta a sufrir si es ese el precio. Pero me resisto, pura y simplemente, a hacer algo que no sea ser buena y amable y toda una dama. Quédese con nosotros una semana y le mostraré qué significa eso: le haré ver cómo progresa de día en día, de año en año, de vida en vida.

LORD SUMMERHAYS. - ¿Me mostrará el qué?

HYPATIA. - Las muchachas que se consumen hasta convertirse en señoras. Las señoras que se consumen hasta convertirse en solteronas. Que cuidan de las viejas. Que les hacen recados a los viejos. Que, finalmente, no sirven para nada más. ¡Oh, no se imagina el diabólico egoísmo de los viejos y el ebrio sacrificio de los jóvenes! Eso es más insoportable que cualquier pobreza: más horrible que cualquier franca maldad. ¡Oh! ¡El hogar, los padres, la familia, el deber! ¡Cómo detesto todo eso! ¡Cómo me gustaría que volara hecho pedazos! La pobre evasión. La perversa evasión. Bueno, yo no puedo ser pobre: nos sobra el dinero; sería inútil fingir que no es así. Pero puedo ser mala; y estoy completamente dispuesta a serlo.

LORD SUMMERHAYS. - ¿Cree que eso es fácil?

HYPATIA. - ¿No lo es? Como usted es un hombre, debiera saberlo.

LORD SUMMERHAYS. -Eso exige cierto talento natural, que, sin duda, puede ser cultivado. Realmente, no es fácil sobresalir.

HYPATIA. -Sea como fuere, me propongo luchar por la vida.

LORD SUMMERHAYS. - Creo que la frase de las sufragistas es: vivir una su vida.

HYPATIA. - Vivir cualquier vida. Vivir, en vez de marchitarse sin que un jardinero la arranque a una siquiera del tallo cuando se ha podrido.

LORD SUMMERHAYS. -Yo he vivido una vida activa, pero me he marchitado de todos modos.

HYPATIA. - No: se ha consumido, lo cual es muy distinto. Y conserva todavía un poco de vida: de lo contrario, no se habría enamorado de mí. No se imagina cómo me alegra descubrir que, en vez de ser el correcto engreído que yo lo suponía, es en realidad un viejo encantador como papá.

LORD SUMMERHAYS. - No, no: no me hable de su padre: realmente, no puedo soportarlo. Y si es forzoso que diga esas cosas terribles, esas cosas vergonzosas que me desgarran el corazón, encuentre por lo menos algo más hermoso que llamarme viejo encantador.

HYPATIA. - Pues... ¿cómo llamaría usted a un hombre que se le declarase a una muchacha que podría ser...?

LORD SUMMERHAYS. - Su hija: sí, lo sé.

HYPATIA. - Yo iba a decir su nieta.

LORD SUMMERHAYS. -Usted siempre tiene en reserva un golpe más doloroso.

HYPATIA. - Es usted demasiado sensible. ¿Amasó alguna vez tortas de barro cuando era niño?

LORD SUMMERHAYS. -Confío en que no.

HYPATIA. -Es una tarea sucia; pero Johnny y yo éramos lo bastante vulgares para que nos gustara. Me gusta la gente joven porque no le tiene demasiado temor a la tierra. Yo me he formado con tortas de barro; pero me gusta la jerga popular y también me gusta mantenerlo a usted en actividad diciendo cosas que lo estremezcan y prefiero soportar las blasfemias y el humo de los cigarrillos a aguantar la aburrida respetabilidad; y me gustan muchas cosas que le chocarían bastante. ¡Ya lo sabe!

LORD SUMMERHAYS. -No lo dudo. No insista.

HYPATIA. - Su ideal no es ese. .. , ¿verdad?

LORD SUMMERHAYS. -No.

HYPATIA. - ¿Debo decirle el porqué? Su ideal es una vieja. Me atrevería a decir que

tiene un rostro bello: pero es una vieja. Vieja, vieja, vieja. Puntillosa. Que no puede afrontar las cosas. Que no puede disfrutar de las cosas: por lo menos, de las verdaderas. ¡Siempre las estaría rehuyendo!

LORD SUMMERHAYS. -Rehuyendo... Abominable expresión.

HYPATIA. - ¡Bah! Usted no puede soportar siquiera una cosita así. ¿Para qué sirve? ¡Oh! ¿Para qué sirve?

LORD SUMMERHAYS. -No me lo pregunte. No lo ;é. No lo sé.

(Tarleton vuelve del vestíbulo. Hypatia se sienta, recatadamente.)

HYPATIA. - Bueno, papá ... ¿Has meditado sobre :u destino?

TARLETON (*perplejo*). - ¿Qué? ¡Ah, mi destino! Dios mío, olvidé todo eso: Jock me distrajo y me sacó le cuajo la idea de la cabeza. Además... ¿por qué habría Jo de ceder a una introspección morbosa? Es una señal le locura. Lee a Lombroso. *(A Lord Summerhays.)* Bueno, Summerhays ... ¿Lo ha estado divirtiendo mi niña?

LORD SUMMERHAYS. -Sí. Es un anfitrión maravilloso.

TARLETON. -Creo que mi idea sobre la forma de educar a una muchacha ha sido un éxito. No escuches esto, Patsy: podría volverte engreída. Nunca la han tratado como a una criatura. Siempre le dije lo mismo a su madre. Que lea lo que quiera. Que haga lo que quiera. Que vaya adonde quiera. ¿Eh, Patsy?

HYPATIA. - ¡Oh, sí! Siempre que yo tuviera algo que hacer, algún lugar adonde ir, algo que quisiera leer.

TARLETON. - ¡Pues ya lo ve! No está satisfecha. Es inquieta. Quiere que sucedan cosas. Quiere que le caigan aventuras del cielo.

HYPATIA (*recogiendo su labor).* - Si vas a hablar de mí y de mi educación, me voy.

TARLETON. - Bueno, bueno, véte. *(A Lord Summerhays.)* Es activa, como yo. En realidad, quiso que yo la pusiera a trabajar en la tienda.

HYPATIA - Porque me dicen que las muchachas que están allí suelen tener aventuras. *(Se va por la puerta que lleva al interior de la casa.)*

TARLETON. - En eso me ha ganado, aunque no lo sabe... ¡pobre inocente! El escándalo público exagera enormemente, desde luego; pero por más que uno moralice, la vitalidad exuberante es un hecho físico que no se puede liquidar con palabras. *(Se sienta entre el secreter y el aparador.)* Esto de educar a los hijos es asunto difícil. Dicho sea entre

nosotros, le confesaré que me abruma. Nunca me sentí tan sorprendido como cuando conocí a Johnny como hombre de negocios y descubrí cómo era en realidad. ¿Cómo se las compuso usted con sus hijos?

LORD SUMMERHAYS. -Bueno... En realidad, no tuve tiempo de ser padre: esa es la verdad lisa y llana. Su pobre madre se ocupó del asunto mientras estaba con nosotros. Luego, naturalmente, Eton, Oxford, la rutina corriente de su clase social. Los vi con muy poca frecuencia y pensé muy poco en ellos. ¿Cómo habría podido hacerlo si tenía a toda una provincia en mis manos? Ellos y yo somos ... gente que se conoce. Quizás no seamos unos conocidos vulgares: hay una especie de... bueno, yo lo llamaría una especie de remordimiento, dada la forma como nos estrechamos las manos *(cuando nos las estrechamos),* lo cual significa, supongo, que lamentamos no preocuparnos más el uno por el otro; y temo que nos vemos con la menor frecuencia posible. Nos desconcertamos mutuamente demasiado. Son, en realidad, unas relaciones harto difíciles. Para mí, no del todo naturales.

TARLETON *(impresionado, como de costumbre).* - Es una idea, por cierto. No creo que nadie haya escrito nunca al respecto,

LORD SUMMERHAYS. - Bentley es el único que ha sido realmente mi hijo en un sentido serio. Lo mimaron a fondo. Cuando lo mandaron a una escuela preparatoria, le bastó con gritar como un energúmeno para que lo devolvieran a su casa. No se podía hablar de Eton: pero conseguimos hacerlo ingresar a Oxford. Fue inútil: lo enviaron a casa. A esta altura, mi trabajo había terminado y lo veía a menudo. Pero no podía hacer nada con él... salvo mirarlo. Creo que el caso de usted es totalmente distinto. Usted conserva las tradiciones de la clase media: la escuela diurna y la enseñanza comercial, en vez de la universidad. Creo en la escuela diurna, por lo menos. Por lo menos, uno conoce a sus propios hijos.

TARLETON. - ¿Le parece? No estoy tan seguro de eso. El caso es, mi querido Summerhays, que cuando ha pasado la infancia, cuando el animalito ha superado la etapa en que adquiere lo que podríamos llamar un sentido del decoro, todo ha concluido en la relación entre el progenitor y el hijo. No se puede vencer la tremenda timidez que provoca.

LORD SUMMERHAYS. - ¿Timidez?

TARLETON. - Sí, timidez. Lea a Dickens.

LORD SUMMERHAYS *(sorprendido).* - ¡Dickens!

¡Nada menos que Charles Dickens! ¿Habla usted en serio?

TARLETON. -No me refiero a sus libros. Lea las cartas de Dickens a su familia. Lea las de cualquier hombre a sus hijos. No son expresiones humanas. No se refieren a él o a ellos. Hablan de hoteles, del paisaje, del tiempo, de que la gente se moja y pierde el tren y de lo que vio en la carretera y todas esas cosas. Ni una palabra de Dickens sobre sí mismo. Cartas forzadas.

Tímidas. Escritas por obligación. Todas aptas para ser publicadas: eso lo dice todo. Le digo a usted que entre el progenitor y el hijo hay una muralla de tres metros de espesor y quince kilómetros de altura. Sé de qué le estoy hablando. En mi tienda hay empleadas: tanto empleadas como hombres jóvenes. Tengo ideas al respecto. Yo acostumbraba visitar a los progenitores y decirles que no les dejaran a sus hijos ir al mundo sin instruirlos sobre los peligros y las tentaciones a que se verían expuestos. ¿Qué me contestaron todas las madres? "¡Oh, señor... ! ¿Cómo podría yo hablarle de esas cosas a mi propia hija?" Los hombres dijeron que yo tenía mucha razón; pero no lo hicieron, como no había podido hacerlo yo con Johnny. Tuve que dejar libros a su alcance y por cierto que me sentí muy incómodo al hacerlo. La relación entre el progenitor y el hijo puede ser afectuosa, útil y necesaria. Pero nunca puede ser inocente. Uno preferiría morir a aludir a ello. Dentro de mil años, créame, se considerará de mal gusto saber quienes son nuestro padre y nuestra madre. Algo embarazoso. Más vale que me entregue usted a Bentley. Puedo mirarle en la cara y hablarle de hombre a hombre. Usted puede quedarse con Johnny.

LORD SUMMERHAYS. - Gracias. He vivido durante tanto tiempo en un país donde un hombre puede tener cincuenta hijos, los cuales no significan para él más que un regimiento de soldados, que temo haber perdido el sentimiento británico que inspiran.

TARLETON *(nuevamente impaciente).* - Usted se refiere a Jinghiskahn. ¡Ah, sí! El imperio es algo bueno. Nos educa. Abre nuestros espíritus. Expulsa de nosotros a la Biblia. Y civiliza a los demás.

SUMMERHAYS. - Sí: los civiliza. Y viliza. Ellos salen ganando. Nosotros, perdiendo. Salimos perdiendo, Tarleton, créame. Salimos perdiendo.

TARLETON. - ¿Por qué no? Iguala en promedio a la especie humana. Hace al negro a medias inglés y al inglés a medias negro.

LORD SUMMERHAYS. - Hablando como el infortunado inglés en cuestión, diré que no me gusta el procedimiento. Si tuviera que volver a vivir mi vida, me quedaría en casa y me supercivilizaría.

TARLETON. - ¡Tonterías! No sea egoísta. ¡Piense cómo ha mejorado a los demás! ¡Mire al imperio español! Malos frutos para España, pero espléndidos para la América del Sur. ¡Mire lo que han hecho por Inglaterra los romanos! Su imperio se desintegró y tuvieron que marcharse, pero... ¡piense en todo lo que nos enseñaron! Fueron la levadura de nuestra nacionalidad: creo que hubo un campamento romano en Hindhead: se lo mostraré mañana. Esa es la faceta buena del imperialismo: es altruista. Desprecio a los partidos de la Pequeña Inglaterra[1]: piensan siempre en Inglaterra. Son gente de espíritu mezquino. Yo soy partidario del parlamento del hombre, de la federación del mundo. Lea a Tennyson. *(Vuelve a sentarse.)* Luego, está el gran problema de la alimentación.

LORD SUMMERHAYS *(aprensivo).* - ¿Es forzoso que lo tratemos esta tarde?

TARLETON. - ¡No, pero me gustaría que usted le dijera a mi Pollita que los nativos de Jinghiskahn comen en gran cantidad queso tostado y que ese es el secreto de su asombrosa salud y su longevidad!

LORD SUMMERHAYS. - Por desgracia, no son sanos ni longevos. Y no comen queso tostado.

TARLETON. - ¡Pues ya lo ve! Lo estarían si lo comieran. Bueno; diga usted lo que quiera, con tal de que la moraleja sean unas tostadas con queso derretido para la cena.

LORD SUMMERHAYS. - ¡La moral inglesa es una cáscara de nuez!

TARLETON (divertidísimo). - ¡Sí! *(Ríe.)* Somos unos hipócritas espantosos. .. , ¿verdad? *(Los interrumpen gritos excitados desde el parque.)*

HYPATIA. - ¡Papá! ¡Mamá! ¡Vengan pronto!

BENTLEY ¡Eh, papá! ¡Ven! ¡Un aeroplano! Mira, mira...

TARLETON *(sobresaltado).* - ¿Dijo Bunny un aeroplano?

LORD SUMMERHAYS. - ¡Un aeroplano! *(Una sombra se proyecta sobre el pabellón y un vidrio de arriba cae hecho añicos al suelo.)*

[1] Enemigos de la expansión del Reino Unido.

(Tarleton y Lord Summerhays corren a través del pabellón al jardín.)

HYPATIA -Cuidado. ¡Cuidado con la chimenea!

BENTLEY. -Vengan por aquí: viene exactamente al lugar donde ustedes están parados.

TARLETON. -¡Hola! ¿Adónde diablos va usted? ¡Me arrancará el tejado!

LORD SUMMERHAYS. -Ha perdido el gobierno del aparato.

SRA. TARLETON. - Mira, mira, Hypatia. Viajan en él dos personas.

BENTLEY. - Han sorteado el obstáculo. ¡Buena maniobra!

TARLETON. -Sí, pero entran de golpe al invernáculo.

LORD SUMMERHAYS. -¡Cuidado con los vidrios!

SRA. TARLETON. -Romperán todos los vidrios. Estropearán todas las uvas.

BENTLEY. -Fíjense por dónde vienen. E1 lo sorteará. No: ya han bajado. *(Se oye un estrépito aterrador de vidrios rotos. Todos gritan.)*

SRA. TARLETON. -¡Oh! ¿Se habrán matado? ¿Se han matado, Johnny?

LORD SUMMERHAYS. -¿Están ustedes heridos? ¿Se ha roto algo? ¿Pueden mantenerse de pie?

HYPATIA . -¡Oh, usted debe de estar herido! ¿Está seguro? ¿Quiere que le traiga un poco de agua? ¿O de vino?

TARLETON. - ¿Está usted sano y salvo? ¿Está seguro de que no quiere un poco de brandy para aliviarse de la conmoción?

EL AVIADOR. -No, gracias. Estoy muy bien. Ni un rasguño. Le aseguro que estoy perfectamente.

BENTLEY. - ¡Qué suerte! ¡Y qué caída! Es usted un hombre de suerte, ya lo creo.

(El Aviador y Tarleton entran por el pabellón, seguidos por Lord Summerhays y Bentley, el Aviador a la derecha de Tarleton. Bentley pasa junto al Aviador y se vuelve para mirarlo con admiración. Lord Summerhays alcanza a Tarleton menos categóricamente del lado opuesto coro el mismo fin.)

EL AVIADOR. -Realmente, lo siento mucho. Temo haberle estropeado el emparrado. *(Con vehemencia.)* A usted no le importa. . ., ¿verdad?

TARLETON. - En absoluto. Venga a tomar el té conmigo. Quédese a cenar. Pase aquí el fin de semana. Durante toda mi vida ambicioné volar.

EL AVIADOR *(quitándose las antiparras).* - Realmente, es usted muy amable.

BENTLEY. - ¡Pero si es Joey Percival!

PERCIVAL. - ¡Hola, Ben! ¿Eres tú?

TARLETON. - ¡Cómo! ¡El hombre de los tres padres!

PERCIVAL. - ¡Oh! ¿Ben ha estado hablando de mí?

TARLETON. - Considérese miembro de la familia ... si me hace el honor. Y su amigo, también. ¿Dónde está?

PERCIVAL. - ¡Oh, a propósito! Antes de que él entre, permítanme que les explique. No lo conozco.

TARLETON. - ¿Eh?

PERCIVAL. - Ni siquiera lo he mirado. Estoy tratando de establecer un record para el club en vuelos con pasajero. El club me facilitó el pasajero. Acababa de subir al aparato y estuve demasiado atareado con el gobierno del aeroplano para mirarlo. No le he dicho una sola palabra y no puedo responder por él socialmente; pero es un pasajero ideal para un aviador. Me salvó de una catástrofe.

LORD SUMMERHAYS. - Lo vi. Fue extraordinario. Cuando usted cayó del aeroplano, él quedó sujeto de la barra superior con una mano. Al caer en derechura hacia los vidrios del invernáculo, usted pasó a su lado. Él lo aferró y lo desvió hacia el cantero y luego se posó a su lado como un pájaro.

PERCIVAL. - No sé cómo logró conservar la serenidad. Para serle franco, yo la perdí.

(El Pasajero, también con antiparras, entra por el pabellón con Johnny y 'las dos damas. El Pasajero se detiene entre Percival y Tarleton, la señora Tarleton entre Lord Summerhays y su marido, Hypatia entre Percival Bentley y Johnny a la derecha de Bentley.)

TARLETON. - Precisamente, discutíamos sobre su proeza, estimado señor. Fue magnífica. Quédese a cenar. Pase la noche aquí. Quédese toda la semana. La Pollita e alegrará mucho si se queda.

SRA. TARLETON. - ¿No querría usted quitarse las antiparas y tomar un poco de té?

(El Pasajero empieza a quitarse las antiparras.)

TARLETON. - Hágalo. Vaya a lavarse. Johnny, lleva caballero a tu cuarto. Yo, atenderé al señor Percival.

Ellos tienen que... *(A esta altura, el Pasajero está sin antiparras y se advierte que es una*

mujer muy hermosa.)

SRA. TARLETON. -¡¡Qué me... !!

BENTLEY. -(en un susurro). ¡Demonios!

JOHNNY. -¡Por Dios!

LORD SUMMERHAYS. -¡Una dama!

HYPATIA. -¡Una mujer!

TARLETON. (a Percival). -Usted no me dijo...

PERCIVAL. -Yo no tenía la menor idea de que...

(Pausa embarazosa.)

PERCIVAL. -Les aseguro a ustedes que si hubiese mido la más vaga idea de que mi pasajero era una .ama, no le habría dejado que se las compusiera solo n esa forma egoísta.

LORD SUMMERHAYS. - Esta dama parece haberlos sacado de apuros a ambos en forma muy eficaz.

PERCIVAL. - Me salvó la vida. Lo reconozco con suma gratitud.

TARLETON. - Debo excusarme, señora, por haberle ofrecido las comodidades adecuadas al sexo opuesto. Y, con todo. .. , ¿por qué ha de ser opuesto? Todos somos seres humanos: machos y hembras de la misma especie. Cuando nos vestimos del mismo modo, la diferencia desaparece. Me enorgullezco de recibir en mi casa a una dama de evidente refinamiento y distinción. Permítame que me presente: Tarleton, John Tarleton (*al ver un aire conjetural en los ojos de la pasajera)* ... Sí, sí. De Ropa Interior Tarleton. Mi esposa, la señora Tarleton: perdóneme por haberla llamado, con la confianza propia entre hombres, La Pollita. Mi hija Hypatia, quien ha querido siempre alguna aventura caída del cielo, y que ahora, supongo, debe de estar satisfecha por fin. Lord Summerhays: un hombre conocido dondequiera flamea la bandera británica. El señor Joseph Percival, promisorio hijo de tres padres altamente intelectuales.

HYPATIA *(sobresaltada).* - ¿El amigo de Bentley? *(Bentley asiente.)*

TARLETON *(continuando, al pasajero).* - ¿Puedo pedir ahora que se me conceda el placer de conocer su nombre?

LA PASAJERA. -Me llamo Lina Szczepanowska *(se pronuncia Sh-Chepanovska).*

PERCIVAL. - Sh... ¿Cómo decía usted?

LINA. - Szczepanowska.

PERCIVAL *(con aire de duda)*: -Gracias.

TARLETON *(muy cortésmente).* - ¿Tendría usted inconveniente en repetirlo?

LINA. -Diga "fish".

TARLETON. - Fish.

LINA. -Diga "church".

TARLETON. - Church.

LINA. -Diga "fish church".

TARLETON *(reconviniéndola).* - Pero eso no tiene sentido.

LINA *(inexorable).* - Diga "fish church".

TARLETON. - Fish church.

LINA. -De nuevo.

TARLETON. - No, pero ... *(Resignándose.)* Fish church.

LINA. - Ahora, diga Szczepanowska.

TARLETON. - Szczepanowska. Ya lo dije, Dios mío. *(Se percibe un murmullo sibilante: todos se dicen Sh-ch a sí mismos.)* ¡Szczepanowska! Ese apellido no es inglés..., ¿verdad?

LINA. - Polaco. Soy polaca.

TARLETON *(ditirámbicamente).* - ¡Ah, sí! ¿Qué otra nación, madame, habría podido producir su mágica personalidad? Las mujeres de su país han seducido siempre nuestra imaginación. ¡Mujeres del Destino! ¡Hermosas! ¡Musicales! ¡Apasionadas! ¡Trágicas! Usted estará aquí a sus anchas: mi propio temperamento es más que nada polaco. ¿No querría usted sentarse?

(El grupo se disgrega. Johnny y Bentley van de prisa al pabellón y traen dos sillas de mimbre. Johnny le da la suya a Lina. Hypatia y Percival toman las sillas del secreter. Lord Summerhays le alcanza la que está en el extremo del secreter que mira al vestíbulo a la señora Tarleton; y Bentley la sustituye con una silla de mimbre, que ocupa Lord Summerhays. Johnny permanece de pie detrás del secreter, Bentley detrás de su padre.)

SRA. TARLETON *(a Lina).* - ¿Quiere tomar un poco de té, ahora?

LINA. - No tomo té.

TARLETON *(sentándose Junto al extremo del secreter más próximo a Lina).* - Debe de ser desagradable viajar en aeroplano. Demasiados saltos. ¿Ha viajado muchas veces por aire?

LINA. -En aeroplano, no. Me he arrojado en paracaídas; pero eso es un juego de niños.

SRA. TARLETON. - Pero... ¿no será muy imprudente de su parte correr un riesgo tan terrible?

LINA. - No se puede vivir sin correr riesgos.

SRA. TARLETON. - ¡Oh, vaya una respuesta! ¿No sabe usted que pudo haberse matado?

LINA. - Por eso subí.

HYPATIA. - Desde luego. ¿No comprenden ustedes lo fascinante que es eso? ¡La audacia, la sensación de que algo sucede!

LINA. - ¡Oh, no! Es una razón demasiado plácida para justificar eso. Subí por razones de familia.

TARLETON. - ¡Eh! ¿Qué? ¿Razones de familia?

SRA. TARLETON. - ¿Supongo que no habrá sido para fastidiar a su madre?

PERCIVAL *(con rapidez).* - ¿O a su marido?

LINA. - No soy casada. ¿Y por qué habría de querer fastidiar a mi madre?

HYPATIA *(aparte, a Percival).* - Ha sido usted muy inteligente, señor Percival.

PERCIVAL. - ¿Por qué?

HYPATIA. - Al adivinarlo.

TARLETON. -Estoy en dificultades. No puedo comprender que una dama suba en aeroplano por razones de familia. Es descortés ser curioso y formular preguntas; pero, por lo demás, es inhumano mostrarse indiferente, como si a uno no le importara.

LINA. - Se lo diré con sumo placer. Durante el siglo y medio último, no ha transcurrido un solo día sin que algún miembro de mi familia arriesgara su vida. Para nosotros, mantener esa tradición es cuestión de honor. Por lo general, varios de nosotros lo hacemos; pero sucede que, en este preciso momento, sólo la mantiene uno de mis hermanos. En las primeras horas de esta mañana, recibí de él un telegrama en que me comunicaba que había tenido lugar un incendio y que él no podría hacer nada en el resto de la semana. Por suerte, yo tenía una invitación de la Liga Aérea para presenciar la tentativa de este caballero de superar el record de vuelos con pasajero. Le exhorté al presidente de la Liga a que me permitiera salvar el honor de mi familia y me arregló el asunto.

TARLETON. - ¡Oh!, debo de estar soñando. Estas son insensateces delirantes.

LINA *(con calma).* - Está usted completamente despierto, señor.

JOHNNY. - Es imposible que todos estemos soñando lo mismo, papá.

TARLETON. - Claro que no, tonto; pero entonces te debo de estar viendo en sueños tanto a ti como a esta dama.

SRA. TARLETON. -No seas tonto, John. La señora sólo bromea, estoy segura. *(A Lina.)* Supongo que su equipaje está en el avión.

PERCIVAL. - Del equipaje, ni hablemos. Si me quedo a cenar, temo que no podré cambiarme a menos que ustedes me presten un poco de ropa.

SRA. TARLETON. - ¿Y la señora, tampoco?

PERCIVAL. -Me lo temo.

SRA. TARLETON.' ¡Oh!, no importa: Hypatia le prestará un vestido.

LINA. -Gracias: me siento muy cómoda así. No estoy habituada a los vestidos: me estorban y hacen que me sienta ridícula; por lo tanto, si no tienen inconveniente no me cambiaré.

SRA. TARLETON. - Bueno, empiezo a creer que también yo estoy soñando un poco.

HYPATIA *(impaciente).* - ¡Oh, está bien, mamá! Johnny, atiende al señor Percival. *(A Lina, levantándose.)* Venga conmigo.

(Lina la sigue hacia la puerta interior. Todos se levantan.)

JOHNNY *(a Percival).* - Yo lo llevaré.

PERCIVAL. - Gracias.

(Lina sale con Hypatia y Percival con Johnny.)

SRA. TARLETON. - ¡Vaya un suceso! ¡Y miren el invernáculo! Costará treinta libras repararlo. No hay derecho a que la gente haga esas cosas. ¡Y todavía los invitas a cenar! ¿Cómo le ofreces nuestra casa a esa mujer si sabes que todo Hindhead nos visitará para ver ese aeroplano? Bunny: ven conmigo y ayúdame a desalojar a esa gente del parque: vinieron corriendo como si hubiesen surgido de la tierra. *(Se dirige hacia la puerta interior.)*

TARLETON. - No, no te molestes, Pollita: yo me las veré con ellos.

SRA. TARLETON. - Por cierto que no harás semejante cosa: te quedarás quietecito con Lord Summerhays. Los invitarías a todos a cenar. Ven, Bunny. *(Sale, seguida por Bentley. Lord Summerhays vuelve a sentarse.)*

Librodot

TARLETON. - Una mujer de excepcional belleza, Summerhays. ¿Qué opina usted sobre ella? Debe de ser una princesa. ¿Qué será esa familia de guerreros y estadistas que arriesga su vida a diario?

LORD SUMMERHAYS. - Evidentemente, no son guerreros y estadistas; de lo contrario, no harían eso.

TARLETON. - Entonces ... ¿qué diablos son?

LORD SUMMERHAYS. -Creo que lo sé. La última vez que vi a esa dama, hizo algo que yo no hubiera creído posible.

TARLETON. - ¿Qué hizo?

LORD SUMMERHAYS. - Caminó para atrás sobre una cuerda tensa sin balancín y dio un salto mortal a mitad de camino. Recuerdo que se llamaba Lina y que su apellido era extranjero, aunque se me ha olvidado.

TARLETON. - ¡Szcz! Usted no lo habría podido olvidar si lo hubiese oído.

LORD SUMMERHAYS. -No lo oí: sólo lo vi en un programa. Pero es evidente que se trata de una acróbata. Eso explica cómo salvó a Percival. Y justifica el orgullo que le inspira su familia.

TARLETON. - Conque una acróbata..., ¿eh? ¡Bueno, bueno, bueno! Summerhays, eso la pone a nuestro alcance. Eso es ser algo mejor que una princesa. Acoracé mi corazón siempre joven cuando la creí una princesa. Ahora, dejaré que lo alcancen. Esa mujer es accesible. Bueno.

LORD SUMMERHAYS. - Supongo que usted no habla

en serio. Recuérdelo: tiene una familia. Tiene una posición. No está en su primera juventud.

TARLETON. - Tanto da. Hay magia en la noche cuando el corazón es joven.

Mi corazón es joven. Además, soy un hombre casado, no un viudo como usted. Un hombre casado puede hacer lo que se le antoje con tal de que a su esposa no le importe. Todas las precauciones que puede tomar un viudo son pocas. No es que yo quiera que usted me considere un hombre sin principios o un mal marido. No lo soy. Pero desbordo vitalidad. Lea el "Diario" de Pepys.

LORD SUMMERHAYS. - Esa mujer es su huésped, Tarleton.

TARLETON. - ¿De veras? Una mujer a la cual traigo a mi casa es mi huésped. Pero una

mujer que cae del cielo sobre mi invernáculo y rompe todos sus vidrios debe correr sus riesgos.

LORD SUMMERHAYS. i- Con todo, usted sabe que mi
nombre no debe estar vinculado a ningún escándalo. Usted tendrá cuidado. . ., ¿verdad?

TARLETON. - ¡Oh, sí, Dios mío! ¡Sí! ¡Sí, sí, sí, sí, sí! Yo sólo bromeaba, naturalmente.

(La señora Tarleton vuelve por la puerta interior.)

SRA. TARLETON. - ¡Caramba! John, creo que esa muchacha ha perdido el juicio. ¿Sabes qué acaba de pedirme?

TARLETON. - ¿Champaña?

SRA. TARLETON. -No. Quiere una Biblia y seis naranjas.

TARLETON. - ¿Qué?

SRA. TARLETON. -Una Biblia y seis naranjas.

TARLETON. -Comprendo las naranjas: esa mujer debe de estar siguiendo algún tratamiento a base de fruta cítrica. Pero... ¿para qué diablos quiere la Biblia?

SRA. TARLETON. -Por cierto que no lo adivino. No puede estar en su sano juicio.

LORD SUMMERHAYS. - Quizás quiera leerla.

SRA. TARLETON. - Pero... ¿por qué habría de hacerlo? ¡Un día de semana, nada menos! ¿Qué me aconseja hacer, Lord Summerhays?

LORD SUMMERHAYS. - Bueno... ¿Hay una Biblia en la casa?

TARLETON. - Las hay a montones. Está la Biblia de la familia y la Biblia Doré y la versión revisada paralela de la Biblia y la Biblia de Doves Press y la Biblia de Johnny y la Biblia de Patsy y la Biblia de La Pollita y mi Biblia; y me atrevería a asegurar que los criados podrían reunir algunas Biblias más entre ellos. Que esa mujer se lleve todas.

SRA. TARLETON. -No hables así en presencia de Lord Summerhays, John.

LORD SUMMERHAYS. - No importa, señora Tarleton: en Jinghiskahn era un delito punible poner en venta una Biblia. El imperio no tiene religión.

(Lina entra. Ha dejado su gorra en el cuarto de Hypatia, pero no se ha cambiado. Se detiene al franquear el umbral, manteniendo abierta la puerta, evidentemente sin la intención de quedarse.)

LINA. - ¡Oh, señora Tarleton! ¿La molestaría mucho si le pidiera que pusiese también en mi habitación un atril?

TARLETON. - De ningún modo. Podemos darle el piano, si quiere. O el gramófono. ¿Quiere el gramófono? LINA. - No, gracias: música, no.

SRA. TARLETON *(yendo hacia ella).* - ¿Cree usted que le hace bien comer tantas naranjas? ¿No teme que le sobrevenga una ictericia?

LINA. - En absoluto. Pero lo mismo servirían unas bolas de billar.

SRA. TARLETON. - ¡Pero usted no podría comerse unas bolas de billar, hija!

TARLETON. - Consíguelas, Pollita. Comprendo. *(Imita a un malabarista que arroja bolas.)* ¿Eh?

LINA (se le acerca, pasando junto a su esposa). - Precisamente.

TARLETON. - ¿Bolas de billar y tacos? ¿Platos, cuchillos y tenedores? ¿Dos lámparas de parafina y una percha?

LINA. - No: ese es el trabajo popular entre las clases bajas. En nuestra familia sólo tocamos el trabajo clásico. Cualquiera puede trabajar con lámparas y perchas. Yo puedo hacerlo con bolas de plata. Eso es difícil de verdad. *(Va hacia Lord Summerhays, sentado junto al secreter, y lo mira con aire grave.)*

SRA. TARLETON. -Bueno, no sé de qué están hablando; y confío en que ustedes lo sepan. Con todo, señora, desde luego, le daré lo que desea. *(Sale por la puerta interior.)*

LORD SUMMERHAYS. - Perdone mi curiosidad, pero. .. ¿para qué necesita la Biblia?

LINA. - Para serenar mi alma.

LORD SUMMERHAYS (con un suspiro). - ¡Ah, sí, sí! Lamento decir que ya no serena la mía.

LINA. - Eso se debe a que no sabe leerla. Póngala delante de usted sobre un atril y ábrala en los Salmos. Si logra leerlos y comprenderlos, tranquila y felizmente, y mantener en el aire seis bolas durante todo ese tiempo, está en perfectas condiciones y no cometerá un solo error esa noche. Si advierte que no puede hacerlo, vaya a orar hasta que pueda.. Y tenga cuidado por la noche.

LORD SUMMERHAYS. - ¿Es esa la prueba usual en su profesión?

LINA. - Nada de lo que hacemos los Szczepanowskis usual, señor.

LORD SUMMERHAYS. - ¿Son todos ustedes tan maravillosos?

LINA. - Nuestra profesión consiste en ser maravilloso.

LORD SUMMERHAYS. - ¿No se dignan nunca hacer que hace la gente vulgar? Por

ejemplo... ¿no rezan como la gente vulgar?

LINA. -La gente vulgar no reza, señor.

LORD SUMMERHAYS. ¿Usted nunca pide nada?

LINA. - No.

LORD SUMMERHAYS. -Entonces ... ¿por qué reza?

LINA. - Para recordarme a mí misma que tengo un

TARLETON *(paseándose).* - Es verdad. Eso es excelente. Bueno. Hermoso. ¿De qué le sirve a nadie ese maldito materialismo? Tengo un alma: no me diga que no la tengo. Despedáceme y no logrará encontrarla. Despedace una máquina a vapor y no podrá hallar el vapor. Pero, ¡qué diablos...! ¡El vapor hace funcionar la máquina! Diga usted lo que quiera, Summerhays, pero la chispa divina es un hecho.

LORD SUMMERHAYS. - ¿Acaso lo he negado?

TARLETON. - Toda nuestra civilización lo niega. Lea a Walt Whitman.

LORD SUMMERHAYS. -Iré al salón de billares y le traeré las bolas.

LINA. - Gracias.

(Lord Summerhays sale por la puerta del vestíbulo.)

TARLETON *(acercándose a Lina).* - Escúcheme. Era hermoso. Toca cuerdas del alma. Seduce al sentimiento poético del hombre. Lo inspira. ¡Vamos! Usted es una mujer de mundo: es independiente: debe de enloquecer a muchos hombres. Usted sabe qué clase de hombre soy... ¿verdad? Ve a través de mí a primera vista..., ¿no es así?

LINA. - Sí. *(Se sienta tranquilamente en la silla que acaba de abandonar Lord Summerhays.)*

TARLETON. - Bueno. ¿Le gusto? No me interprete mal: sé muy bien que usted no se va a enamorar a primera vista de un viejo y ridículo tendero. Yo no puedo ponerle remedio a ese viejo y ridículo tendero. Tengo que llevarlo por todas partes conmigo, me guste o no me guste. Tengo que pagar su ropa, aunque aborrezco su corte: sobre todo el chaleco. Tengo que mirarlo en el espejo mientras me afeito. Lo detesto porque es una mentira viviente. Mi alma no es así: es como la suya. Quiero hacer el tonto. Por usted. ¿Me dejará?

LINA *(muy tranquila).* - ¿Cuánto pagará?

TARLETON. - Nada. Pero tiraré al mar todas las esterlinas que usted quiera para

probarle mi seriedad.

LINA. - ¿Son esas sus condiciones usuales?

TARLETON. - No. Nunca hice esa oferta hasta ahora.

LINA *(sacando una pequeña y bonita libreta y disponiéndose a escribir en ella).* - ¿Cómo dijo usted que se llamaba?

TARLETON. - John Tarleton. El gran John Tarleton, de Ropa Interior Tarleton.

LINA *(escribiendo).* - T-a-r-l-e-t-o-n. ¿Edad ... ? *(Lo mira inquisitivamente.)*

TARLETON *(con presteza).* - Cincuenta y ocho.

LINA. - Gracias. Conservo una lista de todas mis ofertas. Me gusta saber qué valor me asignan.

TARLETON. - Déjeme ver eso.

LINA *(tendiéndole la libreta).* - Está en polaco.

TARLETON. -Es una lástima. ¿Es mi oferta la más baja?

LINA. - No: la más alta.

TARLETON. - ¿En qué consiste la mayoría de ellas? :Diamantes? ¿Automóviles? ¿Abrigos de piel? ¿Una villa en Montecarlo?

LINA. - ¡Oh, sí!: todo eso. Y, a veces, la devoción le toda una vida.

TARLETON. - ¡Qué curioso! ¡Un joven ofreciéndole
i una mujer su vejez como tentación!

LINA. - A propósito... Usted no dijo hasta cuándo.

TARLETON. - Hasta que usted se canse de mí.

LINA. - ¿O usted de mí?

TARLETON. - Yo, nunca me canso. Nunca llego suficientemente lejos para cansarme. Pero cuando mi amor se vuelve tan grande e inspirador que siento que cualquier cosa resultará descolorida después de eso, huyo.

LINA. -¿Lo deja ir ella sin lucha?

TARLETON. - Sí. Le alegra librarse de mí. Cuando el amor domina a un hombre como me domina a mí -cuando lo hace grande- asusta a una mujer.

LINA. - La señora de esta casa es su esposa. .. , ¿verdad? ¿Usted no la quiere?

TARLETON. -Sí. ¡Y fíjese bien! Ella está antes que nada. Dejo a salvo su dignidad hasta cuando sacrifico la mía. Usted respeta esa cuestión de honor..., ¿verdad?

Librodot

LINA. -¿Sólo es una cuestión de honor?

TARLETON *(impulsivamente).* - ¡No, por Dios! También de afecto.

LINA *(sonriendo y complacida con él).* - Chóquela, camarada. *(Se pone de pie y le ofrece con franqueza la mano.)*

TARLETON *(dándole la suya, melancólico).* - Gracias. Eso significa "no" ... ¿verdad?

LINA. - Eso significa algo que durará más que un sí. Usted me gusta. Lo admito en mi amistad. ¡Es una lástima que no lo hayan adiestrado cuando era joven! Sería joven, aún.

TARLETON. -Supongo que, para una atleta como usted, soy más o menos horrible..., ¿eh?

LINA. - Chocante.

TARLETON. - Carnes demasiado fláccidas. Arrugas. Manchas amarillas que no quieren desaparecer. Poco aliento. Lo sé. Estoy avergonzado de mí mismo. No podría hacer nada en la cuerda alta.

LINA. -¡Oh, sí!: yo podría ponerlo a usted en una carretilla y empujarla a setenta metros de altura.

TARLETON *(estremeciéndose).* - ¡Oh! Yo haría hasta eso por usted. Lea "El Constructor Solness".

LINA. - ¿Lo ha aprendido todo de los libros?

TARLETON. - ¿Y usted, del trapecio volante?

LINA. - En el trapecio volante hay a menudo otra mujer; y su vida está en mis manos cada noche y mi vida en manos de ella.

TARLETON. - Lina: voy a pasar por tonto. Voy a llorar. (*Se desploma en la silla más próxima.)*

LINA.-Rece, más bien: no llore. ¿Por qué habría de llorar? Usted no es el primero a quien le he dicho que no.

TARLETON. - ¿Conque si usted hubiese dicho que sí, yo habría sido el primero?

LINA. - ¿Qué derecho tiene de preguntarme eso? ¿Le ha preguntado si yo soy la primera?

TARLETON. -Tiene razón: fue una pregunta vulgar. Para un hombre como yo, todos son el primero. La vida se renueva.

LINA. - El hijo menor es el más seductor.

TARLETON. -No sondee demasiado a fondo, Lina. Eso duele.

LINA. - Usted debe perder la costumbre de pensar que esas cosas importan tanto. Es algo propio de un mercero.

TARLETON. -Tiene mucha razón. Lo he dicho a menudo. De todos modos, eso importa, porque tengo ganas de llorar. *(Oculta su rostro entre los brazos sobre el secreter y solloza.)*

LINA *(acercándose).* - ¡Oh, la, la! *(Le da una palmada vigorosa, pero no malévola, sobre el hombro.*) ¡Valor, camarada! ¡Valor! ¿Tiene usted un gimnasio aquí?

TARLETON. - Hay un trapecio y barras y otras cosas en la sala de billares.

LINA. - Venga. Usted necesita un poco de ejercicio. Le enseñaré cómo puede dejar de llorar. *(Lo toma del brazo y lo conduce al vestíbulo.)*

(Un joven, de indumentaria vulgar y modales extraños, aparece en el jardín, se acerca furtivamente a la puerta del pabellón y atisba. Al ver que no hay nadie, entra con cautela hasta que ha llegado lo bastante lejos para ver el rincón de la percha. Saca un revólver y 'lo examina, al parecer para cerciorarse de que está cargado. Luego, le llama la atención el baño turco. Mira la luneta y abre los paneles.)

HYPATIA *(llamando, en el jardín).* - ¡Señor Percival! ¡Señor Percival! ¿Dónde está usted?

(El joven va hacia la puerta, pero ve llegar a Percival. Se vuelve y entra de un salto al baño turco. que cierra en el momento justo para que no lo atrape Percival, quien entra corriendo por el pabellón, sin sombrero. También él parece buscar un escondite, porque se detiene y se vuelve entre las dos mesas para examinar la habitación; luego, corre al rincón que está entre el extremo del aparador y la pared. Hypatia, excitada, traviesa, con los ojos centelleantes, entra corriendo, exactamente sobre la trayectoria de Percival; se vuelve en el mismo sitio y lo descubre en el preciso momento en que Percival va a abalanzarse hacia 'la puerta del pabellón. Vuelve corriendo y le cierra el paso.)

HYPATIA. -¡Ajá! ¿No está contento de que yo lo haya atrapado?

PERCIVAL *(apartándose de ella con aire malhumorado y acercándose al secreter.).* - No, no me alegro. ¡Al diablo! ¿Qué clase de muchacha es usted? ¿Qué casa es esta? ¿Debo echar por la borda todos mis buenos modales?

HYPATIA *(siguiéndolo*). - Hágalo, hágalo, hágalo, hágalo, hágalo. Esta es la casa de un respetable tendero, enormemente rico. Esta es la hija del respetable tendero, cansada de

los buenos modales. *(Aferrando la mano izquierda de Percival con su derecha.)* Venga, gallardo joven, y juegue con la hija del respetable tentero.

PERCIVAL *(rehuyendo rápidamente su contacto).* - No, no. ¿No sabe que no debe obrar así con un perfecto desconocido?

HYPATIA. - Caído del cielo. ¿No sabe que debe obrar siempre así cuando se le presenta la oportunidad? Debe subir hasta la cumbre de la colina y perseguirme entre los helechos. Puede besarme si me atrapa.

PERCIVAL. -No haré semejante cosa.

HYPATIA. - Sí que la hará: no podrá evitarlo. Venga. *(Lo aferra de la manga.)* Tonto, tonto, venga. ¿No quiere venir?

PERCIVAL. - Por cierto que no. Nunca me lo perdonarían si lo hiciera.

HYPATIA. - Nunca se lo perdonará a sí mismo si no lo hace.

PERCIVAL. - Tonterías. Usted está comprometida para casarse con Ben. Ben es mi amigo. ¿Por quién me toma?

HYPATIA. - Ben es viejo. Nació viejo. Aquí todos son viejos, salvo usted y el hombre-mujer o la mujerhombre o como quiera llamarla que vino con usted. Nunca hacen nada: sólo discuten si lo que hacen los demás es correcto o no. Venga y déles motivo para discutir.

PERCIVAL. - No haré nada incorrecto.

HYPATIA. - ¡Oh!, no tema, chiquillo: no conseguirá más que un beso; y lucharé como un demonio para impedirle que lo consiga. Pero tenemos que jugar sobre la colina y disputar carreras entre el brezal.

PERCIVAL. - ¿Por qué?

HYPATIA. - Porque queremos, guapo joven.

PERCIVAL. - Pero si todos obraran así...

HYPATIA. - ¡Qué feliz, qué feliz sería el mundo!

PERCIVAL. - Pero las consecuencias serían graves.

HYPATIA. - Nada vale la pena de hacerse, salvo que las consecuencias puedan ser graves. Mi padre así lo dice; y yo, soy la hija de mi padre.

PERCIVAL. -Yo soy el hijo de tres padres. Desconfío de esos impulsos salvajes.

HYPATIA -Tenga, cuidado. Está dejando escapar el momento propicio. Adivino el

primer frío de la ola de prudencia. Sálveme.

PERCIVAL. - ¡Francamente, señorita Tarleton! *(Ella lo abofetea.)* ¡Maldita sea! *(Reponiéndose, horrorizado por su traspié.)* Le ruego que me perdone; pero como ambos hemos perdido la serenidad, permítame que abandone esta casa. *(Se vuelve hacia 'la puerta interior, ya que ha dejado la gorra en el dormitorio.)*

HYPATIA *(cerrándole el paso).* - ¿No le avergüenza haberme dicho "maldita sea"?

PERCIVAL. - Yo no tenía el derecho de decirlo. Eso me avergüenza mucho. Ya le he pedido que me perdone.

HYPATIA. - ¿Y no le avergüenza haber dicho "¡Francamente, señorita Tarleton!"?

PERCIVAL. - ¿Por qué habría de avergonzarme eso?

HYPATIA. - ¡Oh, hombre, hombre! ¡Mezquino, estúpido, cobarde, egoístamente masculino macho de la especie! Usted debió ser una institutriz. Me expulsaron de la escuela por haber dicho que a la primera persona que me dijera "¡Francamente, señorita Tarleton!", le daría una bofetada. Usted fue esa persona.

PERCIVAL. - No me proponía ofenderla. Ciertamente, no hay nada que pueda ofender a una dama en.. . *(Vacila, no del todo convencido.)* Por lo menos... Este... Realmente, no me proponía ser desagradable.

HYPATIA. - Mentiroso.

PERCIVAL. - Desde luego, si va a insultarme me veo en la impotencia más absoluta. Usted es una mujer: puede decir lo que quiera.

HYPATIA. - Y usted, sólo puede decir lo que se atreva a decir. Pobrecito. ¡No es mucho! ¡Francamente, señor Percival! Usted está sentado en presencia de una dama y la deja de pie. *(El se levanta, con precipitación.)* ¡Ja, ja! ¡Francamente, señor Percival! ¡Oh, francamente, francamente, francamente, francamente, francamente, señor Percival! ¿Le ha gustado? ¿No preferiría que yo lo maldijera?

PERCIVAL. - Señorita Tarleton.. .

HYPATIA *(con voz acariciadora).* - Hypatia, Joey, Patsy, si le parece.

PERCIVAL. - Mire: es inútil. ¿Usted quiere hacer lo que se le antoja?

HYPATIA. - ¿Usted, no?

PERCIVAL. -No. Me han educado demasiado bien. He discutido ya a fondo todo esto, y le digo que no estoy dispuesto a desechar el vínculo social. Es como un corsé: es un

sostén para la figura, aunque al propio tiempo la estruje y deforme un poco. Quiero ser libre.

HYPATIA. - Pues yo lo tiento a serlo.

PERCIVAL. - Nada de eso. La libertad, mi buena muchacha, significa poder contar con la forma como se portarán los demás. Si todos los hombres que sienten antipatía por mí me arrojan un puñado de barro en la cara, y toda mujer que me ame se porta como la esposa de Putifar, seré un esclavo: el esclavo de la incertidumbre; el esclavo del miedo; la peor de las esclavitudes. ¿Le gustaría que cada obrero con quien se encontrase en la calle le hiciera el amor? No. Déme la feliz protección de un buen convencionalismo solemne entre las damas y caballeros bien educados.

HYPATIA. - ¡Otro charlatán! Los hombres gustan de los convencionalismos porque ellos mismos los crean. Yo no los hice; no me gustan; no los quiero conservar. Bueno. ¿Qué hará usted?

PERCIVAL. - Huir. *(Sale corriendo por el pabellón.)*

HYPATIA. - Yo lo atraparé. *(Se lanza a perseguirlo.)*

(Durante esta conversación, la cabeza del hombre escandalizado que está en el baño turco ha emergido repetidas veces de la luneta, exhibiendo una enérgica expresión de censura moral. Desaparece bruscamente cuando Percival e Hypatia se vuelven hacia él en su fuga. En el mismo instante, Tarleton regresa por la puerta del vestíbulo, agotado por una gimnasia rigurosa e insólita para él.)

TARLETON *(mirando con asombro a las figuras que huyen).* - Hola, Patsy. ¿Qué sucede? ¿Otro aeroplano? *(Ellos están demasiado preocupados para oírlo: y Tarleton se queda mirándolos cuando escapan por el jardín. Va hacia la puerta del pabellón y mira hacia arriba; pero el cielo está desierto. Su agotamiento le impide practicar más investigaciones. Se seca la frente con el pañuelo y echa a andar con paso rígido hacia el punto de apoyo adecuado más próximo, que es casualmente el baño turco. Se acoda sobre él y se cubre los ojos con la mano por un momento. La cabeza del hombre surge de la luneta a unas pocas pulgadas de su nariz. Se aparta del baño turco con un violento sobresalto.)* ¡Oh, Dios mío! He perdido el juicio! *(Llamando, con voz lastimera.) ¡Pollita! (Va, tambaleándose, hacia el secreter.)*

EL HOMBRE *(saliendo del baño turco, revólver en mano).* - Un sonido más y usted es

hombre muerto.

TARLETON *(repuesto).* - ¿Yo? Pues usted es un hombre vivo, lo cual es un consuelo. Lo creí un espectro. *(Se sienta, sin revelar la menor preocupación por el revólver.)* ¿Quién es usted y qué diablos está haciendo en mi flamante baño turco?

EL HOMBRE *(con trágica vehemencia).* - - Soy el hijo de Lucinda Titmus.

TARLETON *(a quien ese nombre no le sugiere nada*). -¿De veras? ¿Y cómo está ella? ¿Muy bien, supongo?

EL HOMBRE. - Ha muerto. ¡Ha muerto, Dios mío! Usted, está vivo.

TARLETON *(sin dejarse impresionar por la tragedia, pero compasivo).* - ¡Oh! ¿Ha perdido usted a su madre? Eso es lamentable. Lo siento. Pero no todos podemos tener la suerte de morir antes que nuestras madres r de ser llevados fuera de este mundo por las manos fue nos trajeron a él.

EL HOMBRE. -¡Bien poco le importa eso a usted, .maldito sea!

TARLETON. - ¡Oh, no se apene! Afróntelo como un nombre. Le diré... No conocí a su madre, pero no dudo le que era una mujer excelente.

EL HOMBRE. - ¡Que no la conoció! ¿Se atreve usted a quedarse parado ahí, junto a su tumba abierta y negar que la conoció?

TARLETON *(tratando de recordar).* - ¿Cómo dijo usted que se llamaba su madre?

EL HOMBRE. - Lucinda Titmus.

TARLETON. - La verdad es que yo debiera recordar un nombre extraño como ese, si es que alguna vez lo he oído. Pero no lo recuerdo. ¿Tiene usted una fotografía o algo así?

EL HOMBRE. - ¡Ha olvidado hasta el nombre de su víctima!

TARLETON. - ¡Ah! ¿Ella fue mi víctima?

EL HOMBRE. - Sí que lo fue. Y usted volverá a ver su rostro antes de morir, aunque esté muerta. Tengo una fotografía.

EL HOMBRE. -Tengo dos fotografías.

TARLETON. -Mejor aun. Guarda como un tesoro los retratos de su madre. ¡Buen hijo!

EL HOMBRE. - Una de ellas tal como usted la conoció. La otra tal como llegó a ser cuando usted la abandonó y ella se consumió hasta convertirse en una vieja.

TARLETON. - Eso le habría sucedido de todos modos, hijo mío. Todos envejecemos. ¡Míreme! *(Al ver que al desconocido le molesta su revólver al buscar las fotografías con*

la mano izquierda en el bolsillo de su saco.) Déjeme que le tenga el revólver. EL HOMBRE *(retrocediendo hacia el secreter).* - Retírese. ¿Me toma por un estúpido?

TARLETON. - Usted está un poco contrariado, naturalmente. Eso lo honra.

EL HOMBRE. - Mire esta fotografía y esta otra. *(Sostiene ambas como una mano de naipes y las señala con el revólver.)*

TARLETON. - Bueno. Lea a Shakespeare: tiene una palabra para cada oportunidad. *(Toma las fotografías, una en cada mano y mira sucesivamente la una y la otra, complacido e interesado, pero sin dar la menor señal de reconocer a la mujer.)* ¡Qué linda muchacha! Muy linda. Me imagino enamorándome de ella cuando tenía la edad de usted. Yo era bastante guapo en esos tiempos. *(Mirando la otra.)* Es curioso que a los dos nos haya sucedido lo mismo.

EL HOMBRE. - ¡Que les ha sucedido lo mismo! ¿Qué quiere decir?

TARLETON. - Quiero decir que ambos engordamos.

EL HOMBRE. - ¿Le habría hecho usted rechazar la comida?

TARLETON. - No: eso hubiera sido inútil. Se trata

algo orgánico. Por poco que uno coma, engorda si está hecho así. *(Reanuda su estudio de la fotografía anterior.)*

EL HOMBRE. -¿Es eso todo lo que siente al ver rostro que antaño conoció tan bien?

TARLETON *(demasiado enfrascado en la contemplain del retrato para prestarle atención).* - ¡Es curioso que yo no logre recordar! Que esto le sirva de lección, joven. Yo podría presentarme mañana ante un tribunal jurar que jamás he visto esa cara si no fuera por ese broche. *(Señala la fotografía.)* A propósito ... ¿Tiene usted el broche? *(El desconocido apela nuevamente a su bolsillo interior.)* Usted parece llevar todos los bienes su familia en ese bolsillo.

EL HOMBRE *(sacando un broche).* - Aquí lo tiene, para probarle mi buena fe.

TARLETON *(poniendo pensativamente las fotografías sobre la mesa y tomando el broche).* - Le compré este broche en el Cheapside a un hombre de peluca amarilla y con un ligero estrabismo en el ojo izquierdo. Desde tonces, no volví a ver a ese hombre. Y, con todo, lo recuerdo; y no logro recordar a su madre.

EL HOMBRE. - ¡Monstruo! ¡Hombre sin conciencia! ¡Sin memoria, siquiera! Usted la dejó librada a su vergüenza...

TARLETON *(arrojando el broche sobre la mesa y levatándose, malhumorado).* - ¡Vamos, vamos, joven!! Nada de eso. Respete el romance de juventud de su madre. No empiece a tirarle piedras. No recuerdo en este momento sus facciones; pero no dudo de que fue bondadosa conmigo y de que fuimos felices. Si tiene algo que decir contra ella, váyase de mi casa y dígalo en otra parte.

EL HOMBRE. - ¿Qué clase de bromista es usted? ¿Está tratando de colocarme en terreno falso, cuando es usted quien tiene que responderme por un crimen que induciría a todo hombre honrado a escupirle en la cara si se cruzara con usted en la calle, en el caso de que yo divulgara el asunto?

TARLETON. - Usted lee mucho..., ¿verdad?

EL HOMBRE. - Y si lo hago ... ¿qué? ¿Qué tiene que ver eso con su infamia y con la perdición de mi madre?

TARLETON. - ¡Ya estuvo! ¡Perdición! Eso no es buen sentido, pero sí literatura. Sucede que yo soy un lector extraordinario: siempre lo fui. A su edad, leía libros de esa clase por arrobas. De esos que hablan de la Perdición. .. , ¿sabe? Es curioso que usted y yo nos parezcamos en ese sentido. . ., ¿verdad? ¿Podría usted explicarlo en alguna forma?

EL HOMBRE. - No. ¿Qué insinúa?

TARLETON. - Bueno. ¿Sabe usted quién fue su padre?

EL HOMBRE. - Ahora comprendo. ¡Usted se atreve a insinuar que es mi padre! Gracias a Dios, no tengo una sola gota de su infame sangre en mis venas.

TARLETON *(vuelve a sentarse, encogiéndose de hombros).* - Bueno... Ya que no quiere ser cortés, no se experimenta placer alguno hablando con usted. .. , ¿verdad? ¿Qué quiere? ¿Dinero?

EL HOMBRE. - ¿Cómo se atreve a insultarme?

TARLETON. - Bueno ... ¿Qué quiere?

EL HOMBRE. - Justicia.

TARLETON. - ¿Está completamente seguro de que sólo quiere eso?

EL HOMBRE. - A mí. me basta.

TARLETON. - Una exigencia modesta. . ., ¿eh? Nadie la tuvo jamás desde que empezó el mundo, afortunadamente para él, pero es necesario que usted la consiga..., ¿eh? Pues no ha venido a buen puerto para ello: no conseguirá justicia aquí: no hay existencias de

eso. La mercadería que tenemos es la naturaleza humana.

EL HOMBRE. - ¡La naturaleza humana! ¡El libertinaje! ¡La gula! ¡El egoísmo! ¡El robo a los pobres! ¿Es eso lo que llama usted naturaleza humana?

TARLETON. - No: así la llama usted. ¡Vamos, muchacho! ¿Qué le pasa? Usted no parece famélico y tiene un traje decente.

EL HOMBRE. - Cuarenta y dos chelines.

TARLETON. - Pueden hacerle un traje muy decente por cuarenta y dos chelines. ¿Lo ha pagado?

EL HOMBRE. -¿Me toma por un ladrón? ¿Y cree que puedo obtener crédito como usted?

TARLETON. -Eso, significa que usted pudo disponer de cuarenta y dos chelines. A juzgar por su estilo al conversar, se podría creer que debe de gastar por lo menos un chelín semanal en literatura romántica.

EL HOMBRE. ¿Dónde conseguiría yo un chelín semanal para gastarlo en libros si apenas puedo mantenerme decorosamente? Consigo los libros en la biblioteca gratuita.

TARLETON *(levantándose de un, salto).* - ¿¿Cómo??

EL HOMBRE *(echándose atrás ante su vehemencia).* - La biblioteca gratuita. No veo qué tiene eso de malo.

TARLETON. - ¡Ingrato! Lo proveo de libros gratuitos; y usted los usa para convencerse a sí mismo de que sería una buena idea pegarme un tiro. *(Se deja caer con aire obstinado sobre su silla.)* Nunca le volveré a dar un penique a una biblioteca gratuita.

EL HOMBRE. - Usted nunca le volverá a dar un penique a nadie. Esto se acabó: para usted y para mí.

TARLETON. - ¡Bah! ¡Vamos, hombre! ¡Vamos! Hablemos en serio. ¿Qué le pasa? ¿No tiene trabajo?

EL HOMBRE. - No. Esta es mi tarde del sábado. No se lisonjee con la idea de que soy un holgazán o un delincuente. Soy cajero: y lo desafío a afirmar que en mi caja ha faltado jamás un penique. Tengo derecho a exigirle un ajuste de cuentas porque tengo las manos limpias.

TARLETON. -Bueno, exija no más. ¿De qué debo responderle? ¿Pasó usted privaciones con su madre? ¿Por qué no me pidió ella dinero?

EL HOMBRE. - Habría preferido morir. Además. .. , ¿quién necesitaba su dinero? Quizás

mi padre no haya vivido tan rumbosamente como usted; pero tenía mejores vinculaciones y su negocio era tan respetable como el suyo.

TARLETON. - Supongo que su madre le aportó un pequeño capital.

EL HOMBRE. -No lo sé. ¿Qué tiene que ver eso con usted?

TARLETON. -Bueno, usted dice que ella y yo nos conocíamos y nos separamos. Ella debió de recibir algo de mí, entonces. Uno no se separa en esos casos así como así. ¡Caramba, joven! ¿Cree usted que soy un desalmado? Naturalmente que ella recibió lo que le correspondía; y encontró un marido con ello y le permitió establecer un negocio con ese dinero y lo educó a usted en forma respetable. Siendo así ... ¿de qué diablos se queja?

EL HOMBRE. - ¿Se puede llevar a la perdición a las mujeres con impunidad?

TARLETON. -Yo no he llevado a la perdición a ninguna mujer, que yo sepa. Causé el buen éxito de usted y de su madre.

EL HOMBRE. ¡Oh, soy un estúpido al escucharlo y discutir con usted! He venido a matarlo y a suicidarme luego.

TARLETON. - Empiece por usted, si no tiene inconveniente. Tengo mucho que hacer aún antes de morir. ¿Y usted?

EL HOMBRE. - No. Eso es precisamente lo que hay: yo no tengo nada que hacer. ¿Sabe qué es mi vida? Paso mis días desde la nueve hasta las seis -nueve horas de luz diurna y aire fresco- en una vieja y asfixiante madriguera, contando el dinero de otro hombre. Tengo una inteligencia: un espíritu y un cerebro y un alma; y el uso que él hace de ellos consiste en sujetarlos a sus monedas de dos peniques y dieciocho peniques y dos libras con veintisiete peniques para ver a cuánto asciende todo eso al fin de la jornada y cuidar de que nadie se los robe. Entro y entro y sumo y sumo y recibo dinero y doy cambio y lleno cheques y sello recibos; y ni un solo penique de ese dinero es mío: ni una sola de esas transacciones tiene el menor interés para mí o para cualquier otra persona que no sea él: y ni siquiera él podría soportarlo si tuviera que hacerlo todo personalmente. Y me envidian: sí, me envidia por la variedad y animación de mi trabajo el pobre diablo de un tenedor de libros que tiene que volver a copiar todas mis anotaciones. El infeliz anota cincuenta mil entradas por año; y ni siquiera hace falta volver a referirse a diez de las cincuenta mil; y cuando todas las cifras han sido sumadas y se ha practicado el balance,

el patrón no tiene ni un solo penique más que si nunca se hubiese inventado la contabilidad. De todos los vituperables derroches de la vida humana que se hayan inventado jamás, el trabajo de oficina es el peor.

TARTELON. - ¿Por qué no ingresa a la guardia territorial?

EL HOMBRE. -Porque el patrón no me deja. No tiene suficiente buen sentido para comprender que le convendría tener en mí a un soldado barato. ¿Cómo puede un hombre amarrado a un escritorio desde las nueve hasta las seis ser algo..., ser siquiera un hombre y mucho menos un soldado? Pero yo les daré una lección al patrón y a usted. Estoy harto de vivir como un perro y de despreciarme a mí mismo por ello. Estoy harto de que me griten cerdos como usted y de consumirme por un salario que no le bastaría a usted para cigarros. Ustedes nunca creerán que un empleado es un hombre hasta que uno de nosotros les dé una lección.

TARLETON. - El despotismo moderado por el asesinato. .. , ¿eh?

EL HOMBRE. - Sí. Es lo que hacen en Rusia. Bueno: Rusia es una oficina en cuanto a los empleados se refiere. Por lo tanto, no lo tome con tanta frialdad. Usted cree que no lo haré, pero se equivoca.

TARLETON *(levantándose y enfrentándolo).* ¡Vamos, de hombre a hombre! Yo no tengo la culpa de que usted sea más pobre que yo: y usted no tiene la culpa de que yo sea más rico que usted. Y si usted pudiera deshacer todo lo sucedido entre su madre y yo, no lo haría; y tampoco lo haría yo. Pero usted está harto de su esclavitud; y quiere ser el protagonista de un suceso romántico y figurar en los periódicos. ¿Eh? Un hijo es el vengador de la vergüenza de su madre. Un villano se revuelca en su sangre. Madre: mira desde el cielo y recibe el último suspiro de tu infortunado hijo.

EL HOMBRE. ¡Oh, tonterías! ¿Supone usted que leo novelitas? ¿Y que creo en supersticiones tales como el cielo? Voy a la iglesia porque el patrón me amenazó con echarme si no lo hacía. ¡La Libre Inglaterra! ¡Ja, ja!

(Lina aparece en la puerta del pabellón y se acerca rápida y silenciosamente al ver a un hombre con un revólver en la mano.)

TARLETON. - Usted teme que lo echen; pero no teme suicidarse.

EL HOMBRE. - ¡Que se lo lleve el diablo! Usted trata de hacerme hablar hasta que venga alguien. *(Alza el revólver con aire desesperado, pero no muy resuelto.)*

LINA *(junto a él, a su derecha).* -Alguien ha venido.

EL HOMBRE *(volviéndose hacia ella).* - Apártese. La mataré si me pone la mano encima. ¡Por Dios que lo haré!

LINA. -Usted no puede dominarme con ese revólver. Inténtelo.

(El lo intenta, apuntando el arma contra el rostro de Lina. Ella se desplaza alrededor de él en dirección opuesta a las manecillas de un reloj con rápido paso bailarín. El desconocido no consigue hacer puntería contra ella: está siempre demasiado lejos a su izquierda. Tarleton, detrás de él, lo aferra de la muñeca y le obliga a dirigir el arma contra el cielo raso. Cuando el desconocido trata de volverla contra su atacante, Lina le aferra 'la otra muñeca.)

LINA. - Basta, por favor. Me resulta insoportable la idea de retorcerle la muñeca a alguien; pero lo haré si no suelta ese revólver.

EL HOMBRE *(dejando que Tarleton se lo arrebate).* - Está bien: me doy por vencido. Ni siquiera pude hacer eso con decoro. Es algo propio de un empleado perfecto. Muy bien: llame a su maldita policía y terminemos. Estoy habituado a la cárcel de nueve a seis: me atrevo a afirmar que puedo soportarla también de seis a nueve.

TARLETON. -No blasfeme. Hay una dama. *(Tira el revólver sobre el escritorio.)*

EL HOMBRE *(mirando con asombro a Lina).* - ¡Vencido por una mujer! Lo único que faltaba. *(Se desploma sobre la silla próxima al secreter y oculta su rostro. Ellos, sin poderlo remediar, lo compadecen.)*

LINA. - Camarada, no llame a la policía. Déle una bicicleta y que se vaya.

EL HOMBRE. - No sé montar en bicicleta. Nunca he podido permitirme una. Ni siquiera sirvo para eso.

TARLETON. - Si yo le diera ahora un billete de cien libras para que se vaya y se permita una buena parranda, creo que usted no sabría cómo salir del paso. ¿Se suele tomar vacaciones?

EL HOMBRE. - ¡Tomarme vacaciones! Me dieron cuatro días en agosto.

TARLETON. - ¿Qué hizo usted?

EL HOMBRE. -Hice un viaje barato a Folkestone. Gasté siete peniques introduciendo monedas en estúpidas máquinas automáticas y atisbando vistas de bribonas que se divertían. Gasté un penique en el ascensor y cuatro en bebidas. Eso, me dejó en la calle.

Durante el resto del tiempo, sufrí tanto que me alegró volver a la oficina. Ahora, ya lo sabe.

LINA. -Venga al gimnasio: le enseñaré la manera de hacerse hombre. *(El Hombre se dispone a levantarse con aire indeciso, por mera costumbre de hacer lo que le dicen, cuando Tarleton lo detiene.)*

TARLETON. - joven, no vaya. Usted ha tratado de matarme, pero no soy vengativo. No admito torturas. Si usted quiere que le estiren todas las articulaciones hasta que sea un tormento vivir..., hasta que experimente la extraña sensación de que todos sus músculos cantan y ríen de dolor. . . vaya al gimnasio con esa señora. Pero estará más cómodo en la cárcel.

LINA *(muy divertida).* - ¿Por eso se marchó, camarada? ¿Era ese el telegrama que, según dijo, había olvidado enviar?

(La señora Tarleton entra precipitadamente por la puerta interior.)

SRA. TARLETON *(desde la escalinata).* - ¿Sucede algo, John? La niñera dice que te oyó llamarme hace un cuarto de hora; y que, a juzgar por tu voz, parecías enfermo. *(Se interpone entre Tarleton y el desconocido.)* ¿Sucede algo?

TARLETON. - Este es el hijo de un viejo amigo mío. El señor... este... el señor Gunner. *(Al Hombre, que se levanta con aire turbado.)* Mi esposa.

SRA. TARLETON. - Buenas noches.

GUNNER. - Este... *(Está harto nervioso para hablar y se inclina con aire vacilante.)*

(Bentley aparece en la puerta del pabellón, muy malhumorado y harto preocupado por sus propios asuntos para prestarles atención a los de los presentes.)

BENTLEY. - ¿Ha visto alguien a Hypatia? Prometió salir conmigo y no la encuentro en ninguna parte. ¿Y dónde está Joey?

GUNNER *(se desahoga de pronto agresivamente, ya que es incapaz de un término medio entre la sumisión y la violencia).* - Yo puedo decirle donde está Hypatia. Yo puedo decirle donde está Joey. Y digo que eso es un escándalo y una infamia. Si la gente supiera lo que sucede en esta casa presuntamente respetable, le pondría término. ¡Esa es la moral de nuestra piadosa clase capitalista! ¡Esa es la podrida burguesía de ustedes!

SRA. TARLETON. - No se atreva a usar semejante lenguaje en presencia de otras personas. No lo permitiré.

TARLETON. - No te alteres, Pollita; eso no es un mal lenguaje. Sólo es socialismo.

SRA. TARLETON. - Pues yo no quiero tener ningún socialismo en mi casa.

TARLETON *(a Gunner).* - Ya ha oído lo que acaba de decir la señora Tarleton. Le advierto que, en esta casa, todos hacen lo que ella dice o se van.

GUNNER. - ¿Supone usted que quiero quedarme? ¿Cree que respiraré esta atmósfera contaminada un solo instante más si puedo evitarlo?

BENTLEY *(abalanzándose para interponerse entre Gunner y Lina).* -Pero ... ¿qué quiso usted decir al referirse así a la señorita Tarleton y al señor Percival, bribón?

GUNNER *(a Tarleton).* - ¡Oh! ¿Conque Hypatia es su hija? ¿Y Joey es el señor Percival? Algún hombre de su círculo, supongo. ¡De su círculo elegante! ¡De los que juegan al bridge, de los que tienen automóviles de ochenta caballos, de los que se van a disfrutar los fines de semana! ¡Uno de los pisaverdes para los cuales trabajo como un esclavo! Pues bien: de cualquier modo, Joey es más decente que su hija. Las mujeres son lo peor. Nunca lo creí hasta que lo vi con mis propios ojos. Pero eso no durará eternamente. Así está escrito. Así lo dice el Manes Tekel Fares del muro. Roma

cayó. Babilonia cayó. Ya le llegará la hora a Hindhead.

SRA. TARLETON *(buscando ingenuamente la leyenda escrita sobre la pared).* - ¿A qué se refiere, joven?

GUNNER. -Sé a qué me refiero. Cuando entré a ese baño turco era un niño: salí hecho un hombre.

SRA. TARLETON. - ¡Dios mío! Está loco. *(A Lina.)* ¿Lo obligó John a tomar un baño turco?

LINA. -No. No necesita esos baños: sólo le hace falta engordar un poco. No comprendo qué es lo que sucede. Lo encontré cuando trataba de matar al señor Tarleton.

SRA. TARLETON *(con un alarido).* - ¡Oh! ¡Y John lo alienta, sin duda! Bunny: vé a buscar a la policía. *(A Gunner.)* Yo le enseñaré a venir a mi casa para matar a mi marido.

GUNNER. - Guárdese sus lecciones. Nunca pedí que me soltaran. Me avergüenza ser libre en vez de compartir la suerte de los demás. Hay mujeres, hermosas mujeres de noble cuna, que van a la cárcel por sus opiniones. Las estudiantes rusas van a la horca; prefieren dejarse despedazar con el knut 1 o arrastrar por las heladas estepas de Siberia, a mirar mansamente cómo convierten al mundo en un infierno para los millones de seres que

trabajan. Si todos ustedes no fueran unos miserables y unos cobardes, sufrirían con ellos en vez de engordar aquí con lo que les han saqueado a los pobres.

SRA. TARLETON *(muy irritada).* - ¡Oh! ¿Se han oído alguna vez tan ridículas tonterías? Bunny díle al jardinero que mande a uno de sus hombres a Grayshott para traer a la policía.

GUNNER. - Iré con él. Me propongo entregarme.

Voy a revelar lo que he visto aquí, sean cuales fueren las consecuencias para mi mísero yo.

TARLETON. - Deténgase. No te muevas, Ben. Querida, nunca has tenido en casa a la policía. De lo contrario, no tendrías prisa por volver a llamarla. Vamos, joven, déjese de charlas y díganos, con toda la brevedad posible, qué ha visto aquí.

GUNNER. - No puedo decirlo en presencia de damas.

SRA. TARLETON. - ¡Oh ... ! ¡Qué fastidioso es usted! ¡Como si a alguien le importara lo que ha visto! ¡A mí! ¡Una mujer casada que podría ser su madre! *(A Lina.)* Y estoy segura de que usted no es muy melindrosa y perdóneme que se lo diga.

TARLETON. - Desembuche. ¿Qué ha visto?

GUNNER. -Vi a su hija con mis propios ojos.. . ¡Oh, vamos! Tanto da lo que vi.

BENTLEY *(llorando casi de angustia).*-¡Estúpido bribón! Haré que Joey le dé una paliza tal...

TARLETON. - Usted no puede limitarse a decir eso, ¿Qué le vio hacer a mi hija?

GUNNER. -Después de todo... ¿por qué no habría de hacerlo? Las estudiantes rusas lo hacen. Las mujeres deberían ser tan libres como los hombres. Soy un tonto. Estoy tan impregnado de la moralidad burguesa de ustedes que me dejo escandalizar por la aplicación de mis propios principios revolucionarios. Si a ella le gusta un hombre... ¿por qué no habría de decírselo?

SRA. TARLETON. - Me extraña que le dejes hablar así en presencia de todos, John. *(Volviéndose hacia Lina, con cierta acritud.)* ¿Tendría inconveniente en irse a la sala de recibo por unos minutos, señorita Chipenoska? Se trata de un asunto privado, de familia... si no le parece mal.

LINA. - Me habría marchado ya, señora Tarleton, si hubiese estado aquí alguien para proteger al señor Tarleton y a ese joven caballero. (Sale por la puerta interior.)

GUNNER. - ¡Ya lo ve! Todo está cabal. Los hombres afeminados, las mujeres asexuadas.. .

TARLETON. -No vuelva a empezar, compañero. Guárdese eso para Trafalgar Square.

LA VOZ DE HYPATIA (*fuera*). - No, no. *(Lanza una exclamación ahogada que es entre risita y grito y se la ve cruzar velozmente el jardín perseguida con bríos por Percival. Reaparece de inmediato e irrumpe en el pabellón. Al encontrarlo lleno de gente entre la cual figura un extraño, se detiene: pero Percival, enrojecido e imprudente, entra corriendo y la atrapa antes de descubrir que no están a solas. La suelta, presa de confusión.)*

(Silencio de muerte. Todos temen mirarse, salvo la señora Tarleton, quien contempla con aire severo a Hypatia. Esta es la primera en recobrar su presencia de ánimo.)

HYPATIA. - Perdón por haber entrado así. El señor Percival me ha estado persiguiendo por la colina, cuesta abajo.

GUNNER. - ¿Quién lo persiguió a él cuesta arriba? N o se avergüence. Sea intrépida. Diga la verdad.

TARLETON. - Gunner. ¿Quiere ir a París por quince días? Le pago los gastos.

HYPATIA *(a Gunner).* - ¿Qué quiere usted decir?

GUNNER. - Hubo un testigo silencioso en el baño turco.

TARLETON. - Lo encontré oculto allí. Sea lo que fuere lo sucedido acá, vio y oyó. Eso es lo que quiere decir este hombre.

PERCIVAL (aproximándose *con aire severo a Gunner y hablando con una indignación profunda pero contenida).* -¿Debo entender que usted ha tenido la audacia de decir la monstruosa y canallesca mentira de que esta dama se portó indecorosamente en mi presencia?

GUNNER *(palideciendo).* -Usted sabe lo que vi y oí.

(Hypatia, con un fulgor de triunfo en los ojos, se deja caer silenciosamente en la mecedora y observa a Percival y a Gunner, hamacándose un poco pero inmóvil por lo demás.)

PERCIVAL. - Confío en que no necesitaré asegurarles a todos ustedes que no hay una sola palabra de verdad... ni un grano de substancia en esta infame calumnia que no habría proferido ningún hombre con pizca de decencia, aunque hubiese sido lo bastante igno-

rante para creerla. La conducta de la señorita Tarleton, desde que he tenido el honor de conocerla, ha sido, de más está que yo lo diga, irreprochable. (*A Gunner.)* En cuanto a usted, señor, haga el favor de salir conmigo inmediatamente. Tengo que arreglar con usted un asunto que no puede ser solucionado en presencia de la señora Tarleton o en su casa.

GUNNER *(asustadísimo).* - ¿Por qué habría yo de salir con usted?

PERCIVAL. - Porque me propongo que usted salga.

GUNNER. - No me dejaré intimidar por usted. (*Percival avanza hacia él con aire amenazador.)* ¡Policía! *(Trata de huir, pero Percival lo aferra.)* ¿Me hace el favor de soltarme? ;Qué derecho tiene a ponerme la mano encima

TARLETON. -Deje que se vaya, señor Percival. Su compañía es lamentable. Nos libraremos de él. Déjelo ir.

PERCIVAL. -Sólo cuando haya retirado sus palabras y se haya disculpado acabadamente por su abominable mentira. Lo hará, o tendrá que defenderse lo mejor que pueda de la más concienzuda paliza que soy capaz de propinarle. *(Soltando a Gunner, pero enfrentándolo con aire siniestro.)* Elija. ¿Qué prefiere?

GUNNER. - Déme una oportunidad equitativa. Siéntese durante un mes detrás de un escritorio de nueve a seis y déjeme disfrutar de su comida y sus deportes y sus lecciones de boxeo y pelearé contra usted con suficiente velocidad. Usted sabe que no sirvo para eso; de lo contrario, no se atrevería a desafiarme.

PERCIVAL. - Usted debió pensarlo bien antes de atacar a una dama con una cobarde calumnia. Espero su decisión. Estoy apurado: hágame el favor de contestar.

GUNNER. -Nunca dije nada contra la señora.

SRA. TARLETON ¡Oh, escuchen eso!

BENTLEY ¡Qué mentiroso!

HYPATIA ¡Oh!

TARLETON ¡Oh, vamos!

PERCIVAL. - Lo queremos por escrito, si no tiene inconveniente. *(Señalando él secreter.)* Siéntese y tome ese lapicero. (*Gunner mira a su alrededor con indecisión y luego obedece.)* Ahora, escriba: "Yo", sea cual fuere su nombre...

GUNNER *(después de una estéril tentativa*). - No puedo. Mi mano tiembla demasiado.

Es inútil, ya lo ve. No puedo.

PERCIVAL. -El señor Summerhays lo escribirá: usted puede firmarlo.

BENTLEY *(a Gunner, con tono insolente).* - Levántese. *(Gunner obedece y Bentley, después de empujarlo hacia Percival, ocupa su lugar y se dispone a escribir.)*

PERCIVAL. - ¿Cómo se llama usted?

GUNNER. John Brown.

TARLETON. - ¡Vamos! ¿No podría ser Horace Smith o Algernon Robinson?

GUNNER *(nerviosamente).* - Pero es que me llamo John Brown. Los John Brown existen realmente. Si mi nombre es vulgar... ¿cómo puedo remediarlo?

BENTLEY. - Muéstrenos una carta dirigida a usted.

GUNNER. - ¿Cómo quiere que lo haga? Nunca recibo cartas: sólo soy un empleado. Puedo mostrarles las iniciales J.B. en mi pañuelo. *(Saca uno no muy limpio.)*

BENTLEY *(con repulsión).* - ¡Oh, guárdeselo! Supongamos que es John Brown.

PERCIVAL. - ¿Dónde vive?

GUNNER. - En 4 Chesterfield Parade, Kentish Town, N.W.

PERCIVAL *(dictando).* - "Yo, John Brown, de 4 Chesterfield Parade, Kentish Town, confieso voluntariamente que, el 31 de mayo de 1909, yo... " *(A Tarleton.)* ¿Qué hizo este hombre, para ser exactos?

TARLETON *(dictando).*- ...penetré como intruso en las tierras de John Tarleton en Hindhead y entré ilegítimamente a su casa, donde me oculté en un baño turco portátil. .. "

BENTLEY. - Despacio, viejo. Un momento. "Baño turco..." ¿Qué más?

TARLETON *(continuando).* - ... con un revólver, con el cual amenacé con arrebatarle la vida al susodicho John Tarleton... "

SRA. TARLETON. - ¡Oh, John! Pudo haberte matado.

TARLETON. r- "... y sólo me lo impidió la oportuna llegada de la célebre señorita Lina Szczepanowska."

SRA. TARLETON. - ¿Es célebre esta señorita? (*Con aire de excusa.)* Nunca imaginé que...

BENTLEY. - Mire. Lo lamento muchísimo, pero no sé cómo escribir Szczepanowska.

PERCIVAL. - Creo que eso se escribe S,z,c,z... Diga, mejor, la dama polaca.

BENTLEY *(escribiendo).* - ¿. .. "la dama polaca"?

TARLETON *(a Percival).* - Ahora, le toca a usted.

PERCIVAL *(dictando).* - "También confieso que dije una calumnia abominable sobre la señorita Hypatia Tarleton, carente del menor fundamento."

(Impresionante silencio mientras Bentley escribe.)

BENTLEY ¿"fundamento"?

PERCIVAL. - "Les presento mis más humildes excusas a esa dama y a su familia por mi conducta" ... *(Espera que Bentley escriba.)*

BENTLEY. - .¿-conducta"?

PERCIVAL. - " ... y le prometo al señor Tarleton no repetirla y rectificar mi vida..."

BENTLEY. - ¿"rectificar mi vida"?

PERCIVAL. - "... y hacer todo lo posible por mostrarme digno de su bondad al darme otra oportunidad... '

BENTLEY. - ¿"oportunidad"?

PERCIVAL. - " ... y al abstenerse de entregarme al

castigo que tan ampliamente merezco."

BENTLEY. - "ampliamente merezco".

PERCIVAL *(a Hypatia).* - ¿La satisface eso, señorita

Tarleton?

HYPATIA. - Sí: eso le enseñará a decir mentiras la vez próxima.

BENTLEY *(levantándose para cederle su sitio a Gunner y tendiéndole el lapicero).* - Quieres decir que eso le enseñará a decir la verdad la vez próxima.

TARLETON. - ¡Ejem! ¿Has querido decir eso, Patsy?

PERCIVAL. -Tenga la bondad de firmar. *(Gunner se sienta con aire impotente y sumerge la pluma en la tinta.)* Confío en que lo que firma no será un mero conjunto de palabras para usted y en que no sólo dice que lo lamenta, sino que realmente lo lamenta.

(Lord Summerhays y Johnny entran por la puerta del pabellón.)

SRA. TARLETON. - Un momento. Señor Percival, creo que, en cuanto se refiere a Hypatia, habría que decirle esto a Lord Summerhays.

(Lord Summerhays, preguntándose qué sucede, se adelanta y se interpone entre Percival y Lina. Johnny se detiene junto a Hypatia.)

PERCIVAL. - Ciertamente.

TARLETON *(con malestar).* - Siga mi consejo y termine con eso. Líbrese de él.

SRA. TARLETON. - Hay que limpiar de toda culpa a Hypatia.

TARLETON. -Déjala en paz, querida. La mayoría de nuestros caracteres soportan bien una pequeña y cuidadosa limpieza; pero no aguantarían que los fregaran. Patsy está fuera de apuros. ¿Qué importa eso, de todos modos?

PERCIVAL. - Señor Tarleton: ya hemos dicho demasiado o demasiado poco. Lord Summerhays. ¿Tendría usted la bondad de ser testigo de la declaración que este hombre acaba de firmar?

GUNNER. -No he firmado, aún. ¿Debo hacerlo ahora?

PERCIVAL. -Naturalmente. *(Gunner, quien se siente incapaz ahora de hacer algo por su propia iniciativa, firma.)* Ahora, levántese y léale su declaración a este caballero. (*Gunner hace un vago movimiento y mira estúpidamente a su alrededor. Percival añade, con tono perentorio.)* Vamos, hágame el favor.

GUNNER *(se levanta con aire aprensivo y lee sin puntuación, con voz apenas audible, como un hombre muy enfermo).* -Yo John Brown de 4 Chesterfield Parade Kentish Town confieso aquí voluntariamente que el 31 de mayo de 1909 penetré en las tierras de John Tarleton de Hindhead y entré ilegítimamente en su casa donde me oculté en un baño turco portátil con un revólver con el cual amenacé quitarle la vida al susodicho John Tarleton y sólo me impidió hacerlo la oportuna llegada de la dama polaca también confieso que dije una abominable calumnia relativa a la señorita Hypatia Tarleton carente del menor fundamento me disculpo muy humildemente ante esa dama y su familia por mi conducta y le prometo al señor Tarleton no repetirla y enmendar mi vida y hacer todo lo posible por mostrarme digno de su bondad al darme otra oportunidad y abstenerse de entregarme al castigo que tan ampliamente merezco.

(Sigue un breve y penoso silencio. Luego, Percival habla.)

PERCIVAL. 1- ¿Le parece esto suficiente, Lord Summerhays?

LORD SUMMERHAYS. - ¡Oh, perfectamente suficiente, perfectamente suficiente!

PERCIVAL *(a Hypatia).* - Probablemente, a Lord Summerhays le gustaría oírle decir que está satisfecha, señorita Tarleton.

HYPATIA *(bajando de la hamaca v avanzando entre Percival y Lord Summerhays).* - Debo reconocer que se ha portado usted como un perfecto caballero, señor Percival.

PERCIVAL *(se inclina ante Hypatia y luego se vuelve con frío desprecio hacia Gunner, quien está parado con aire impotente).* - Ya no tenemos por qué molestarlo más. *(Gunner se vuelve, indeciso, hacia el pabellón.)*

JOHNNY (con una intención ofensiva menos refinada, señalando el pabellón). - Por ahí. El jardinero le indicará el camino más corto que lleva a la carretera. Siga el más corto.

GUNNER *(agobiado y perplejo, apenas sabe cómo salir de la habitación).* - Sí, señor. Yo... *(Se vuelve, nuevamente, dirigiéndose a Tarleton.) ¿No podría usted devolverme las fotografías de mi madre? (La señora Tarleton se muestra alerta.)*

TARLETON. - ¿Eh? ¿Qué? ¡Ah, las fotografías! Sí, sí, sí: tómelas. *(Gunner las toma de la mesa y se escabulle, cuando la señora Tarleton estira la mano y lo detiene.)*

SRA. TARLETON. - ¿Qué significa eso, John? ¿Qué hacías con las fotografías de su madre?

TARLETON. - Nada, nada. No te preocupes, querida: todo está bien.

SRA. TARLETON *(arrebatándole las fotografías a los indecisos dedos de Gunner y reconociéndolas a simple vista).* - ¡Lucy Titmus! ¡Oh, John, John!

TARLETON *(con aire ceñudo, a Gunner).* - Joven: usted es un tonto: pero acaba de rematar este asunto de una manera magistral. Adiviné que lo haría. Le dije que lo dejara dormir. Usted no quiso; y ahora, debe cargar con las consecuencias... o, mejor dicho, soy yo quien debe cargar con ellas.

SRA. TARLETON *(con aire maternal).* -¿Es usted el hijo de Lucy?

GUNNER. - ¡Sí!

SRA. TARLETON. ¿Y por, qué no recurrió a mí?

Yo no le volví la espalda a su madre cuando vino a verme en apuros. ¿No lo sabía usted?

GUNNER. - No. Ella nunca me hablaba de nada.

TARLETON. - ¿Cómo podía hablarle a su propio hijo? Tímida, Summerhays, tímida. Un progenitor con su hijo. Tímida. *(Se sienta junto al extremo del secreter más próximo al aparador, con el aire de un hombre resignado a cualquier cosa que pueda reservarle el destino.)*

SRA. TARLETON. -Entonces... ¿cómo lo descubrió?

GUNNER. -Por los papeles que dejó mi madre al morir.

SRA. TARLETON *(impresionada).* -¿Ha muerto Lucy? ¡Y yo, sin saber nada! *(Con un*

desahogo de ternura.) ¡Y pensar que a usted lo tratan así, pobre huérfano, sin que nadie lo defienda! Rompa ese estúpido papel y siéntese y haga amistad conmigo.

JOHNNY. - Oye, mamá. Todo eso está muy bien, pero...

PERCIVAL. -Pero permítame hacerle notar, señora Tarleton, que...

BENTLEY. -¿Quiere usted decir que, después de todo lo que dijo?

HYPATIA. -¡Oh!, mamá... Esto es realmente.. .

SRA. TARLETON. - ¿Quieren hacer el favor de no hablar todos al mismo tiempo?

(Silencio.)

PERCIVAL *(con aire muy caballeresco).* - ¿Me permite recordarle. señora Tarleton que este hombre ha dicho una mentira muy grave y vergonzosa con respecto a la señorita Tarleton y a mí?

SRA. TARLETON. -No creo en una sola palabra de eso. Si el pobre muchacho estaba ahí, en el baño turco, ... ¿quién más autorizado a decir lo que sucedió aquí que él? Deberías avergonzarte de ti misma, Patsy; y usted también, señor Percival, por haberla alentado. *(Hypatia se retira al pabellón y hace un cambio de muecas con Johnny, disfrutando desvergonzadamente del repentino contraste de Percival. Ambos conocen bien a su madre.)*

PERCIVAL *(con voz entrecortada).* - Señora Tarleton: le doy mi palabra de honor...

SRA. TARLETON. - ¡Oh!, váyase a paseo con su palabra de honor. ¿Me cree estúpida? Me pregunto si usted podría mirarle en la cara a ese muchacho después de haberlo intimidado y de haberle hecho firmar esas malvadas mentiras; y pensar que usted ha estado en enredos con mi hija antes de haber pasado media hora en mi casa. ¡Vamos, avergüéncese!

PERCIVAL. -Lord Summerhays: apelo a usted. ¿He obrado correctamente o no?

LORD SUMMERHAYS. -Ha hecho lo mejor que podía, señor Percival. Pero para que la corrección obtenga éxito, es necesario que todos se atengan muy estrictamente a las reglas del juego. Como juego de uno solo, es algo imposible.

BENTLEY *(desfalleciendo de pronto, con aire lastimero).* - Joey... ¿Me has quitado a Hypatia?

LORD SUMMERHAYS *(severamente)..*- ¡Bentley'

¡Bentley! Domínese usted, caballero.

TARLETON. - ¡Vamos, señor Percival! Ese asunto caballeresco está terminado. Ensaye la verdad.

PERCIVAL. -Estoy en una situación lamentable. Si digo la verdad, nadie me creerá.

TARLETON. - ¡Oh, sí! Le creerán. La verdad hace que todos la crean.

PERCIVAL. - También hace que todos finjan no creer en ella. Señor Tarleton: usted no juega este juego.

SRA. TARLETON. - No creo que usted se haya portado muy bien, señor Percival.

BENTLEY. -Yo no te habría hecho una jugada tan sucia, Joey. *(Tratando de dominar un sollozo.)* Bruto.

LORD SUMMERHAYS. - Bentley: tienes que dominarte. Permítame decirle al propio tiempo, señor Percival, que mi hijo parece haberse equivocado al considerarlo a usted su amigo o un caballero.

PERCIVAL. - Señorita Tarleton, estoy sufriendo esto por culpa suya. Le pido que diga simplemente que la culpa no es mía. Sólo eso y nada más.

HYPATIA *(deleitándose maliciosamente ante su aflicción).* -Usted me persiguió por el brezal y me besó. No lo habría hecho si no estuviese realmente entusiasmado.

PERCIVAL. - ¡Oh, esto es el colmo! *(Volviéndose con aire desesperado hacia Gunner.)* Señor, recurro a usted. ¡Como a un caballero, como a un hombre de honor, como a un hombre que debe apoyar a otro! Usted estaba en ese baño turco. Vio cómo empezó ese asunto. ¿Podría haberse portado un hombre más correctamente que yo? ¿Hay siquiera una sombra de fundamento para las acusaciones que se me formulan?

GUNNER *(muy perplejo).* -Bueno... ¿Qué quiere usted que yo diga?

JOHNNY. - Este hombre ha dicho ya lo que tenía que decir. .. , ;no es así? Lean ese papel.

GUNNER. - Cuando digo la verdad, usted quiere que me desdiga. ¡Y ahora, quiere que me desmienta! ¿Qué debe hacer un hombre?

PERCIVAL *(pacientemente).* - Le ruego que trate de poner claridad en sus pensamientos, señor Brown. Le hice notar que usted no podía, si era un caballero, proyectar sombras sobre el carácter de una dama. Supongo que estará de acuerdo conmigo.

GUNNER. L- Sí. Eso me parece muy bien.

PERCIVAL. - Pero también tiene el deber de decir la verdad. Sin duda, no negará eso.

GUNNER. - ¿Quién lo niega? No digo nada contra ello.

PERCIVAL. - Claro que no. Pues bien, le pido que diga la verdad lisa y llana. ¿Presenció usted alguna conducta impropia por mi parte cuando estaba en el baño turco?

GUNNER. -No, señor.

JOHNNY. -Entonces... ¿qué quiso decir al afirmar que ... ?

HYPATIA. -¿Insinúa usted que yo... ?

BENTLEY. -¡Oh, es usted un hombre sin sentido

del decoro! Tenía miedo.. .

TARLETON *(levantándose).* - Basta. *(Reina el sjlencio.)* Dejemos las cosas así. Ya se ha dicho bastante. Cállate, Johnny. Señor Percival, ha quedado usted absuelto de culpa y cargo. Y tú también, Patsy. Las cuestiones de honor son fáciles de resolver. Ahora, lo que hay que hacer es iniciar una suscripción para establecer a este joven con una hacienda en algún país lejano habituado a vivir en estado de perturbación. El...

SRA. TARLETON. - Vamos, no te burles más de ese pobre muchacho, John: no lo toleraré. Entre todos us-

tedes, le han hecho pasar las de Caín. *(A Gunner.)* ¿Ha tomado el té?

GUNNER. - ¿El té? No: es demasiado temprano. Es

toy muy bien: sólo que no he almorzado. Creí que no necesitaría almorzar. No esperaba estar vivo.

SRA. TARLETON. - ¡Oh, vaya una ocurrencia! Usted no debe hablar así.

JOHNNY. - Ha perdido el juicio. Cree que ha pasado la hora de cenar.

SRA. TARLETON. - ¡Oh, no tienes sentido común, Johnny! Este joven llama cena a su almuerzo y toma el té a las seis y media. ¿Verdad, querido?

GUNNER *(tímidamente).* - ¿No hacen todos otro tanto?

JOHNNY *(riendo).* -Bueno, ¡qué diablos! Eso no está mal.

SRA. TARLETON. -Vamos, no seas grosero, Johnny: bien sabes que eso no me gusta. *(A Gunner.)* Una taza de té lo reanimará.

GUNNER. -Prefiero no tomarla. Me siento perfectamente.

TARLETON *(acercándose al aparador).* -¡Tome! Beba un trago de ginebra.

GUNNER. - No, gracias. Soy abstemio. No puedo tocar el alcohol en ninguna forma.

TARLETON. - ¡Tonterías! Esto no es alcohol. Es ginebra. Ginebra de endrino. Algo

vegetal..., ¿comprende?

GUNNER *(vacilando).* -¿Es una bebida de frutas?

TARLETON. - Claro que sí. Una bebida de frutas. Beba. (*Le tiende un vaso de ginebra de endrino.)*

GUNNER *(aproximándose al aparador).* - Gracias. *(Comienza a beber confiadamente, pero al primer sorbo se sobresalta y casi se atraganta.)* Está un poco caliente.

TARLETON. - Le hace bien. No le tema.

SRA. TARLETON *(acercándose).* - Bébalo, querido. No se apure.

(Gunner bebe lentamente y cada sorbo le hace brotar 'lágrimas de los ojos.)

JOHNNY *(adelantándose hacia el lugar que ha dejado libre la visita de Gunner al aparador).* - Bueno. Ahora que nos hemos ocupado de este caballero, me gustaría saber cuál es nuestra verdadera situación. Quizá sea un vulgar hábito comercial; pero confieso que me gusta saber dónde estoy.

TARLETON. - Pues a mí, no. Dondequiera esté uno, está ahí y el asunto no tiene remedio. Dejemos las cosas así, te lo repito.

BENTLEY. - También yo quiero saberlo. Hypatia es mi prometida.

HYPATIA. - Bentley: si vuelves a insultarme, si dices una sola palabra más, abandono esta casa y no vuelvo a ella hasta que te marches.

JOHNNY. - Trágate esa, muchacho.

BENTLEY *(apenas logra articular las palabras, dados su furor y sus contenidas lágrimas).* - ¡Oh! ¡Bestias! ¡Brutos!

SRA. TARLETON. - ¡Vamos, no hieras los sentimientos del pobrecito!

LORD SUMMERHAYS *(muy severamente).* - Bentley: no te portas bien. Más vale que nos dejes hasta que te hayas dominado.

(Bentley sale avergonzado, pero apenas está a mitad de camino de la puerta del pabellón cuando, con un salvaje sollozo, se arroja al suelo v empieza a vociferar.)

SRA. TARLETON *(corriendo hacia él).* -¡Oh, pobre niño, pobre niño! No llores, tesoro; no lo dijo en serio; no llores.

LORD SUMMERHAYS. - Basta de hacer ese ruido infernal, caballero. ¿Me oye? Cállese inmediatamente.

JOHNNY -Ese es el juego que ensayó conmigo. ¡Ya lo ven! ¡Mamá, Patsy! Ustedes

Librodot

mismas pueden verlo.

HYPATIA (tapándose los oídos). -¡Oh, infeliz! Hágalo callar, señor Percival. Déle un puntapié.

TARLETON -Despacio, despacio. Cálmate, Bunny, cálmate.

LINA *(apareciendo en la puerta).*-Déjelo por mi cuenta, señora Tarleton. *(Con voz clara y autoritaria.)*

Hágame el favor de ponerse de pie.

(Levanta con rapidez del suelo la mitad superior de Bentley; se sumerge debajo de él; se yergue con el cuerpo de Bentley colgándole sobre los hombros y sale corriendo.)

BENTLEY (*con tono asustado, aquietado, humilde, mientras se lo llevan).* - ¿Qué hace usted? Déjeme ba-Por favor, señorita Szczepanowska... (*Ambos desarecen.)*

(Un silencio de pavor se adueña de los presentes al cavilar sobre la suerte de Bentley.)

JOHNNY. - Me pregunto qué estará haciendo esa mujer con él.

HYPATIA. -Confío en que le esté dando una paliza. Una buena baliza.

LORD SUMMERHAYS. - Así lo espero. Así lo espero. Tarleton: me siento indeciblemente humillado y fastidiado por la conducta de mi hijo en su casa. Más vale que me lo lleve a la mía.

TARLETON. -Nada de eso: nada de eso. Vamos, querida: ya que la señorita Lina se ha llevado a Ben... ¿Qué te parece si te llevas al señor Brown por algún tiempo?

GUNNER (*con imprevista agresividad).* -No me llamo Brown. (Ellos lo miran, absortos: él afronta sus miradas con aire desafiante, belicoso, a causa de la ginebra de endrino: apura la última gota del vaso; tira éste sobre el aparador y avanza hacia el secreter). -Me llamo Baker: Julius Baker. El señor Baker. Si algún hombre lo duda, estoy pronto a enfrentarlo.

SRA. TARLETON. - John, no debiste darle esa ginebra. Se le ha subido a la cabeza.

GUNNER. -No lo crea. Las bebidas de frutas no se le suben a uno a la cabeza, y, aunque se le subieran. .. , ¿qué? Yo no le digo nada a usted, señora: la miro con respeto y afecto. *(Lacrimoso.)* ¡Usted fue muy buena con mi madre, con mi pobre madre! *(Recayendo en su estado de ánimo audaz.)* Pero afirmo que mi apellido es Baker; y no estoy dispuesto a tolerar que ningún hombre me trate como a un niño o haga de mí un esclavo. Me llamo Baker. ¿Creían ustedes que yo les revelaría mi verdadero nombre? ¡Era muy improbable!

Librodot

¡Yo no lo habría hecho!

TARLETON. -Conque se le ocurrió el de John Brown. Fue algo muy astuto de su parte.

GUNNER. - ¡Astuto! Sí: nosotros los empleados distamos de ser tan tontos como lo cree usted. Fue el tenedor de libros quien me sugirió esa idea. Es el única

nombre que nadie da como nombre falso, dijo. Fue algo astuto. . ., ¿eh? Ya lo creo.

SRA. TARLETON. -Vamos, Julius.. .

GUNNER *(tranquilizándola, con aire grave).* -No se alarme, señora. Sé el respeto que le debo a una dama y el que me debo a mí mismo como un caballero. La miro con respeto y afecto. Si usted hubiese sido mi madre, como debió serlo, yo habría tenido más probabilidades. Pero no tendrá motivo para avergonzarse de mí. La resistencia de una cadena no es mayor que la del más débil de sus eslabones; pero la grandeza de un poeta es la grandeza del más grande de sus momentos. Shakespear acostumbraba a emborracharse. Federico el Grande huía de una batalla. Pero lo que hacía grandes a ambos no era la altura que podían alcanzar, sino la bajeza a la cual eran capaces de descender. No valían mucho siempre; pero valían en su hora. Pues bien, en mi hora -en mi hora, fíjese usted- también yo sirvo para algo. Sé que he dado aquí una exhibición tonta. Sé que no me he mostrado a la altura de las circunstancias. Sé que si usted hubiese sido mi madre, se habría avergonzado de mí. Perdí mi presencia de ánimo: fui un despreciable cobarde. Pero *(golpeándose el pecho)* no soy el hombre que fui entonces. Esta es mi hora. He visto cómo al décimo poseedor de un rostro estúpido se lo llevó de aquí una mujer, pataleando y gritando. *(A Percival.)* Usted cacareó de lo lindo conmigo. Me hipnotizó. Pero cuando usted mismo pasó por la prueba de fuego, no resultó victorioso. Le digo, lisa y llanamente, que usted no vale tres peniques.

SRA. TARLETON. - No: eso es perverso. Usted no debiera decirlo en mi presencia.

GUNNER. - Preferiría cortarme la lengua a decir

algo vulgar en su presencia: porque la miro con respeto y afecto. Yo no blasfemé. Sólo afirmé mi virilidad.

SRA. TARLETON. - ¡Qué ocurrencia! ¿Qué le ha metido todas esas ideas en la cabeza?

GUNNER. - ¡Oh! ... No crea, por el hecho de que yo sólo sea un empleado, que no soy un intelectual. Soy un hombre que lee, un hombre que piensa. He leído en un libro -un libro de seis chelines de la clase alta- este precepto: Afirme su virilidad. Eso me sedujo.

Siempre lo recordé. Creo en eso. Siento que debo hacerlo para recobrar el respeto de ustedes después de mi cobarde conducta. Por eso, lo afirmo en su presencia. Le digo al hombre que me insultó que no vale tres peniques. Y yo no los daría por él.

TARLETON. -Oiga, Summerhays. ¿Tuvo usted a gente así en Jinghiskahn?

LORD SUMMERHAYS. -¡Oh, sí!, existen en todas partes: constituyen un problema moderno muy grave.

GUNNER. - Sí. Tiene razón. *(Con aire engreído..)* Yo soy un problema. Y les digo que, cuando nosotros los empleados comprendemos que somos un problema... Bueno, tengan cuidado. ¡Eso es todo!

LORD SUMMERHAYS *(con suavidad, a Gunner).* -¿Dijo usted que leía mucho?

GUNNER. - Creo haber leído más que cualquier otro de los hombres que están en esta habitación, a decir verdad. Eso es lo que destruirá ese capitalismo de ustedes. Los problemas consisten en empezar a leer. ¡Eso! Estamos en libertad de hacerlo aquí, en Inglaterra. ¿Qué haría usted conmigo en Jinghiskahn, si me tuviera allí?

LORD SUMMERHAYS. -Bueno. Ya que me lo pregunta en forma tan directa, se lo diré. Aprovecharé el hecho de que usted no tiene suficiente sentido común ni suficientes fuerzas para saber comportarse en cualquier trance difícil. Yo le advertiría a un policía inteligente y ambicioso que usted es una persona que causa dificultades. El policía inteligente y ambicioso aprovecharía la primera ocasión que se le presentara para irritarlo ordenándole que siguiera andando y le pisaría los talones hasta provocarlo e inducirlo a causarle obstáculos a un oficial en el desempeño de su deber. Bastaría cualquier bagatela para que un hombre como usted perdiera el dominio de sí mismo y se pusiera en dificultades. Entonces, lo acusarían y meterían en la cárcel hasta que se restableciera la calma.

GUNNER. - ¡Y a eso, ustedes lo llaman justicia!

LORD SUMMERHAYS. - No. La justicia no era mi oficio. Yo tenía que gobernar una provincia y tomé las medidas necesarias para mantener el orden en ella. A los hombres no se los gobierna con la justicia, sino con la ley o la persuasión. Cuando se niegan a dejarse gobernar con la ley o la persuasión, hay que gobernarlos con la fuerza o la mentira o con ambas cosas. Usé ambos recursos cuando me fallaron la ley y la persuasión. Todos los conductores de hombres así lo han hecho desde que el mundo es mundo, hasta cuando odiaban tan resueltamente la mentira y la fuerza como las odio yo. Más vale que usted lo

sepa, mi joven amigo: así, podrá descubrir a tiempo que el anarquismo es un juego en el cual la policía puede derrotarlo. ¿Qué tiene que decirme a eso?

GUNNER. - ¿Qué tengo que decirle a eso? Pues que lo llamo algo escandaloso: eso es lo que tengo que decirle a eso.

LORD SUMMERHAYS. -Precisamente: eso es lo que tienen aue decirle todos a eso. salvo el público britá

nico, que finge no creerlo. Y ahora, permítame que le formule una pregunta personal de solidaridad. ¿No le duele la cabeza?

GUNNER. - Bueno. Ya que me lo pregunta, le diré que sí. Me he excitado más de la cuenta.

SRA. TARLETON. -¡Pobre muchacho! ¡Se explica, después de todas las que ha pasado! Necesita comer algo y acostarse. Venga conmigo. Quiero que me hable de su pobre madre y de sí mismo. Venga conmigo. (*Se dirige, precediéndolo, hacia la puerta interior.)*

GUNNER *(siguiéndola, obedientemente).* - Muchísimas gracias, señora. (Sale. Antes de salir, cierra en parte la puerta y se demora un instante en el umbral para murmurar.) Recuérdenlo: no cedo ante ninguno de los hombres que están presentes. Cedo ante la señora Tarleton porque es una mujer entre mil. Afirmó mi virilidad de todos modos. Compréndanlo: para mí, todos ustedes no valen tres peniques. *(Sale precipitadamente, algo asustado de las consecuencias de este desafío, que ha inducido a Johnny a ejecutar un movimiento impaciente hacia él.)*

HYPATIA. - ¡Menos mal que se ha ido! ¡Oh, qué individuo fastidioso! ¡Qué fastidioso! ¡Habla! ¡Habla! ¡Habla!

TARLETON. - Patsy, es inútil. Vamos a hablar. Y hablaremos de ti.

JOHNNY. -Es inútil eludir eso, Pat. Más vale que sepamos cuál es nuestra verdadera situación.

LORD SUMMERHAYS. - Venga, señorita Tarleton. ¿Quiere sentarse? Me cansa mucho estar de pie. *(Hypatia se acerca y se sienta junto al costurero. Lord Summerhays ocupa la silla que está enfrente, a la derecha de Hypatia. Percival se sienta en la que puso Johnny para Lina cuando ésta llegó. Tarleton se sienta junto al extremo del secreter. Johnny permanece de pie. Lord Summerhays continúa, con un suspiro de alivio al verse*

Librodot

sentado.) Ahora, podremos cambiar de tema, como ansiábamos hacerlo.

JOHNNY *(perplejo).* - ¿De qué se trata?

LORD SUMMERHAYS. - Del gran problema. Del problema sobre el cual cavilan los hombres y las mujeres durante horas sin quejarse. Del problema que preocupa a todos los que leen novelas y van a los teatros y cine matógrafos. Del problema de que nunca se cansan.

JOHNNY. - Pero... ¿de qué se trata?

LORD SUMMERHAYS. - De saber con qué joven se ha

de aparear tal o cual muchacha.

PERCIVAL. - ¡Como si eso tuviera importancia!

HYPATIA *(con aspereza).* - ¿Qué dice usted?

PERCIVAL. - Dije: como si eso tuviera importancia.

HYPATIA. - Eso me parece poco caballeresco.

PERCIVAL. - ¿La preocupa eso? ¡Usted, que es tan espléndidamente poco femenina!

JOHNNY. - Oiga, señor Percival: no le permito que insulte a mi hermana.

HYPATIA. - ¡Oh!, vamos, Johnny: sé defenderme sola. No te entrometas.

JOHNNY. - Está bien. Si prefieres rendirte así..., dejar que un hombre te llame poco femenina y luego serlo, no tengo más que decir.

HYPATIA. - Creo que el señor Percival es muy poco caballeresco: pero no quiero que me protejan. No quiero que los hombres se entrometan en mis asuntos con el pretexto de protegerme. No soy tu nena. Si yo interviniera entre una mujer y tú, pronto me dirías que no me metiese en lo que no me importaba.

TARLETON. - Hijos, no riñan. Lean al doctor Watts. Pórtense bien.

fJOHNNY. -No tengo más que decir: y como, según parece, aquí no me necesitan, me voy. *(Sale con orzada serenidad del pabellón.)*

TARLETON. - Summerhays: una familia es algo horrible, algo imposible. Perro y gato. Patsy, estoy avergonzado de ti.

HYPATIA. - Luego, haré las paces con Johnny: pero, realmente, no quiero verle meter sus torpes patas en mis asuntos.

LORD SUMMERHAYS. - El problema consiste en saber esto, señor Percival... ¿Es usted en realidad un caballero o no lo es?

PERCIVAL. - ¿Era en realidad un caballero Napoleón o no lo era? Obligaba a la dama a apartarse del camino del cargador y decía: "Respete la carga, señora." Eso, era comportarse como un perfecto caballero: pero Napoleón le propinó un puntapié a Volney por haber dicho que lo que necesitaba Francia era que volvieran los Borbones. Eso, era comportarse como un jornalero. Ahora bien: yo, como Napoleón, no soy un hombre de una sola pieza. En ocasiones, como ustedes lo han visto, suelo portarme como un caballero. Otras veces, me porto con una sencillez brutal que la propia señorita Tarleton a duras penas podría superar.

TARLETON. - Sea este hombre un caballero o no... ¿cuáles son tus intenciones, Patsy?

HYPATIA. - ¡Mis intenciones! Creo que eso se le debiera preguntar a este caballero.

TARLETON. - ¡Vamos, Patsy! Basta de tonterías. ¿Te ha dicho el señor Percival algo que deba yo saber o saber Bentley? ¿Le has dicho algo tú al señor Percival?

HYPATIA. -El señor Percival me persiguió a través del brezal y me besó.

LORD SUMMERHAYS. -Como caballero, señor Percival... , ¿qué puede contestarle usted a eso?

PERCIVAL. - Como caballero, no beso para decirlo luego. Como simple hombre, como simple patán, si usted así lo prefiere, digo que lo hice por insinuación de la propia señorita Tarleton.

HYPATIA. - ¡Bruto!

PERCIVAL. -No niego que me gustó. Pero no lo inicié. Y empecé por huir.

TARLETON. - Conque Patsy es capaz de correr con más velocidad que usted. .. , ¿eh?

PERCIVAL. - Sí, cuando me persigue. Corre con creciente rapidez. Y yo, con rapidez cada vez menor. Y esos bosques de ustedes desbordan magia. ¿Oyó usted ' alguna vez chillar al chotacabras? ¿Le oyó provocar un repentino silencio al callar? ¿Le oyó llamar a su compañera batiendo las alas dos veces y silbando esa nota única que ningún ruiseñor puede imitar? Eso fue lo que sucedió en los bosques cuando yo huía. Por lo tanto, me volví: y el perseguidor se convirtió en perseguido.

HYPATIA. - Tuve que pelear como un gato montés.

LORD SUMMERHAYS. - Por favor, no nos cuente eso. No es apto para los oídos de los viejos.

TARLETON. - Vamos. ¿Cómo terminó todo?

HYPATIA. - No ha terminado, aún.

TARLETON. - ¿Cómo terminará?

HYPATIA. - Pregúntaselo a él.

TARLETON. - ¿Cómo terminará eso, señor Percival?

PERCIVAL. - No puedo casarme, señor Tarleton. Sólo cuento con mil libras anuales hasta que muera mi padre. Dos personas difícilmente podrían vivir con eso.

TARLETON. - ¡Oh! ¿Cree usted que no? Cuando yo me casé, me habría alegrado mucho contar con la cuarta parte de esa suma.

PERCIVAL. -No lo dudo: pero yo no soy una persona barata, señor Tarleton. Me criaron en una familia que cuesta por lo menos siete u ocho veces eso: y estoy en constantes dificultades económicas porque no sé, simplemente, vivir en la escala de mil libras anuales. En cuanto a pedirle a una mujer que comparta mi degradante pobreza, ni se hable. Además, soy un poco joven para casarme. Apenas tengo 28 años.

HYPATIA. - Papá, cómprame a ese grosero.

LORD SUMMERHAYS *(encogiéndose).* - Mi querida señorita Tarleton: no sea tan perversa. Sé que escandalizar a un viejo resulta delicioso; pero hay un punto en que eso se hace bárbaro. No lo haga. Por favor, no lo haga.

HYPATIA. - ¿Debo contarle a papá lo que me dijo usted?

LORD SUMMERHAYS. - Tarleton: más vale que le revele que, en cierta ocasión, le pedí a su hija que se convirtiera en mi viuda.

TARLETON *(a Hypatia).* - ¿Por qué no lo aceptaste, joven estúpida?

LORD SUMMERHAYS. -Yo era demasiado viejo.

TARLETON. - Supongo que todo esto ha estado sucediendo bajo mis propias narices. Tú persigues a los jóvenes, Patsy, y los viejos te persiguen a ti. Y yo soy el último que se entera.

HYPATIA. - ¿CÓMO podía yo decírtelo?

LORD SUMMERHAYS. - Padres e hijos, Tarleton.

TARLETON. - ¡Oh, ese abismo que hay entre ellos! ¡El infranqueable y eterno abismo! Conque debo comprarte a ese grosero..., ¿eh?

HYPATIA. -Si me haces ese favor, papá.

PERCIVAL. -Podríamos disponer de otras mil quinientas libras si mi padre contribuyera.

Pero yo quisiera más.

TARLETON. - Se trata para usted de una simple cuestión de dinero. .. , ¿eh?

PERCIVAL *(después de pensarlo un momento).* -Prácticamente sí: gira sobre eso.

TARLETON. - Creí que usted podría sentir cierta predilección por Patsy. ... , ¿sabe?

PERCIVAL. - Pero... ¿cree usted que eso tiene importancia? Sin duda, Patsy me fascina. Al parecer, yo fascino a Patsy. Pero créame que no vale la pena de tener en cuenta todo eso. Uno de mis tres padres, el sacerdote, ha casado a centenares de parejas: parejas que se han elegido mutuamente, parejas elegidas por los padres, parejas forzadas a casarse por tales o cuales circunstancias; y me asegura que si los casamientos se celebraran poniendo los nombres de todos los hombres en una bolsa y los de las mujeres en otra y los hicieran sacar por un niño de ojos vendados, como si fueran números de la lotería, habría un porcentaje tan alto de matrimonios felices como el existente en Inglaterra. Dice que Cupido sólo era un niño de ojos vendados. ¡Bonita idea, me parece! Tendré una oportunidad tan propicia con Patsy como con cualquier otra. Fíjese que no soy un fanático en cuanto a eso se refiere. No soy un doctrinario ni el esclavo de una teoría. Usted y Lord Summerhays son expertos hombres casados. Si pueden revelarme algún método digno de confianza para elegir esposa, lo usaré con mucho gusto. Espero las sugestiones de ustedes. *(Mira con cortés atención a Lord Summerhays, quien, como no tiene nada que decir, rehúye su mirada. Mira a Tarleton, quien frunce los labios malhu morado y hace tintinear el dinero de sus bolsillos sin decir una sola palabra.)* Al parecer, ninguno de ustedes tiene nada que sugerir. Por lo tanto, lo mismo da Patsy que cualquier otra, con tal de que venga el dinero.

HYPATIA. - ¡Y oigan qué bien lo dice!

TARLETON. - Cuando me casé con la madre de Patsy, yo estaba enamorado de ella.

PERCIVAL. - ¿Por primera vez?

TARLETON. - Sí: por primera vez.

PERCIVAL. - ¿Por última vez?

LORD SUMMERHAYS *(sublevado).* - Señor, usted está en presencia de la hija del señor Tarleton.

HYPATIA. - ¡Oh, por mí no se preocupe! Tanto me da. Estoy habituada a las aventuras de papá.

TARLETON *(sonrojándose penosamente).* - Patsy, hija mía. No has estado... delicada.

HYPATIA. - Papá, lo cierto es que tú nunca has mostrado la menor delicadeza al hablarme de mi conducta y, realmente, no sé por qué no he de hablarte de la tuya. ¡Es algo tan tonto! ¿Crees que la gente joven no lo sabe?

LORD SUMMERHAYS. -Estoy seguro de que no lo siente. Tarleton: esto es demasiado horrible, demasiado brutal. Si ninguno de esos jóvenes tiene un poco de... un poco de...

PERCIVAL. - ¿Digamos sentimentalismo paternal? Lamento muchísimo escandalizar a ustedes; pero recuerden que me han educado para discutir los asuntos humanos con tres padres simultáneamente. Soy un adulto. Patsy es una adulta. Ustedes no me inspiran veneración. Al parecer, tampoco se la inspiran a Patsy. Quizás eso los sorprenda. Quizá les cause dolor. Lo siento. Eso no tiene remedio. ¿En qué quedamos en el asunto del dinero? TARLETON. - Usted no me inspira generosidad, joven.

HYPATIA *(riendo, verdaderamente divertida).* – Ahí que le ganó, Joey.

TARLETON. - No he sido un mal padre para ti, Patsy.

HYPATIA. -No digo que lo hayas sido, querido. Si
consiguiera convencerte de que ya soy una adulta, os entenderíamos a las mil maravillas.

TARLETON. - ¿Recuerdas a Bill Burt?

HYPATIA. - ¿Por qué?

TARLETON *(a los demás).* - Bill Burt era un jornalero que trabajaba aquí. Decidí despedirlo porque le abía propinado un puntapié a su padre. Dijo que su adre se los había asestado hasta que él creció lo suficiente para responderle en la misma forma. Patsy me aplicó que no lo despidiera. Le pregunté a aquel homre qué sensación había experimentado la primera vez que le había dado un puntapié a su padre y descubrí que había sido lo mismo que pegarle a cualquier otro. Bill e echó a reír y dijo que era su padre quien sabía qué sensación se experimentaba. ¡Imagínese, Summerhays! Imagínese!

HYPATIA. - Yo no te he propinado un puntapié.

TARLETON. - Me has propinado uno más fuerte que todos los que dio en su vida Bill Burt.

LORD SUMMERHAYS. - Es inútil, Tarleton. Ahorre esfuerzos. ¿Cree usted seriamente que esa gente joven, a su edad, simpatiza tanto con lo que llama ese caballero su sentimentalismo paternal?

Librodot

TARLETON (pensativamente). - ¿Eso sólo es sentimentalismo paternal, Patsy?

HYPATIA. - La verdad es que prefiero, con mucho, tu exuberante vitalidad, papá.

TARLETON *(con vehemencia).* - Cállate, diablejo.

Todos los jóvenes son iguales: duros, vulgares, superficiales, crueles, egoístas, de pensamientos sucios. Puedes irte de mi casa apenas puedas engatusarlo para que te lleve: y cuanto antes lo hagas, mejor. *(A Percival.)* Creo haberle oído decir que su precio era de mil quinientas libras anuales. Concedido. Y le deseo que ese negocio le reporte satisfacciones.

PERCIVAL. - Si desea saber quién soy...

TARLETON. - Me importa un rábano quién es o qué es usted. Usted está dispuesto a librarme de esta muchacha por mil quinientas libras anuales: eso es lo único que me interesa. Dígale quien es usted, si quiere: eso es asunto de ella, no mío.

HYPATIA. - No le conteste, Joey: eso no durará. Lord Summerhays, lo siento por Bentley: pero Joey es el único hombre que me interesa.

LORD SUMMERHAYS. - Eso podría...

HYPATIA. - Por favor, no diga que eso podría destrozarle el corazón a su pobre hijo. Es mucho más probable que se lo destroce a usted.

LORD SUMMERHAYS. - ¡Oh!

TARLETON *(levantándose de un salto).* - Sal de aquí. ¿Me oyes? Sal de aquí.

PERCIVAL. - ¿No nos estaremos enojando un poco? No se irrite, señor Tarleton. Lea a Marco Aurelio.

TARLETON. - No se atreva a burlarse de mí. Saque su avión de mi viñedo y váyase de mi casa.

PERCIVAL *(levantándose, a Hypatia).* - Temo que tendré que cenar en el Faro, Patsy.

HYPATIA *(se levanta).* - Hágalo. Cenaré con usted.

TARLETON. -¿Me oíste cuando te dije que salieras de aquí?

HYPATIA. - Sí. *(A Percival.)* Ya ve usted qué significa vivir con los padres de una, Joey. Significa vivir en una casa donde a una pueden ordenarle que salga de la habitación. Tengo que obedecer: es su casa, no la mía.

TARLETON. - ¿Quién la paga? Vé y provee a tus gastos como lo hice yo, si quieres ser independiente.

HYPATIA. - Quise hacerlo y no me dejaste. ¿Cómo puedo mantenerme a mí misma si soy una prisionera?

TARLETON. - Domina tu lengua.

HYPATIA. - Domina tu mal genio.

PERCIVAL *(interponiéndose entre ambos).* – Lord Summerhays: estoy seguro de que usted me ayudará a hacerles notar tanto al padre como a la hija que ambos han alcanzado esa etapa tan común en la vida de la familia en que sólo se puede responder con un golpe. ¿Quiere usted realmente pegarle a Patsy, señor Tarleton?

TARLETON. - Sí. Quiero darle una paliza inolvidable. Si no se pone fuera de mi alcance, lo haré. *(Se sienta y se aferra al secreter para dominarse.)*

HYPATIA *(acercándose tranquilamente y apoyando su pecho contra los hombros de su padre, que se retuercen nerviosamente).* - ¡Oh! ... Si sólo quieres pegarme

para desahogar tus sentimientos... , para divertirte y obtener una verdadera satisfacción, pégame. No te lo mezquinaré.

TARLETON *(casi histérico).* - Yo acostumbraba creer que esas cosas sucedían en otras familias, pero no podían ocurrir jamás en la nuestra. Y ahora... *(La emoción lo convulsiona y prosigue, con aire lastimero.)* No puedo decir lo que corresponde. No puedo hacer lo que corresponde. No sé lo que corresponde. Estoy vencido; y ella lo sabe. Summerhays: dígame qué debo hacer.

LORD SUMMERHAYS. - Cuando mi consejo de Jinghiskhan estaba próximo a tomarse a golpes, yo acostumbraba postergar la sesión. Posterguemos esta discusión. Esperemos hasta el lunes: tendremos el domingo para serenarnos. No me burlo de usted, créame; pero en el consejo de este joven caballero hay algo de acertado. Lea algo.

TARLETON. - Leeré "El Rey Lear".

HYPATIA. - No lo leas. Lo lamento mucho, querido.

TARLETON. -No lo lamentas. Te ríes de mí. ¡Bien merecido lo tengo! ¡Padres e hijos! Ningún hombre debería conocer a su hijo. Ningún hijo debería conocer a su padre. ¡Hay que desarraigar a la familia de la civilización! ¡Hay que educar a la especie humana en institutos!

HYPATIA. - ¡Oh, sí! Entonces, tú y yo podríamos ser amigos; y Joey, quedarse a cenar.

TARLETON. - Que se quede a cenar. Que se quede a desayunarse. Que pase su vida

aquí. No digas que lo echo. No digas que te echo a ti.

PERCIVAL. - Realmente, no tengo el derecho de imponerle mi presencia. Después de haber venido a parar aquí en esta forma.. .

TARLETON. - Caído del cielo. ¡Ja, Ja! Caído del cielo. El nuevo deporte de la aviación. Usted ve simplemente una bonita casa, atrapa a la hija de su dueño y se la lleva.

(Vuelve Bentley, con los hombros agobiados, como si también él estuviera exhausto. Se halla muy triste. Los demás lo miran mientras se acerca con pasos tambaleantes a la silla de Percival.)

BENTLEY. -Lamento haber hecho el ridículo. Perdónenme ustedes. Hypatia: lo siento muchísimo, pero he resuelto no casarme nunca. *(Se sienta, muy deprimido.)*

HYPATIA *(corre hacia él).* - ¡Qué amable es eso de tu parte, Bentley! Naturalmente, adivinaste que yo quería casarme con Joey. ¿Qué te hizo la dama polaca?

BENTLEY (volviéndole la espalda). - Prefiero no hablar de ella, si no tienes inconveniente.

HYPATIA. - Te has enamorado de ella. *(Ríe.)*

BENTLEY. Eres muy grosera al reírte.

LORD SUMMERHAYS. -No eres el primero que ha caído hoy bajo el látigo de la terrible burla de esta joven dama, Bentley.

(Lina, con la gorra puesta y las antiparras en la mano, entra impetuosamente por la puerta interior.)

LINA *(desde la escalinata).* - Señor Percival... ¿Podríamos poner nuevamente en marcha ese aeroplano? *(Baja y corre hacia la puerta del pabellón.)* Necesito salir de aquí y lanzarme al aire, en pleno cielo.

PERCIVAL. - Imposible. La estructura del aparato está retorcida. La gasolina se acabó y eso fue lo que provocó nuestra caída. ¿Y cómo podríamos levantar vuelo bien con todos esos bosques que nos rodean?

LINA *(volviéndose rápidamente por el centro del pabellón).* - Podemos enderezar esa estructura. Y comprar nafta en el Faro. Con unos pocos jornaleros, podemos llevar al aeroplano hasta la carretera de Portsmouth y hacerlo levantar vuelo allí.

TARLETON *(levantándose).*-Pero... ¿por qué quiere abandonarnos, señorita Szcz?

LINA. -Camarada, uno se asfixia en esta casa. Por lo visto, ustedes sólo piensan en hacer

el amor. Toda la conversación gira aquí sobre la manera de hacerlo. Todos los cuadros tienen por tema el amor. Todos los ojos rezuman amor. Ustedes están empapados en amor, impregnados de amor: hasta las palabras que se leen en las paredes de sus alcobas se refieren al amor. Eso es repulsivo. No es sano. Ustedes conservan a sus mujeres ociosas y engalanadas sin otro fin que el de que estén prontas a hacer el amor. Antes que nadie usted, camarada. Le perdoné porque fue bondadoso con su esposa.

HYPATIA. - ¡Oh, oh, oh! ¡Oh, papá!

LINA. - Luego me abordó usted, Lord Summerhays; y lo único que pudo decirme fue que yo no mencionara el hecho de que usted me hizo el amor en Viena hace dos años. Le perdoné porque lo creí embajador; y todos los embajadores hacen el amor y le son muy gentiles y útiles a la gente que viaja. Luego, este joven caballero. Está comprometido con esta joven dama; pero eso no importa; me hace el amor porque lo saco de aquí en brazos cuando grita. Soporto todo esto en silencio. Pero entonces viene Johnny y me dice que soy una mujer estupenda y me pide que me case con él. ¡¡¡Yo, Lina Szczepanowska, que me case con él!!! No tengo nada contra este muchacho: es un niño; me ama: yo le daría dinero y cuidaría de él: el asunto sería estúpido, pero honorable. No tengo nada contra usted, viejo camarada: usted es lo que se llama un viejo. . . ¡Uf! Pero no ofreció comprarme: usted dijo que lo hiciéramos hasta cansarnos..., hasta que usted fuera tan feliz que no se atreviera a pedir más. Esto es estúpido, también, a su edad, pero es una aventura: no es deshonroso. No tengo nada contra Lord Summerhays: eso sucedió en Viena: habían estado brindando por él en un gran banquete y estaba borracho. Eso es malo para su salud, pero no deshonroso. ¡Pero este Johnny de ustedes! ¡Oh, este Johnny, con su matrimonio! Hará por mí lo correcto. Me dará un hogar, una posición. Me dice que mi situación actual no es la que le corresponde a una mujer buena. ¡Eso me lo dice a mí, Lina Szczepanowska! Soy una mujer honesta: me gano la vida. Soy una mujer libre: vivo en mi propia casa. Soy una mujer de mundo: tengo miles de amigos: todas las noches multitudes enteras me aplauden, se deleitan conmigo, compran mis fotografías, pagan con un dinero penosamente ganado el derecho de verme. Soy fuerte: soy hábil: soy valiente: soy independiente: soy insobornable: soy lo que debe ser una mujer: y en mi familia no ha habido un solo borracho a lo largo de cuatro generaciones. ¡Y este inglés, este mercero, se atreve a pedirme que yo vaya a vivir con él en esta conejera y a recibir el

pan de su mano y a pedirle dinero para mis gastos de bolsillo y a lucir vestidos muy femeninos y a ser su mujer!..., ¡su esposa! Antes que eso, yo preferiría descender a las profundidades más bajas de mi profesión. Hartaría de comida a los leones y fingiría domarlos. Engañaría los ojos de la gente honrada con trucos en vez de mostrarles auténticas hazañas de fuerza y habilidad. Sería un payaso y les daría ejemplos de mala conducta a los chiquillos. Descendería más bajo aun y sería una actriz o una cantante de ópera, haciendo peligrar mi alma con la malvada mentira de fingir ser otra. Preferiría todo esto a recibir mi pan de la mano de un hombre y hacer de ese hombre el dueño de mi cuerpo y de mi alma. Por lo tanto, pueden ustedes decirle a su Johnny que se compre a una inglesa: no comprará a Lina Szczepanowska: y yo no me quedaré en la casa donde me ofrecen semejante deshonra. Adiós. *(Se vuelve precipitadamente para irse, pero la enfrenta en el umbral del pabellón Johnny, quien entra 'lentamente, con las manos en los bolsillos, sumido en hondas cavilaciones.)*

JOHNNY *(confidencialmente, a Lina).* - No mencione nuestra conversacioncita, señorita Szczepanoska. Eso no serviría de nada: y yo preferiría que usted no lo hiciera.

TARLETON. - Acabamos de oír hablar de eso, Johnny.

JOHNNY *(lacónicamente, pero sin malhumor*). -¿De veras?

HYPATIA. - Aquí, se ha dicho la verdad sobre todos, Johnny. Les tocó a todos antes que a ti: a papá, a Lord Summerhays, a Bentley, a todos. No dejes que se rían de ti.

JOHNNY *(poco a poco, una sonrisa burlona se extiende sobre su rostro).* Bueno. Es inútil que yo simule sorprenderme por lo que te han dicho, papá ... ¿no te parece? Creo que te han propinado una paliza tan fuerte como a mí. Fíjese, señorita Szczepanoska, que no he pasado por alto sus palabras. Soy un hombre que piensa. No pierdo el dominio de mí mismo. Usted lo reconocerá.

LINA *(francamente).* - ¡Oh, sí! No pretendo reñir. Usted es lo que se llama un zoquete: pero no un mal muchacho.

JOHNNY. - Gracias. Bueno. Supongo que usted gana diez libras por noche con su trabajo. . ., ¿verdad, señorita Lina?

LINA *(con desdén).* - ¿Diez libras por noche? Ganc diez libras por minuto.

JOHNNY (con más respeto). - ;De veras? No lo sabía: confío en que perdonará mi error. Pero el principio es el mismo. Espero que no la ofenderá lo que le voy a decir: mas he

pensado en eso y lo he observado en la experiencia cotidiana; y créame que desde el momento en que una mujer obtiene independencia pecuniaria, se coloca en posición errónea en lo relativo a cuestiones morales.

LINA. -¿De veras? ¿Y qué deduce usted de eso, señor Johnny?

JOHNNY. - Bueno: deduzco, evidentemente, que la independencia de las mujeres es un error y no debiera ser permitida. Por su propio bien..., ¿comprende? Y en bien de la moral, en general. Usted está de acuerdo conmigo, Lord Summerhays... , ¿verdad?

LORD SUMMERHAYS. -Se trata de una moral muy moral, si se me permite expresarme así. *(La señora Tarleton entra silenciosamente por la puerta interior.)*

SRA. TARLETON. - No hagan tanto ruido. El niño duerme.

TARLETON. - Querida Pollita, tengo novedades para vi.

JOHNNY *(aprensivamente).* - No hay necesidad de que aflijas a mamá con todo lo que sucede, papá.

SRA. TARLETON *(acercándose a Tarleton).* - ¿Qué sucede? No me ocultes nada, John. ¿Qué has estado haciendo?

TARLETON. - Patsy no se casará con Bentley.

SRA. TARLETON. - Claro que no. ¿Es esa tu gran no ticia? Nunca creí que se casaría con él.

TARLETON. - Hay otra cosa. El señor Percival, que está presente...

SRA. TARLETON *(a Percival).* - ¿Se casará usted con Patsv?

PERCIVAL *(diplomáticamente).* - Patsy se casará conmigo, si usted nos lo permite.

SRA. TARLETON. - ¡Oh!, Patsy tiene mi permiso para hacerlo: debió haberse casado hace mucho tiempo.

HYPATIA. - ¡Mamá!

TARLETON. - La señorita Lina, a pesar de haber estado tan breve tiempo con nosotros, ha inspirado mucho afecto..., bueno, yo podría decir que a casi todos nosotros. Por lo tanto, confío en que se quedará a cenar y no insistirá en marcharse en ese aeroplano.

PERCIVAL. - Es necesario que se quede, señorita Szczepanowska. No puedo volver a levantar vuelo esta noche.

LINA. - Le he visto manejar ese aparato. ¿Cree que necesito ayuda? Y Bentley me acompañará como pasajero.

Librodot

BENTLEY *(aterrorizado).* - ¡Subir a un aeroplano! No me atrevo.

LINA. - Debe aprender a atreverse.

BENTLEY *(pálido pero heroico).* - Bueno. Iré.

LORD SUMMERHAYS No, no, Bentley. Imposible. No lo permitiré.

SRA. TARLETON -¿Quiere matar a ese niño? No irá.

BENTLEY. - Sí que iré. Me tiraré al suelo y gritaré hasta que ustedes me dejen hacerlo. No soy un cobarde. No quiero ser un cobarde.

LORD SUMMERHAYS. - Señorita Szczepanowska: quiero muchísimo a mi hijo. Le suplico que espere hasta mañana por la mañana.

LINA. - Mañana, puede haber una tempestad. Y yo me iré: con tempestad o sin ella. Mañana, debo arriesgar mi vida.

BENTLEY. - Confío en que haya tempestad.

LINA *(aferrándolo del brazo).* - Usted está temblando.

BENTLEY. - Sí: es terror, simple terror. Apenas veo. Apenas puedo estar de pie. Pero iré con usted.

LINA *(dándole una palmada en la espalda y haciéndole aparecer en el rostro una pálida y espectral sonrisa).* - Sí que irá. Usted me gusta, muchacho. Mañana iremos juntos.

BENTLEY. - Sí: juntos; mañana.

TARLETON. - Bueno. Por hoy, basta de calamidades. Lean la Biblia.

SRA. TARLETON. - ¿Hay algo más?

TARLETON. -Yo... este... *(Le habla a Lina y se interrumpe. Yo... este... (Le habla a Lord Summerhays y se interrumpe.)* Yo, este... *(Renuncia a hablar.)* Bueno, supongo que este... supongo que no hay más que decir.

HYPATIA *(con fervor).* - ¡A Dios gracias!

TELÓN